De Vera, Gustavo
Tucuras - 1a ed. - Trelew : Remitente Patagonia, 2014.
190 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-1229-72-7

1. Narrativa Uruguaya. 2. Novela.
CDD U863

Fecha de catalogación: 27/06/2014

Edición: Pablo A. La Preti
Corrección: Julia Chekroun
Diseño: Pablo F. Garcia
Arte de tapa: Leonardo Mazzetti

REMITENTE PATAGONIA

www.remitentepatagonia.com.ar
remitentepatagonia@gmail.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

TUCURAS

GUSTAVO DE VERA

A Lautaro y Paloma,
mis hijos en el viento,
por los años que me prestaron.

Agradecimientos

A Ruth, por comprender; por su lectura paciente y sensible, la primera de todas.

A Sergio Pravaz, Ariel Puyelli, Leonardo Mezzetti y Laura Casariego, hermanos en la literatura, en el arte y en la vida, por emplazarme a terminar el proyecto y sostener el aliento.

A Claudia Sastre por hallar desde el inicio, lo que de mí tiene esta historia.

A Clery Evans por compartir la historia real de su familia y permitirme una libre versión.

A Julia Chacktoura, David Williams, Ariel Grant Hughes, Marta Luisa Hughes, por su colaboración y apoyo.

A Carlos Marcucci, Guillermo Saccomanno, Leopoldo Brizuela, quienes en distintas épocas supieron mostrarme los secretos del oficio. Sólo espero haber aprendido de sus buenos consejos. Los eximo de las consecuencias.

A Juan Pablo, De Vera, mi hermano, por ser parte de esta aventura editorial.

A Griselda García, esa hermana inexplicable que la poesía me da y alimenta mi fe en las palabras.

Al lector

Este relato se ubica en el período comprendido entre 1865 y 1891, y se inspira en episodios, personajes y acontecimientos recogidos por la historia y la tradición oral en el Valle Inferior del Río Chubut, situado en el corazón de la Patagonia.

Los hechos y personajes aquí mencionados, sus expresiones, actos y consecuencias deben considerarse únicamente en el plano de la ficción literaria.

Aquellos que tengan una aparente relación con la realidad, no lo son en su carácter, ni en sus vínculos ni en las motivaciones que los inspiraron, como tampoco la cronología en que aquí se narran.

Se hace esta reserva a los fines de salvaguardar la memoria de los verdaderos protagonistas de la historia real, a quienes esta obra está dedicada.

El Autor

13.
explicar con palabras de este mundo
que partió de mí un barco llevándome.

(A. Pizarnik – Árbol de Diana)

Uno

Los sueños se vuelven un polvillo persistente. Una fina capa centelleante que lo cubre todo, hasta hacer del futuro sólo un desierto. Polvo, viento y sueños.
Las palabras son el único camino para regresar a mi Bryn Foch. Este viejo corazón escribe para retener el tiempo en un presente eterno. Quizá la memoria nos fue dada como a Teseo el hilo de Ariadna: Quien sostenga la débil esperanza de volver sobre sus pasos, tal vez logre vencer al Minotauro del tiempo en el laberinto de su vida.
Hay un hombre cerrando las puertas del granero, indiferente a la mujer que a sus espaldas ruega por un puñado de trigo.
Hay manos mugrientas y huesudas de un indio hambriento extendidas entre cercos de alambre, suplicando por un pedazo de pan.
Un muchacho quiebra en astillas un trozo de madera labrada para la mujer que ama, y que a su vez ama a su hermano.
Un hombre, extranjero rico y solitario, recorre Patagonia cazando otros hombres.
Hay una mujer joven que implora de rodillas sobre el muelle, por el regreso de un barco que se aleja.

De tales cornas y pellejos se fue haciendo esta historia.
En este lugar no hay pregunta que resista el silencio de las palas o la hora del viento. La tierra respira y su aliento de polvo la cubre todo: sueños, ausencias, espera, llantos, recuerdos. En este lugar, donde las historias son para ser callados, como bien saben hasta los perros, hay un sólo destino posible: hacia el Oeste.
Al Oeste nacen los ríos. Allí cae el sol y habita la muerte. Las montañas son azules. Hacia el Oeste se abre siempre el último camino. Hacia el oeste es la marcha de los hombres, siguiendo las huellas del sol.

Mi nombre es Dylan, de Aberystwyth. Segundo hijo de Vernon y Eira Benbow, que en paz descansen junto a Anne, mi hermana. Dylan, en la antigua galés, era el Dios del Mar, era la "Voz de las Rompientes"; era "El Hijo del Mar".
Y es allí, en el océano, donde todo comenzó.

Dos

Dicen que tengo cerca de siete años y soy el único de mi familia con vida.

Dicen que mis padres y mi hermana murieron en el naufragio de la goleta Legend frente a las costas de El Carmen.

Que habíamos zarpado desde Gales, con destino a las costas australes de la Patagonia. Y dicen que soy el único niño entre los cuatro sobrevivientes rescatados por un grupo de pescadores.

Dicen que nos cargan medio muertos y llevan hasta la iglesia del pueblo. Que enterados de la tragedia en el mar, pobladores de varios parajes a la redonda, se llegan hasta el templo donde nos arropan y ofrecen algo caliente que beber.

Dicen que cuando las cosas se calman, las mujeres me observan con más cuidado. Pronto comienzan a preguntarse cuál hacer conmigo.

Recuerdo a aquellos adultos, rodeándome, y recuerdo también la preocupación en sus gestos severos. Todos hablan un idioma desconocido para mí entonces, el español.

Dicen los otros náufragos que los tripulantes, el capitán y los demás pasajeros se hundieron con el barco. Que unos vecinos sugieren enviarme otra vez a Europa. Otros, dicen, que quizá en Buenos Aires alguien pueda encargarse de mí.

Una mujer dice que más al sur, en el valle del Chubut se ha establecido un grupo de galeses, y dice que tal vez pudieran reclamarme.

Que la cercanía del lugar y la noticia de una caravana de mercachifles en marcha hacia el sur, decide la cuestión. Un mes más tarde llegaría con ellos a la colonia del Valle del Chubut.

Para entonces, JB y Gwen son como hermanos, y pronto lo sería yo de ellos.

Todo esto me será revelado años después, cuando regrese a El Carmen acompañando a JB. Allí habré de reencontrar a los pescadores que salvaron mi vida y a las personas que me cobijaron en la tragedia.
Ese viaje a El Carmen tendrá también inesperadas circunstancias, que oprimen todavía este viejo corazón.
Entonces ya creía que no podría haber nada más al sur, ni más al oeste que aquellos páramos abiertos entre el cielo y el mar.
Así recuerdo estas costas vistas a través de las hendijas, bajo la cubierta del Legend, mientras una tormenta nos castiga durante días. La línea del horizonte se abre y se cierra entre el cielo y el mar, como labios morados de un fantasma que dejan entrever esa lengua de tierra cenagosa donde por momentos parece que vamos a estrellarnos y por momentos vuelve a perderse de vista tras una muralla de agua o de cielo.
La costa, esa lengua porosa y sedimentaria, será mi destino, mientras que esos labios del mar o del cielo lo serán para mis padres, mi hermana Ana y para el resto de los que viajan en el Legend.
Este horizonte es la entrada al territorio donde viviré hasta esta hora, en que el mar se ha vuelto un recuerdo extraño, como lejana es la memoria de mis padres.

En la Colonia sus pobladores me reciben con preocupación. No es sencillo tener una boca más que alimentar. Llevan dos años intentando recoger de aquellas tierras algo que se pueda comer y apenas se sostienen con los granos y animales que envía el gobierno de Buenos Aires, mil millas al norte, cuando en algún despacho alguien misericordioso recuerda su existencia.
Aún tengo presente la reunión donde mi suerte fue decidida.
Rodeado por nuevos desconocidos dentro de una pequeña capilla, allí quedé impregnado de esta orfandad definitiva: nunca, jamás nunca volví a sentir la asfixia de la soledad como esa tarde. Ni en los largos inviernos que habría de vivir en mi *cadw batch* a pleno desierto; o cuando fui arrastrado por las aguas heladas del río, ni cuando caí del caballo en la oscuridad de la noche.
Es esta soledad que siento en la capilla, rodeado de hombres y mujeres que visten como las gentes de mi pueblo, pero con sus ropas raídas y teñidas por el mismo color del desierto; esta soledad que atenaza mi garganta, la que habrá de acompañarme por siempre endureciendo mi corazón de siete años, a pesar de los esfuerzos de Tama.

Por fin aquellos gentes se ponen de acuerdo y provisoriamente quedaré a cargo del pastor Tydur Vaughan.

Desde hace ya un tiempo este pastor intenta con poco éxito crear una misión en la colonia para educar a los niños galeses y evangelizar a los indígenas, si alguna vez éstos quisieron acercarse al valle.

Ya en mi pueblo de Aberystwyth habíamos escuchado hablar de los indios americanos. Dicen que las cartas llegadas desde una perdida colonia galesa en la Patagonia, eran motivo frecuente de todo tipo de comentarios. Mi padre solía hablar de ello con mi madre en la sobremesa de la cena. También en el mercado, donde algunas voces aseguraban que esas tierras están malditas y pobladas por indígenas come-hombres que habrán de devorarse a quien se atreva poblar sus posesiones.

Alguien en la capilla debe advertir el horror en mi rostro al escuchar la palabra "indígenas", pues de inmediato se me acercan varias mujeres intentando tranquilizarme. Me aseguran que aquellos son indios mansos y que pronto habré de comprobarlo en la próxima primavera, cuando regresen al valle las tribus de Orkeke, camino de El Carmen. Mientras tanto, dicen, el pastor Vaughan podrá ensayar conmigo los ejercicios espirituales y pedagógicos propios de una misión protestante.

Todos hablan al mismo tiempo. Discuten o ríen por otros asuntos y vuelven a olvidarse de mí. Debo estar al borde del llanto cuando una mujer se me acerca. Inclinada y con un gesto amable, me pregunta cuál es mi nombre.

Bien Dylan, dice, no temas. No somos ingleses, dice y sonríe. Somos galeses, como tus padres. Aquí estarás bien. Dice, y vuelve a reunirse con los demás adultos.

En estos días el aspecto del valle se me representa como un plato de sopa de cereales y verduras, con uno de sus lados abierto hacia el mar por donde se derrama el paisaje. En el fondo del plato, donde habitamos, un río serpentea como arrepentido de su naturaleza, abrazándose aquí y allá en brazos inexplicables que trazan meandros inútiles, pues fuera de sus márgenes la tierra no promete más que polvo.

El reverendo Vaughan es un buen pastor, pero los empeños por crear una misión se dan de patadas con su escasa vocación para atender a los niños. Con Mairiana, su esposa, una anciana redonda y callada, no han tenido hijos.

El otoño está ya avanzado y los días resultan breves en extremo, por lo que la mayor actividad del reverendo Vaughan es hurgar los libros de su biblioteca y mantener el fuego encendido. En cuanto a su dedicación por mí, se limita a la enseñanza de los rudimentos para leer y copiar salmos de la Biblia.

Acaso fue una decisión de Marlana. Al menos es ella quien lo anuncia durante la cena. Mañana vendrá Mary Evans a buscarte, dice de pie y apoyada en la olla de sopa de trigo tostado. Irás a su casa y vivirás con ellos un tiempo. Mary y su esposa tienen dos niños de tu edad. Te llevarás bien con ellos.

Dudo que el reverendo Vaughan tuviera que ver en ello. Escucha hablar a su mujer sin decir palabra, con la cuchara de sopa suspendida a medio camino entre el plato y su boca. Su boca abierta. Marlana deja de hablar y retira la olla de la mesa. Amén, dice el reverendo y continúa tomando su sopa de cereal sin mirarme, sin volver a decir una palabra.

Soy un hombre que ha vivido bastante ya, y que ha visto cosas. Pero no recuerdo nada que pueda enfermarme tanto como el olor de una sopa de trigo tostado.

Tres

Mary Evans resulta ser la misma mujer que pegantó mi nombre en la capilla, el primer día de mi llegada a la colonia. Recuerdo su aspecto algo consumido por el hambre, pero con un porte que en la ciudad y debidamente alimentada habría sido atractivo, o al menos elegante. No recuerdo sus manos, pero sospecho que en aquél universo hostil debieron sentirse suaves. Quisiera decir que su mirada es dulce, pero así es como yo deseo sentirla en mi desamparo. Seguramente sus ojos habían ya visto cuanto Dios es capaz de negar a sus hijos, y aún así, conservan una luz de esperanza. Estamos a prueba, nos dice buscando convencerse a sí misma, cada día es una prueba para acercarnos al Señor.

Su sopa de trigo tostado es diferente cuando consigue algo de leche extra ordeñando la vaca que cuidamos como nuestra mayor posesión.

Con ella viven su hijo John y Gwen, una niña de la que se hicieron cargo tras la muerte de su madre y la desaparición de su padre. Desde pequeño, John fue conocido como *John Bach*, diminutivo que tiempo después nosotros reducíriamos aún más al llamarlo simplemente *JB*.

JB es mayor por unos pocas meses y hace valer esa diferencia para mostrarse como el cabecilla en las aventuras de nuestro trío. Y aunque a veces se impone a nuestro pesar, me gusta estar con él. Creo que entiende mi desamparo.

Tenía cinco años cuando desembarcó en Chubut junto a sus padres. Eso fue dos años antes de mi llegada. Habían viajado desde Gales en una goleta y arribaron a las aguas de la Bahía Nueva en pleno invierno austral.

Se muestra reservado y discreto en presencia de adultos. Pero cuando nos hallamos solos es un gran conversador y puede pasar

horas hablando de sus descubrimientos en el desierto, o inventando historias fabulosas del viaje en altamar. Por las noches lee todo tipo de libros que toma a hurtadillas en la biblioteca de su padre, cuando éste no está en la casa. Una biblioteca nutrida por tomos de religión y también de nociones de geografía, agricultura y mecánica. Fue JB, y no el reverendo Vaughan, quien me transmitió su pasión por las lecturas.

Es profundamente observador de las personas y del paisaje y ese es una virtud en la naturaleza sutil y determinante del desierto, donde el rastro de un animal es apenas un aroma y el sentido de orientación un sonar de ecos en el viento. Una virtud que habría de salvarnos el pellejo en numerosas ocasiones.

En el poco tiempo que llevan habitando estas tierras, JB logró rastrillar los alrededores y desentrañar el carácter del paisaje. "Respira", dice con su mirada perdida hacia el poniente, donde el horizonte se muestra algo más quebrado por encima de los escalonados pendientes que enmarcan el valle.

Además del desierto, su otra pasión serán los caballos. Con una destreza sólo rivalizada por Gwen.

Gwen nunca fue una niña como las demás en la colonia. También llegó con sus padres en el Minosa, pero su madre murió en el mar víctima del escorbuto, cuando faltaban pocos días para el desembarco.

Hundido en su pesar, el padre de Gwen abandona la Colonia una madrugada de invierno y nunca más se supo de él. Se presume que murió en el desierto o ahogado en el río.

Gwen tiene entonces alrededor de dos años. Varios días después de la desaparición de su padre la encuentran junto al río. Dicen que ella está jugando con un puñado de ramitas en una playa de grava. Dicen que las aves y los animales andan a su alrededor. Que los flamencos hurgan el lecho del río y pasan a su lado, indiferentes. Que los armadillos retozan entre sus pies. Que un zorro dormita echado a su lado. Dicen que ella no llora, y que nunca jamás se le escucha preguntar por su padre.

También en su caso, la colonia resuelve que sea adoptada por los Evans.

Desde muy temprano Gwen da muestras de un temple singular. No tanto por sus modales o expresiones, que bien pueden ser los de cualquier otra de las niñas que frecuentamos en las reuniones dominicales y en la capilla. No. Hay en ella algo más que un carácter silvestre o rebelde.

Gwen es hija del río. En ella se conjugan las fuerzas de esa naturaleza sutil y brutal a un mismo tiempo. Es espontáneo, y su risa brota franca, abierta y contagiosa. Pero su ira, tan espontánea como sus carcajadas, sólo es comparable con las crecidas y torrentes que arrastran consigo a las gentes, casas, piedras y animales.

Pronto las otras niñas de la colonia dejan de jugar con ella. Esto no parece afectarla. Gwen prefiere compartir nuestros juegos, por lo que debemos soportar que nos siga en nuestras excursiones, hablando sin cesar. También elige refugiarse en el desierto durante largas tardes, deambulando solitaria más allá de los bordes de la chacra, con apenas cinco o seis años de edad, para contemplar los meandros del río. El río, tempestuosa e impredecible para todos, que es para ella como otro hermano. Me cuida. Dice, y nadie la comprende.

Tiene una extraordinaria capacidad para valerse por sí misma y aquello que en un principio preocupa a Mary, termina siendo un alivio para hacer: al caer la tarde, Gwen regresa siempre a la casa, cubierta de polvo y magullones, tal vez la cara cruzada por los arañazos de los matorrales, y casi siempre trayendo alguna lagartija, huevos de martinetas o de patos que anidan cerca del río. Y más de una vez perseguida por los toros cuando roba sus nidadas. Pronto será nuestra proveedora de huevos. En especial cuando alrededor de los ocho años desarrolla su extraña habilidad para acercarse sigilosamente a los nidos de avestruces.

Nunca supimos cómo ni cuándo aprendió a montar, pero lo cierto es que nosotros apenas empezamos a correr, y ella monta sobre cualquier caballo, y lo hace con deslumbrante destreza como sólo conoceremos luego en los indios.

La geografía no tiene secretos para ella, y los animales del desierto parecen aceptarla como una más de ese riguroso ambiente. Aunque pueda parecer que exagero, hoy no me avergüenza recordar el episodio en que un puma nos sorprendió a los tres mientras jugábamos al pie de las barrancas que rodean el valle. En realidad creo que todos nos sorprendimos con el encuentro, también el pobre animal. Debíamos tener cerca de nueve años. Veníamos corriendo traviesamente por el lugar cuando al rodear una saliente rocosa, nos topamos cara a cara con el enorme gato. Creo que Jill y yo sentimos desvanecernos en el instante, pero Gwen con total naturalidad tomó una piedra del suelo y se la arrojó al animal, al tiempo que le ordena "fuera", y su voz transparente

se multiplicaba en el eco de las bardas. El puma huyó ante el sólo gesto de Gwen al levantar la piedra, lo que me hace sugerir hoy que se hallaba tan asustado como nosotros. Pero en ese momento, la magnitud de nuestro pavura hizo de la reacción de Gwen un acto heroico. Nunca contamos a nadie aquel episodio. Ese sería uno de los muchos pactos de silencio que guardaríamos en nuestras vidas.

El padre de JB era Daniel Evans. Debería decir nuestro padre porque en cierto modo lo fue para los tres. Apenas recuerdo sus largos silencios, sus pocas palabras casi siempre dirigidas a Mary; sus prolongadas ausencias cuando trabajaba en las chacras.
La falta de hombres para los trabajos que mantienen viva la colonia, es compensada por la organización. Formados en grupos recorren todas las parcelas del valle realizando diferentes tareas que se necesitan en cada lugar: sembrar, cosechar, limpiar, cavar las zanjas para el riego. Muchas familias subsisten gracias a esa organización. Donde hay un hombre enfermo, o accidentado, otros hombres llegan a su chacra para completar el trabajo.
Rara vez habla con nosotros. Sus palabras siempre son con Mary. Cuando está en casa, dirige los salmos antes de la cena. También en la capilla suma su voz al coro en los himnos dominicales. Es hábil con las manos, severo en su conducta, bueno en su mirada. Pese a sus largas ausencias, en la casa siempre lo sentimos presente. JB habrá de heredar mucho de ese carácter.
Como ya he dicho, Daniel Evans, Padre Daniel, y Mary, nuestra Madre Mary, forman parte de un grupo de colonos que partió de Gales y llegó al Chubut en 1865, dos años antes de que el destino también me arrojara en estas tierras. Con ellos traían a John, su hija de cinco años. Aquí los recibe el rudo invierno del Atlántico sur en las costas de la Bahía Nueva. Desembarcan aterrados mientras las ballenas, unas gigantescas bestias marinas, agitan furiosamente las aguas en sus cortejos de apareamiento.
Cinco personas murieron en el viaje, entre ellas la madre de Gwen. Otras dos mujeres dieron a luz en la travesía.
Por semanas ocupan precarios refugios junto al mar. Más tarde emprenden una bíblica peregrinación hacia el valle del río Chubut, del que tienen vagas referencias por cartas de antiguos cazadores de focas, que en sus cartas mencionan un río y un valle alejados del resto del mundo, donde sería posible practicar la agricultura.

Allí esperan dar vida a una Nueva Gales.
Todo esto me fue relatado por nuestra Madre Mary, en las noches de los prolongados inviernos junto al fogón de la cocina. Mientras preparamos el trigo hervido, que durante mucho tiempo será nuestro único alimento, ella evoca aquellas primeras jornadas en el valle.
En especial nos recuerda el profundo temor a un ataque de indios. Tanto se habla en nuestra Gales del asunto, que sólo mencionarlo causa en los colonos expresiones de pavor.
Mary recuerda como el encuentro con los indios sorprendió a los colonos. Ocupados por la hambruna que sobrevino tras los fracasados intentos de cosechas, los colonos habían olvidado aquella amenaza.
Cada noche junto al fuego, Mary despliega para nosotros el ritual de la historia, como si fuera una sucesión de episodios fantásticos. Esto no es una leyenda, nos dice. Pero podría serlo.
Es una tarde a comienzos del otoño. Como ocurre con la mayoría, la chacra de los Evans está en el interior del valle, apartada del poblado de Trerawson. Mary, dice, se halla en el interior de la única habitación que compone la vivienda, con una puerta hecha de tablones y pequeñas ventanas cubiertas por maderas y paño rústico. Dice que en el exterior de la vivienda todo era quietud, menos el viento.
Mary recoge utensilios de la mesa mientras JB está terminando su taza de té. En un pequeño camastro cercano al fogón, duerme Gwen.
Por las ventanas se percibe el desplazamiento de algunas sombras y se escucha el ladrido de los perros que llega desde el exterior. Dice Mary que el llanto de la niña la atrae hacia el camastro y que afuera los perros cesan de ladrar.
Inclinada sobre Gwen para alzarla de su cama, Madre Mary dice haber escuchado el crujir de la puerta al abrirse.
Otra vez este viento insoportable, dice que exclama para sí mientras se incorpora con la niña en brazos, de espaldas a la puerta.
Al mismo tiempo, se escuchan caer las sillas contra el suelo. Mary dice que al mirar hacia donde está su hija encuentra a JB de pie junto a la mesa, paralizado, con el rostro pálido y sus ojos desmesuradamente abiertos mirando hacia la puerta.
Y dice que al volverse también ella, Mary no puede impedir un gesto de pánico, abriéndose la boca para sofocar un grito y apretando a su criatura sobre el pecho. Frente a ella, dice ahora,

desde el vano de la puerta, la imponente figura de un indio la observa impasible.
JB corre hacia su madre buscando protección en sus faldas. Al sentirlo junto a ella, Mary reacciona sin saber de dónde le llega el coraje. ¿Qué quiere? ¡Usted no puede estar aquí! ¡Váyase! ¿Me entiende? La mujer gesticula como si estuviera arreando gallinas en su corral. ¡Hush!... ¡Fuera! ¡Mi esposo está por llegar. Váyase!
El gigantesco indígena muestra su rostro relajado. Lejos de reaccionar frente a los desesperados gestos de la mujer, el hombre ingresa a la habitación como si una fuerza lo empujara hacia adentro de la vivienda. En efecto, y para mayor terror de la mujer galesa, detrás del primero, otros indígenas entran en la casa. Todos silenciosos, dejando escuchar únicamente el roce de los cueros con que se cubren. Todas las miradas silenciosas están sobre la mujer pálida y de pelo rojizo.
Al borde del desvanecimiento, Mary Evans distingue entre la maraña de pelambres oscuras que cubrían los enormes cuerpos de sus inesperados visitantes, a uno que se abría paso hasta quedar al frente de todos. Más anciano, pero igualmente enorme en su porte, el hombre la miraba sereno, como esperando.
El silencio en ese instante parece abarcar todo el valle.
Hasta que el llanto de la niña en sus brazos devuelve el sentido de la situación. Mary presiente una tragedia y no puede evitar que las lágrimas lleguen a sus ojos. Aún así trata de mantener su compostura ante estos seres inmóviles. No nos hagan daño... por favor..... Qué quieren aquí... No tenemos nada para ustedes.
Junto al anciano otro cuerpo más se deja ver recortado por la lumbre: es una mujer, vieja.
Ambos se miran. Mary Evans suelta su llanto ocultando su rostro en el cuerpo de la pequeña Gwen. JB enmudecido asoma sus ojos entre los pliegues de la pollera de su madre donde intenta hallar protección. Mary vuelve a observar la escena con el temor instalado en su rostro.
Los indígenas se miran entre sí. La mujer mira al anciano y luego a Mary Evans y sus niños. Avanza un paso hacia ella.
Mary se sobresalta y busca retroceder pero el camastro se lo impide. Gwen continúa llorando. Mary mira a la niña en sus brazos, y luego a la mujer. Entonces, empujada por la desesperación, también ella se adelanta un paso hasta quedar casi frente a frente. Con un gesto imprevisto, Mary extiende sus brazos y muestra a la niña ante la anciana. Casi sin sorpresa, ésta intenta to-

maría en sus brazos, pero Mary la trae contra su pecho. La vieja mujer tiende sus brazos lentamente. Y lentamente Mary deposita en ellos a Gwen.
La mujer india comienza a mecerla con naturalidad mientras murmura palabras en su extraña lengua.
Poco a poco Gwen deja de llorar.
Las mujeres vuelven a mirarse y mientras la indígena pone un leve gesto amable en su cara, Mary Evans hace lo propio, pero sin dejar de llorar.
— Es mi niña,... Es mía. Se llama Gwen,... Es mi hija.
Los hombres abandonan la vivienda uno a uno dejando a las mujeres solas.
Mary nunca nos dijo qué pasó luego entre ambas. Sólo que la anciana se llamaba Amaral y era la más vieja de las mujeres que hubiera conocido. Aquel episodio marcaría la llegada de Makol a nuestras vidas.

Cuatro

Así como el paisaje marca el espíritu de sus gentes, también nuestros juegos de infancia son inspirados por el valle y el desierto que lo rodea, mas que por las costumbres de cada raza. A los ojos de nuestros adultos, los niños nos vemos despreocupadamente unidos y solidarios en nuestras aventuras a falta de prejuicios; desnudamente crueles, a falta de hipocresías; y descaradamente audaces, a falta de mejores peligros.

Habría que decir que nuestra familia tiene los hijos que la colonia ayudó a parir en el enorme corazón de nuestra Madre Mary.

JB fue el hijo que Gales vio nacer de su vientre y la colonia del Chubut amamantó con sus crudezas.

Gwen, alumbrada también en la verde Gales, renació de las orillas del río, al amparo de los animales. Luego fue mi turno de volver a la vida desde las mismas vísceras marinas que engulleron a mis padres y mi hermana.

Makel fue el cuarto hermano, el que nos legó el desierto.

A poco de mi llegada a la familia, todavía impera el recelo cada vez que una tribu se instala en las inmediaciones de la Colonia.

En los días que siguen a la noticia de que hay toldos levantados en algún lugar cercano a nuestros hogares, recae sobre los niños la imposición de limitar nuestros juegos a los alrededores de la vivienda y bajo la estricta vigilancia de Madre Mary. Al menos así lo cree.

Obligada ella por las tareas cotidianas a concentrar su atención en el trabajo, de a poco vamos recuperando la extensión del desierto para nuestros juegos.

En estos casos, con un desafío adicional: espiar las actividades de los toldos rehuelches que se han instalado a poca distancia de nuestra chacra.

Durante una casi semana logramos nuestro cometido, llegando con sigilo hasta las lomas que separaban los toldos de nuestro sector en la colonia. Disimulados por los arbustos, a veces jugando a que somos, a la vez, de una tribu enemiga dispuestos a atacar, observamos desde lo alto los movimientos cotidianos de las familias indias, con especial atención a las andanzas de sus niños.
Cada día, arrostrándonos, con nuestras caras pintadas con carbón, y con alguna pluma adornando nuestras cabezas, logramos acercarnos un poco más, y otra poco, y un poco más. Hasta que podemos ver en detalle los rostros de nuestros enemigos.
Pero en este día algo hay fuera de lo común. Con preocupación advertimos que en el área de la tribu no hay ningún niño a la vista. Las mujeres van y vienen entre los toldos; los hombres que no salieron de caza se ocupan de asuntos domésticos.
Nos demoramos bastante buscando, agrupándonos y esperando que los niños indios aparecieran en algún momento. Pero nada.
Entonces, para nuestro inmensurable terror, somos sorprendidos y rodeados por un malón de quince o veinte rostros y cuerpos horriblemente pintados y profiriendo alaridos bestiales.
JB, yo y otros dos amigos que vienen con nosotros, quedamos petrificados en medio del ataque, y nos dejamos caer unos junto a otros, espalda con espalda, buscando protección.
Gwen no. Ella sigue de pie. Con su mano en visera sobre sus ojos, como queriendo ver mejor lo que sucede. Gira mirando a cada uno de los pequeños indios que gritan y agitan sus palos amenazantes, hasta que fija su mirada en uno de ellos, cuyas largas piernas elevan su estatura por sobre el resto.
Resuelta se dirige a él hasta hacerle frente. El niño indio dirige hacia ella sus gestos atemorizantes y aumenta sus alaridos, hasta quedar sin aliento.
Es la pausa que Gwen aprovecha. Estás sudo. Dice. Te gusta el té. Pregunta. Vamos al río a lugar con el agua. Invita.
Gwen tiene su mano extendida hacia el niño indio que ha callado y no sabe qué hacer.
Todos los demás sueltan sus risas ante la perturbación de su amigo, que hasta hace un momento aparentaba un feroz guerrero.
Ante las vacilaciones del niño, Gwen toma su mano y tira de él hasta que finalmente cede y aún dubitativo y mirando a sus compañeros, sigue sus pasos.
Perdido el interés por la aventura, varios de los otros niños indios regresan a los toldos. El resto, cuatro o cinco de ellos y nosotros,

que pocos recuperamos el aliento, los seguimos de cerca en dirección al río.

El amplio cauce ofrece en ese lugar una costa arenosa algo playa, que nos permite acercarnos a la orilla. El frío no parece menguar las intenciones de la decidida Gwen que lleva al niño indio de su mano hasta meter los pies en el agua. Inclinándose, mi hermano se moja la cara y luego espera a que su invitado lo imite. Pero éste, como despertando a la realidad, suelta la mano de la niña y se aparta regresando sobre sus pasos con rostro severo, hasta perderse de vista detrás de la loma, seguido por sus compañeros y en silencio.

Allí nos quedamos, JB, los otros niños de la colonia y yo, viendo cómo Gwen frota sus manos mojadas y mira con ojos entrecerrados la distancia por donde desaparecen las siluetas de los pequeños indios. Ignoro qué piensa ella en esos momentos, pero pronto parece olvidar lo sucedido. A casa voy, dice. Y todos emprendemos el regreso, apresurando el paso como el otoño apremia a las luces de la tarde.

Tal es nuestro primer encuentro con Makal.

"Makal"; "PatasLargas Makal"; "CamiloMakal" es algo así como dos años mayor que JB.

Algunos colonos lo llaman "PatasLargas"; sus largas piernas le dan una estatura desproporcionada para su edad, mas luego lo transformarán en un digno exponente de su raza.

Su tío, el poderoso Orkeke, es el cacique de una tribu tehuelche que habita en El Deseado, un paraje situado cientos de millas al sur de la Colonia.

Cinco

Cuando el invierno se aproxima, Orkeke y su gente abandonan sus cuarteles en el Deseado y se trasladan al norte, para comerciar plumas, cueros y tejidos con los criollos de El Carmen.
Algunas veces, la tribu, o el conjunto de familias que la integran, se dividen, y mientras un grupo bordea la costa oceánica hacia el norte, el otro hace su travesía cerca de la cordillera, hasta alcanzar el Neuquén. En el País de las Manzanas comercian con los manzaneros o araucanos que también andan por allí, intercambiando plumas y pieles por tejidos y platería, que más tarde comercian en El Carmen luego de cruzar la Gran Travesía, rigurosa extensión del desierto que separa Las Manzanas del Atlántico.
Dicen que en los días previos al desembarco de los colonos, la relación con los indígenas es cordial. Que los tres o cuatro líderes galeses llegados meses antes para organizar el arribo de los colonos, dicen, aguardan el desembarco en la costa durante varias jornadas, acompañados por un cacique llamado Francisco y sus hombres. Ellos pueblan el territorio entre el Chubut y el río Negro.
Pero la colonia también tiene detractores.
Dicen que la presencia de nuestra colonia es motivo de preocupación para Orkeke y otros caciques de la región ya que se interpone en su camino desde El Deseado hacia El Carmen. Dicen que durante las primeras semanas estas relaciones son tensas.
En sus travesías, los indios acampan con gran despliegue de toldos cerca de la colonia. Aunque es justo decir que lo hacen cerca del río, donde naturalmente deben detenerse. Acostumbrados a tomar aquello que necesitan sin siquiera preguntar o pedirlo, es frecuente en esos días la desaparición de caballos o enseres hogareños que despiertan su curiosidad. Muchos galenses protestan

ante los líderes de la colonia y éstos a su vez trasladan sus quejas a los caciques y capitanejos. Luego ambas partes comienzan a emplear el trueque, y las cosas parecen tomar un cauce más sereno.

Pronto se hace habitual el tráfico de plumas, pieles, pan y víveres entre tehuelches y colonos, y ambos parecen obtener sus respectivas ventajas: los indios encuentran en Chubut un punto más cercano que El Carmen para sus trueques. Los colonos, viendo peligrar su subsistencia encuentran en las plumas y cueros una buena mercancía que comerciar hacia Buenos Aires, complementando la escasa producción de trigo en estos tiempos.

Esta relación también es clave en la supervivencia de la Colonia. El conocimiento que los indios poseen de las comarcas, y de los misterios que guarda el territorio, son valiosos para los galeses que pronto aprenden de ellos a montar el caballo y el uso de las boleadoras.

En ese intercambio, Orkeke observa que a su vez puede obtener ciertas ventajas si los niños de su tribu aprenden algunas costumbres de los galeses; especialmente su extraña lengua, que no es el castellano de los criollos en El Carmen, ni el inglés que conocen en las misiones del río Santa Cruz.

Es así que la Misión del reverendo Vaughan se ve de pronto revitalizada al recibir niños tehuelches que permanecerán en la colonia durante varios meses, hasta que la tribu regrese desde El Carmen.

Makai es de los primeros en incorporarse a la Misión. Sobrino dilecto de Orkeke, éste lo cría como si fuera su primogénito. El cacique sólo tiene una hija, Makaik, por quien demuestra una devoción y ternura que nadie imaginaría en su apariencia recia y agigantada.

Con frecuencia el cacique toma la custodia de sus sobrinos. Entre ellos se encuentra Kaokén, una bellísima joven a la que no pocos muchachos de la colonia vemos con enamoramiento.

Como dije, la misión Vaughan promete convertirse en el centro escolar de la colonia. Convencidos de que sería una obra beneficiosa para todos, varios colonos, entre ellos Mary Evans, deciden también enviar a sus hijos.

De modo que el reverendo Vaughan se ha vista rodeado de párvulos que ocupan todas las salas de su casa y corretean por sus alrededores varios días en la semana.

El domingo, la Misión se traslada a la capilla cercana donde to-

dos, niñas galesas y tehuelches, colonos y hasta algunas indígenas, participan del oficio religioso y luego de las reuniones sociales, donde se comparte el té, el pan con manteca y la carne asada, si es que hubo buena caza.

Así funcionan las cosas hasta el verano, cuando el anciano reverendo Vaughan muere a causa del tifus.

La gente de Orkeke se halla entonces en El Deseado, y el resto de los niños de la colonia ayudan a sus familias en las tareas de las chacras.

En el otoño siguiente, al regresar a la colonia en su camino hacia el norte, las familias tehuelches se muestran tan perturbadas como los galeses al enterarse de la muerte del reverendo Vaughan y el cierre de la misión.

Pero pronto la incertidumbre es reemplazada por la noticia del arribo al Chubut de un navío británico de paso a las islas del Atlántico sur.

Hay gran alboroto entre las familias ya que es de las primeras naves europeas que echan anclas frente a la colonia.

Los oficiales de la embarcación se reúnen con los líderes en una de las casas cercanas al puerto. Supongo que hubo intercambio de noticias; periódicos, y algunas virtuallas. Luego hubo agasajos y una recorrida por diferentes puntos del valle.

No sé cuál ha sido la impresión causada en los oficiales británicos al observar las condiciones de estos súbditos apartados de la mano de Su Majestad: Galeses de barbas raízas que usan improvisados capotes de piel de guanaco en reemplazo de sus abrigos de paño, que en lugar de tiradores, sujetan sus pantalones con dos o tres juegos de boleadoras atados a la cintura; que llevan calzados, si los tienen, los mismos zapatos con los que caminaban las calles o caminos de Caernarfon, de Aberdar, de Ffestiniog; las campiñas de Garilwyd, cerca de Delgellau, los muelles de Liverpool o los empedrados de Manchester; o cuando les ofrecían de esa repugnante infusión que llaman "mate" y que parecen beber con placer succionando todos, indios y galeses, de una misma bocalla.

Niños que apenas pueden diferenciarse entre galeses y nativos por el color de sus ojos o sus cabellos, que hablan entre sí mezclando ambas lenguas, sin distinguir una de otra, y que juegan semidesnudos en medio del desierto infestado de bestias voraces.

Enormes indios de rostros fieros cantando salmos en perfecto galés durante los oficios del domingo, o sentados a la mesa com-

partiendo el té y untando el pan con manteca, o impartiendo a sus hijos los modales victorianos para comportarse en tales reuniones...

Como sea, la embarcación parte raudamente apenas unos pocos días después de su arribo, dejando a los pobladores con ganas de seguir brindando su hospitalidad a tan ilustres visitantes.

Antes de levar anclas, sin embargo, el capitán del velero manda descargar varios sacos conteniendo zapatos y ropa usada. La ropa es rápidamente distribuida entre los pobladores, al igual que los zapatos. Pero éstos no han sido muy valorados. Dicen que no son las tallas adecuadas, aunque prefiero creer que ya nadie se siente a gusto con ellos. Tan acostumbrados estamos a andar descalzos.

Seis

Recuperada la normalidad en la Colonia, vuelve la preocupación por el cierre de la Misión Vaughan. Algunos colonos, entre ellos nuestro Padre Daniel, se reúnen con hombres de la tribu en un descampado a medio camino entre los límites de la colonia y el campamento indio. Cada una de las partes busca el modo de asegurar la alianza que se había producido teniendo como pretexto la iniciativa del reverendo Vaughan.

Pasan las jornadas y las tratativas se dilatan en extensos parlamentos de uno y otro lado, tratando cada quien de respetar los protocolos del otro.

Al cabo de casi una semana de ceremoniosos parlateos, todo está estancado como agua de charco, que se evapora y queda en nada.

Pareciera que sólo los que participan del encuentro toman en serio sus gestiones, mientras que el resto de la colonia y la tribu vuelve a sus rutinas. En el mejor caso, as mujeres suelen pasar la tarde reunidas al resguardo de unos arbustos, haciendo tejidos, o reparando costuras que llevan en sus canastos mientras los niños de uno y otro lado juegan ajenos a lo que sucede.

Pero el otoño avanza inexorable y es necesario hallar una solución antes de que la tribu deba continuar su viaje hacia El Carmen.

Es en esas circunstancias que Mary Evans deja el grupo de mujeres con quienes compartía la sombra de un arbusto.

Maikol, JB, Gewen y yo estamos jugando con una lagartija entre las piedras cuando la vemos a la distancia, caminando resuelta en dirección al campamento indio. En la toldería las mujeres están ocupadas en sus asuntos.

Corremos tras ella y casi le damos alcance cuando ya los perros de los indios salen a ladrarnos, advirtiendo al campamento de nuestra presencia. Mary nos detiene con un gesto seco e inapelable. Nos quedamos de pie por un momento viendo cómo avanza hacia el grupo principal de las mujeres en los toldos.
Varios salen a su encuentro, pero pudimos ver que Mary pasa junto a ellas y se dirige directamente al centro del grupo donde una mujer enorme se pone de pie para recibirla. Luego supe que se trataba de Hadd, la mujer de Orkeke.

Mary llega hasta Hadd que la recibe con reservas, quizá sorprendida por la falta grave al protocolo indígena, pero al mismo tiempo con cierto respeto ante la determinación de esa mujer blanca.
Se apartaron a un lugar junto al toldo principal y durante un rato parecieran que mantienen una conversación, algo impensado desde nuestra mirada sorda que ninguna conoce la lengua de la otra.
Mientras estas mujeres conferencian, los hombres, que llevan días enteros enfrascados en discusiones, o quién sabe, también jugando a las cartas, son advertidos por algunos muchachos de la toldería: una mujer de la colonia ha llegado al campamento y parlamenta con Hadd.
De inmediato se encaminan al asentamiento indio, con Orkeke y varios colonos encabezando el grupo, y allí va nuestro Padre Daniel.
No alcanzas a llegar a los toldos cuando Mary se está despidiendo de Hadd, tomadas de las manos y haciendo sobrios gestos de asentimiento con sus cabezas.
En camino de regreso a la Colonia, Mary se cruza con los hombres que llegan a ver qué sucedía.
Los niños se quedarán en la colonia, dice Mary a su esposo que la mira sin entender.
Se quedarán en nuestras casas, nosotras cuidaremos de ellos, agrega mirando al resto de las mujeres de la colonia que venían más atrás y con quienes habían tomado la decisión momentos antes de encontrarse con Hadd.
Mary nos llama a su lado y partimos de regreso a la colonia, esta vez, directo a nuestra casa, donde llegamos cuando anochecía.
Esa noche, mientras retira los platos de la mesa, Mary canta en voz muy baja estrofas sueltas de algo que hoy recuerdo como el *calon lan*.

Supongo que los hombres habrán continuado con sus encuentros unos días más. De todas formas, las cosas habrán de resolverse tal y como las mujeres lo habían dispuesto.
La propuesta era por demás beneficiosa para ambas partes. Los tehuelches tendrían a sus hijos a buen resguardo, aprendiendo los rudimentos de esa otra cultura con la que continuarían comerciando, al tiempo que esa relación pacífica con los colonos podría servir como garantía ante el gobierno de Buenos Aires que cada vez se mostraba más hostil con los diferentes facciones indígenas de la región, en especial contra los araucanos o manzaneros que pueblan el Neuquén.
A su vez, los colonos ganan mayor confianza con sus socios los tehuelches, y podían sentir cierto margen de seguridad, ante los rumores de un eventual ataque indígena a la colonia, como los ya ocurridos contra los poblados de El Carmen y Bahía Blanca. No imaginan mayor seguro que el tener en sus casas a los hijos de los propios indígenas.

Hoad tiene formas contundentes y su estatura se alza por encima de los colonos más altos.
Como esposa principal del cacique, Hoad dirige las tareas del resto de las mujeres de la toldería. Posee una gran influencia sobre las decisiones de Orkeke y éste la consulta con frecuencia durante interminables tertulias mantenidas en voz baja en la intimidad de su toldo, a *kow* como la llaman en su lengua. Ambos fuman largamente compartiendo la pipa de la autoridad, lo que subrayaba la jerarquía de Hadd dentro de la tribu. Escenas que nos serían relatadas por Mokol años más tarde.
También conocimos sus destrezas en la confección de quillangos, siendo igualmente hábil para curtir el cuero, coserlo con tendones de avestruz y luego pintarlas con los coloridos motivos propios de la tribu.
Entre tantas virtudes, la afable mujer tiene un defecto: su afición a los naipes.
Las mujeres de las tolderías reproducen en trozos de cuero las barajas españolas que han conocido en los boliches de El Carmen.
Durante sus juegos suelen hacer fuertes apuestas.
Dicen que con frecuencia Hadd llega a perder pequeñas fortunas en mandiles o quillangos. Dicen que cuando esto sucede su mahu-

mar alcanza grados de lorsiento y que para evitar males mayores se encierra en su kaw por varios días. Que para disimular la ausencia de esos bienes, dicen, echa a rodar veladas acusaciones sobre otros miembros de sus familias, o sobre alguno de sus sirvientes chilenos. Debo anotar en su favor, según dicen, que se cuida celosamente que tales comentarios no lleguen a oídos de su esposo, luego de cierta ocasión donde perdiera en apuestas casi la totalidad del tabaco que éste guardaba, culpó de robo a uno de sus sirvientes chilenos. El pobre indigente casi pierde la vida a manos de un enfurecido Orkeke.

Siete

La decisión de las mujeres principales es acatada de inmediato por varias familias de colonos que reciben a los hijos tehuelches en sus casas. Pero no debe suponerse que todos están de acuerdo, ni en todos los casos los resultados son felices.

Los hay quienes toman a estos niños como simples sirvientes, o niños que no aceptan las costumbres de los colonos y a su modo sufren el alejamiento de sus familias.

Las reuniones dominicales son por entonces el centro de las discusiones y debates sobre el tema. Hay niños que pasan de unas familias a otras, a veces con buenos resultados, y otras empeorando la situación. Nadie había previsto circunstancias como éstas. No pocos líderes de la colonia observan los conflictos con escepticismo y Madre Mary se pregunta si la decisión habrá sido acertada.

Las temporadas se suceden y el tiempo trae consigo algunas soluciones. La convivencia hace el resto.

Ya instalados en Glyn Du, lo que será nuestra definitiva morada familiar, nuestra Madre Mary parece sentir sobre sus espaldas una responsabilidad mayor, por cuanto Hoad le ha confiado la custodia de su sobrino directo: Makol.

Con el tiempo, el pequeño tehuelche será apreciado por los colonos.

Pero sus primeros días en Glyn Du, junto a los tres niños Evans, las cosas no resultan tan felices.

En las comidas, él prefiere estar en un aparte, junto al fogón, en lugar de compartir la mesa y la oración con nosotros.

Al principio, Madre Mary obra con paciencia, a la espera de que con el correr de los días pierda su timidez.

El punto es que Gwen quiere sentarse a comer con su nuevo hermano allí, junto al fogón.
Madre Mary fue terminante en su negativa. Tanto como lo fue Gwen en su determinación de no volver a probar bocado nunca más hasta que no lo dejaran comer con su nuevo hermano.
Comprendiendo el protagonismo que obtiene de esta situación, Makoi comienza a variar los sitios donde se instala a disfrutar la comida que Madre Mary le deja sobre la mesa. Especialmente en los almuerzos. Un día se sienta afuera, rodeado por los perros a los que mantiene a raya ferozmente mientras se lleva la comida a la boca. Otras veces se ubica bajo la ventana. Y hasta logra encaramarse a una gran piedra cercana a la casa, haciendo equilibrio con el plato entre sus manos. Desde donde fuera que se acomode a comer, Makoi mira desafiante y provocador hacia la casa, sabiendo que a nosotros no se nos permitirían semejantes ideas. Ni siquiera somos capaces de concebirlas.
Las locuras de Makoi son seguidas atentamente por Gwen, quien negándose a comer, baja de su asiento y desde la puerta observa cada paso de nuestro nuevo herrero.
La prueba de que todo ello no es más que una provocación dirigida a nosotros, llega con el regreso a casa de nuestro Padre Daniel, luego de trabajar más de una semana en las tierras de colonos más apartados del río.
Durante la cena de esa misma noche, Makoi es el primero en sentarse a la mesa, limpio en extremo, y vistiendo una camisa que Madre Mary halló buscando en los baúles. Hasta parece comprender las palabras con que Padre Daniel bendice la comida. Sentado frente a él y sin concedernos una sola mirada, Makoi parece atento a la discreta conversación que Mary y Padre Daniel vienen manteniendo. La excepción fue para Gwen, que también había desistido en su decisión de no probar bocado, y devora su comida concienzudamente. Una rápida mirada entre ambos, provocó la primera sonrisa que conocimos de Makoi.
También es en esos días, con Padre Daniel ocupándose de mejorar nuestra parcela de Glyn Du, que Makoi comienza a dar muestras de su talento y destreza para la vida en el desierto.
Padre Daniel trabaja en estas jornadas con la ayuda de varios hombres de la colonia tal como él lo había hecho en sus chacras durante semanas.
Son días en que para conseguir algún alimento las mujeres prueban cocinar los escasos vegetales de apariencia comestible que

ofrece este suelo, la desesperación por un pedazo de pan hace que los familias consuman en sus cocinas las fanegas de trigo que el gobierno de Buenos Aires envía para la siembra. Días en que los indios nos llaman "gente-come-pasto".

Mal pertrechados de armas, los hombres pocas veces logran dar caza a una liebre, un guanaco o un avestruz.

Salen a probar suerte durante el atardecer, cuando los animales bajan de la meseta para beber en el río; o cuando raya el alba, que es cuando regresan a sus madrigueras.

En la tarde del segundo día de ese otoño en que Makol llegó a nosotros, se prepara una partida de caza. Se revisan las precarias armas de fuego, se discuten estrategias y recorridos, se consideran algunos posibles trampas y señuelos.

Makol los observa en silencio. Mira las manos moverse rápidas, el ir y venir de los aperos. Las palabras extrañas en tonos reservados. El humo del tabaco empastando el aire bajo el cobertizo. Los hombres salen decididos camino de las bardas que ascienden a la meseta. Makol se dirige veloz al interior de la casa y regresa sólo con un tapapalo, y llevando dos juegos de boleadoras en sus manos. Corre detrás de los hombres mientras lo observamos desde nuestra ventana. Mary también lo observa con curiosidad y acaso esperando que Padre Daniel lo haga regresar.

Makol alcanza a los hombres y camina manteniendo cierta distancia detrás de ellos. Siguen así un trecho hasta que se percatan de su presencia. Padre Daniel intenta hacerlo regresar a casa, pero otro de los hombres lo persuade de que le permita acompañarlos. Tal vez nos traiga buena suerte, dice. O tal vez espante a los animales con su fea cara, dice otro. Todos ríen. Tal vez, dice alguien más, pero con esas patas largas es seguro que podrá alcanzar un avestruz y tomarla del pescuezo.

Entrada la noche, los ecos del valle traen a nuestra casa voces de hombres que cantan. Momentos después escuchamos claramente las estrofas de himnos dominicales conocidos para nosotros. Himnos triunfantes, plegarias de agradecimiento.

Salimos con Gwen, Mary y JB al encuentro de los hombres que con tanto entusiasmo regresan a casa; sobre sus hombros cargan todo tipo de presas capturadas en sólo unas horas.

Doy fe que no recuerdo otra expresión de felicidad en nuestro Padre Daniel como la de esa noche.

La cena resulta por demás animada. Padre Daniel habla sin detenerse a tomar aliento. Con gestos de asombro y expresiones

de admiración nos relata cómo Makoi pudo capturar, él sólo seis liebres, un armadillo y cuatro perdices; que los ayudó a encerrar y atrapar un avestruz macho; que lograron avistar una manada de guanacos a la distancia antes de que, por primera vez, dijo, el guanaco macho los descubriera a ellos y huyera alertando a su grupo.

Makoi toma la comida sin decir una palabra. Sólo mira a Padre Daniel cuando éste lo señala con admiración. Nosotros observamos a Makoi con un sentimiento ambiguo de admiración y envidia por haber compartido con Padre Daniel todas esas aventuras que a nosotros aún nos están prohibidas.

Sólo Gwen mantiene una expresión distraída, como si no importara nada de lo que Padre Daniel está contando para nosotros. De tanto en tanto sostiene la mirada fija en Makoi, al que parece estudiar con detalle.

Patas-largas, dice Padre Daniel. Ahora le llamamos PatasLargas Makoi, dice mientras ríe con ganas y dirige una mirada cómplice a nuestro nuevo hermano. Makoi lo mira y sonríe perdiendo quizá que las palabras de Padre Daniel son un elogio para él.

La presencia de los niños indios en la colonia marcó una temporada determinante para los pobladores galeses.

Desde entonces se vuelven comunes las prácticas y competencias en el uso de las boleadoras. Aún muy niños todos aprendemos a elaborarlas y utilizarlas con habilidad.

JB pronto se vuelve tan diestro en el uso de esa herramienta como PatasLargas Makoi. Ambos se destacan en las competencias superando en sus marcas a los adultos.

Las salidas al desierto los vuelve compañeros inseparables. Ambos desarrollan notables artes de supervivencia en los rincones más hostiles de la estepa. Reconocen el rastro más sutil dejado por animal alguno, la vegetación y los minerales no guardan secretos para ellos. La biblioteca de Padre Daniel es frecuentada por ambos y las lecturas que JB comparte en voz alta, dan a PatasLargas Makoi una nueva dimensión de sus universos.

Sin poseer sus habilidades, destrezas, ni su insaciable curiosidad y audacia, con el paso del tiempo me fue dado sentir que el mío es un lugar de observador privilegiado, donde los acontecimientos y las personas se desenvuelven ante mis ojos, como un escenario que la vida reserva para mí, únicamente.

En todos los hogares se puede comer ahora otra cosa que no fueron hojas de lengua de vaca o raíces secas y molidas. El trigo está siendo sembrado en casi todas las chacras y, si el río no de-

fraude una vez más, tal vez tengamos una cosecha.
Padre Daniel vuelve a casa una tarde con noticias que son una bendición a los oídos de Mary. Terminadas las diarias angustias del hambre, los colonos encuentran algo más de tiempo para pensar en mejorar sus cultivos.
Escucho por primera vez a Padre Daniel que dice "canal" y dice "riego". Dice que un colono y su mujer aseguran que es posible llevar agua del río a los rincones más lejanos del valle. Dice que trabajará con ellos y con los que se les unan.
En lo sucesivo, todos los hombres de la colonia trabajaremos alguna vez en la construcción de los canales que riegan las chacras. Por varias generaciones, arigadas de colonos se dedican año tras año al mantenimiento de estas arterias vitales para la vida en el valle.
Hay augurios de prosperidad. Hay voces que van y vuelven con buenas noticias. En las sucesivas travesías de las gentes de Oskeke hacia El Carmen, llevan consigo las buenas experiencias de los galeses del Chubut, y a su regreso llegan con ellos varios comerciantes criollos o españoles, o italianos, que instalan sus mostradores en la Colonia.

Pataskargas Makol, mi hermano del desierto, hizo la diferencia.

Ocho

Un cuerpo desnudo y otro cuerpo desnudo junto a otro cuerpo desnudo junto al canal y a otro cuerpo desnudo. El sol mordiendo sobre los hombros rosados u oscuros, el viento estirando la piel como lonja, la arena lijando piernas y ojos. Los pies endurecidos por el suelo.

Qué es la vergüenza

JB, Makal, Gwen y yo hacemos de cada verano un territorio de juegos. Descalzos, muy a poco de ganar distancia de nuestra casa, las ropas van quedando colgadas de arbustos o sujetas por piedras para que el viento no las lleve.

Con ocho años, pero también con diez o con doce. La ropa es un estorbo. Quién entiende un vestido de mujer cuando hay que correr detrás de un armadillo. Una camisa, cuando el agua del canal nos cubre hasta el cuello. Polleras, cuando se deba saltar sobre una cerca.

Qué es la vergüenza

Si defecamos detrás de una mata es porque a nadie se le ocurre hacerlo donde podamos echarnos a descansar o a comer o donde otros puedan pasar y pisar...

Qué es la vergüenza

Vergüenza es ese calor que nos llega cuando decimos una mentira; esa que nos inunda la boca y empasta la lengua. Es la rigidez de los huesos al maldecir. Es esa que nuestros padres y otros mayores cubren con sus prendas.

Este verano, Gwen está vestida junto al canal. Madre Mary hubiera querido que no venga con nosotros, pero sabe que eso sería imposible. Al menos, cree, ha logrado que conserve puestas sus ropas. Ahora eres una señorita, dice Gwen que dijo Madre Mary.

Ahora es una señorita y al parecer eso representa un castigo para las niñas más grandes, porque no pueden echarse al sol como nosotros, ni darse un baño en el canal. Debe vestirse y andar cubierta en todo momento, como las demás niñas de la colonia.

Gwen lee a la sombra de los sauces, mientras JB, Makol y yo seguimos saltando a las aguas del canal como cada verano. Crecer no parece algo que tenga que ver con nosotros. Tampoco la vergüenza.

Observo a Gwen y sé que está triste. Sé que ella quisiera saltar que sobre sus lecturas y arrojarse al agua. Pero de algún modo, o por algún motivo, hoy la voz de Madre Mary está entre nosotros. Desnudos, vibrantes en la tarde de verano, decidimos dejar el canal y salir en busca de huevos. Gwen dice que se quedará leyendo. Sin darle importancia salimos al campo a toda carrera. De pronto me doy cuenta que olvidé el saco de tela para cargar los huevos y regreso a buscarlo. Al llegar junto al canal, y todavía semioculto por los arbustos, veo que Gwen está quitándose la ropa. Quedo paralizado. No puedo quitarle los ojos de encima mientras deja caer sus prendas y su cuerpo se me presenta como nunca antes. Una rigidez se apodera de mis huesos. Algo ha cambiado en ella, en su pecho, en su piel, en su cintura, en sus piernas. La lengua se me empasta y no he mentido y un calor me sube desde mis piernas hasta sofocar mi garganta.

Gwen entra al agua del canal y sumerge su cabeza. Aprovecho a buscar el saco de tela y huir de esa visión.

Nueve

Sentado a la sombra de un sauce encuentro a John Bach. Parece ocupado trabajando en algo que apoya sobre sus piernas.
Mi presencia lo sorprende y percibo su perturbación mientras envuelve un trozo de madera en un lienzo.
Trabajo en una empuñadura para mi cuchillo, dice sin que yo le pregunte. Cuando lo termine te lo mostraré, dice.
No sé de qué se trata y me extraña su secreto. Pero me divierte verlo así, sorprendido en la intimidad de sus pequeñas acciones.
Le digo que sólo vine para pedirle que me acompañe a ver esos fierros en Bryn Fach.
Él vuelve a decirme que deja eso para los mayores. Dice que nuestro futuro está en los Andes, y así retoma su antigua idea de ir al oeste, hacia los valles montañosos. Dice que confía en los relatos de PatasLargas Mekal. Los has escuchado tantas veces como yo, dice.
Yo río abiertamente. PatasLargas habla por lo que ha oído decir a otros, le digo; no encuentro diferencia entre lo que cuenta de esos verdes valles, lagos nos, altos pasturas....
Y oro, dice. Oro.
Oro, claro, cómo olvidarlo. Soy irónico. Yo digo que son la misma clase de historias que cuando nos habla de toros blancos que echaban fuego por sus morros, de lagos que se llenan de agua en una sola noche. No hay que creer todo lo que cuenta, digo y me río.
Já no se resigna: Dice que PatasLargas ya nos dijo que esas son historias antiguas de sus hombres viejos.
¿Y tus historias?, digo. ¿Acaso no eran tus historias sobre dragones, serpientes gigantes en el mar?, le digo y me río con más ganas.

¿No fuiste quien contó que tu padre capturó una ballena con sus manos cuando navegaban hacia el sur?
Le digo que PatasLargas le cree porque nunca vio el rostro de Madre Mary cada vez que cuenta el terror que sintieron cuando el barco en que viajaban llegaba a las costas y esas enormes bestias emergieron de las profundidades. Casi mueren del susto.
JB ríe también finalmente. Es cierto, dice, pero ya intenté explicarle esas historias. Al fin, éramos niños entonces.
Pero ambos sabemos que PatasLargas Makol insiste con la fantasía de hacerse a la mar a bordo de un barco; sueña con estar en la cubierta de un navío y no tener nada de tierra alrededor, así sueña Makol, digo, como sueñas con llegar a Los Andes. Ambos están locos.
JB dice que no se perdería nada con intentar una expedición. Tampoco perderemos mucho si me acompañas a Bryn Foch, digo. Además éste ya es un sitio conocido, y si no me decido pronto, otro lo tomará y vivirá allí.
Terco como buen galés, dice.
Propongo que me acompañe y si consigo instalarme en Bryn Foch, prometo acompañarlo en su viaje a los "valles encantadores", aunque creo que el encantado aquí es él.
Riendo me arroja un pedrusco al tiempo que se pone de pie.
Le señalo el trozo de madera que lleva envuelto en su mano. No parece que tu cuchillo necesite una nueva empuñadura, digo.
La sonrisa se borra de su rostro que de inmediato vuelve a ser el de un niño sorprendido en una travesura.
Sólo intenta hacer algo. No tiene importancia.
Mira, digo, quizá podríamos ir a Bryn Foch antes de terminar el otoño y, si me decido, tal vez alcance a instalarme para la primavera. Entonces veríamos de hacer tu viaje al Oeste durante el verano.

Diez

Un dragón laulda que se desliza entre la arena y la piedra para beber en el mar. Eso es el Chubut.
Un dragón del que depende nuestra existencia. Nos castiga y nos protege por igual. Nos observa con ojos transparentes a su paso por cada rincón de la colonia.
Poderoso y soberano, cuando las lluvias arrecian en las remotas cumbres de los Andes, aquí el río desata sus castigos sobre quienes intentan domesarlo. Y no hay presa o embalse que detenga su ira invernal. Es cuando el valle recibe la furia de sus aguas devorándolo todo: cultivos y refugios; casas, animales y personas; poniendo a prueba la fe de estos tercos galeses.
Los primeros deshielos de primavera suelen adornar la superficie del río con grandes bloques de hielo, témpanos que derivan por millas hasta llegar al valle.
No es difícil comprender que en más de una ocasión estas moles heladas se transformen en un peligro para la Colonia: con frecuencia suelen amontonarse en una angostura del río aguas arriba, hasta formar un embalse natural que gana altura a medida que el nivel del agua crece y trae nuevos témpanos. Hasta un punto en que la presión de la corriente es tal que rompe la pared de hielo, y un caudaloso torrente se derrama sobre el valle arrastrando todo a su paso.
Nadie podía suponer el origen de estas tragedias que ocasiona el río, hasta que una casualidad hizo que JB, Makal y yo presenciáramos el fenómeno, mientras seguíamos rastros de una manada de guanacos, varias millas al oeste de la colonia.
Apenas hemos podido servirnos de los atributos de este río caprichoso e imprevisible abriendo tajos en el desierto por el que

le fluyen hijos. Entonces, la sangre cristalina bendice nuestro valle con el verdor de la siembra.

No todos los pobladores han corrido una suerte pareja. Las hay quienes abandonaron la Colonia con diversos rumbos: a quienes simplemente agregan sus huesos al suelo calcáreo de este lugar. Y están también los que quisieran marcharse de este valle, pero no tienen siquiera lo necesario para salir de sus chacras.

Pero los hay quienes encuentran las más diversas razones para perdurar. La fe, la ambición, el amor propio.

Es en Bryn Foch que puedo conocer el profundo sortilegio del río Chubut.

Tengo veinte años de edad, y el entusiasmo necesario para confiar en que aquí llevaré una buena vida.

Mi cadw batch —como llamamos aquí a las moradas de los solteros- ocupa el extremo oeste de la colonia, entre el río y el canal del norte. No es una superficie extensa, pero cuenta con el beneficio de hallarse cerca de la boca toma, donde comienza el canal excavado hace unos años atrás por otros colonos.

Aceptar esta tierra me obliga también a ser parte de los grupos de trabajo que mantienen limpias estas arterias por las que el agua riega el valle.

Bryn Foch había sido habitada por un anciano y su mujer llegados en los primeros años de la Colonia. El hombre murió durante la última peste de tifus, y la anciana se sumó al grupo que está dando forma al poblado de Gaiman. A nadie interesó ocupar su lugar en esta porción más lejana del valle. Tal vez por la distancia que la separa de otros parajes más habitados.

La colonia ha crecido en los últimos quince años, pero aquí se terminan las tierras de cultivo. Más allá, aguas arriba, el río corre encajonado por altos riscos. La angostura del río obliga a trepar la meseta, y torna impracticable todo intento por obtener algo del suelo reseco.

Pero sobre todo creo que nadie quiso volver a ocupar esta parcela por su proximidad con el desierto y sus incertidumbres.

De todo ello hablamos con JB mientras trabajamos en reconstruir lo que fue una vivienda y convertirla en mi cadw batch, mi nueva morada de hombre soltero.

De todo ello y de las noticias de la guerra que el gobierno de Buenos Aires ha desatado contra los indios en el río Negro y los valles andinos. Se han reavivado los temores de que grupos indígenas tomen venganza atacando a la colonia.

Dicen en el pueblo que eso no sucederá, pero sabemos que militares argentinos construyen un fortín en Corral Charmata, unas millas al oeste de aquí. Hace unos pocos semanas, partidas de soldados que se dirigían al lugar hicieron noche en mi parcela. Serían los primeros de una larga procesión de visitantes circunstanciales que llegarán buscando el reparo del robusto sauce que se levanta a un lado de la vivienda, al que todos refieren como el "sauce-junto-a-la-casa".
Dicen que el fuerte nos protegerá de los malones. JB cree eso, o al menos dice creerlo. Yo pienso que un fortín sólo traerá los horrores de la guerra hasta la Colonia.

No se lo digo, pero sé que el entusiasmo de JB para que yo pueda instalarme se debe a que he prometido acompañarlo en su expedición al oeste.
De hecho, no hablamos de otra cosa en las últimas semanas a medida que el final de los trabajos se acerca junto con la primavera. Seguimos trabajando en los fríos meses de invierno. JB se ha instalado aquí para ayudarme a terminar con todas las mejoras de mi tierra. Su padre, aunque casi anciano, todavía regentea hábilmente su parcela, en el sector viejo de la colonia.
También hablamos de Gwen.
Ella hubiera querido estar en Bryn Fach, ayudando en su reconstrucción. Sí, le gustaría estar aquí, dice JB. Hubiera sido bueno tenerla aquí, dice. Pero es mejor que ayude a nuestra madre Mary en la casa, digo. Todavía podrá arreglárselas sola un tiempo, y con Gwen aquí sería más agradable que sólo conversar contigo, dice, y comienzo a dar crédito a mis sospechas de que los sentimientos de JB por ella van más allá que los de un hermano.
Pensándolo bien, tal vez ella encuentre más entretenido conseguir nuevos amigos; está en edad de hacerlo, digo y espero a ver la reacción de JB.
Dice JB que no cree que a ella le interesen esas cosas. Ella se siente mejor entre nosotros, dice.
Digo que tal vez no sea eso lo que ella siente, y que me pregunto si eso no será lo que él quisiera que así fuera.
JB calla y sigue reparando las tablas del piso, martillando con fuerza.
Digo que acaso sea él quien quiere a Gwen cerca, muy cerca, digo socarronamente.
JB salta sobre mí y me toma por el cuello, con toda la furia en su

rostro y agitando el martillo amenazadoramente a la altura de mi cara. Dice que si vuelvo a hablar así clavará mi cabeza contra la pared. Deja de reír porque comprendo que este galeno enfadado puede hacer eso y mucho más.

El regresa a su trabajo y yo salgo de la casa, lamentando mi inoportuno sentido del humor, y avergonzado por sentir temor de mi propio hermano.

Sentado bajo el Sauce-junto-a-la-casa, comprendo que el asunto es serio. Pero ni en esas circunstancias pude imaginar que mis palabras habrían de martillar aún más profundo en el pecho de mi hermano, una dolorosa estaca de amor.

Once

Los efectos del riego se aprecian más aquí, cerca del poblado. Los alrededores de Trerawson se ven más verdes que Bryn Fach. Hacía meses que no llegaba hasta aquí. Los trabajos de reconstrucción del cadw batch, y mi instalación en él, consumieron casi todo el invierno.

No he vuelto solo. Gwen viaja a mi lado, montando el caballo de Padre Daniel.

Llegó a Bryn Fach con las últimas horas de ayer, cabalgando al paso para no cansar el caballo de Padre Daniel, y así poder regresar de inmediato.

Llega a mi cadw batch, y antes que ella pueda decir nada, puedo entender a qué viene. No imagino otra razón para que sea ella quien llegue, cabalgando sola, ya casi entrando en la noche, montando el caballo de Padre Daniel.

Le ofrecí descansar unas horas, pero sólo aceptó tomar mate, comer algún bocado junto al fogón y recuperar algo del calor perdido en el viaje. Pasada la medianoche, emprendimos el regreso a Glyn Du, donde JB nos esperaba junto a Madre Mary. El funeral tendrá lugar poco antes del mediodía. Y hacia allí nos dirigimos.

Me apena que Padre Daniel no pueda ya disfrutar de todo este verde que él y tantos de los suyos permitieron.

Quisiera decir que durante el camino hablamos de nuestro Padre Daniel. O quisiera poder decir que Gwen no ha dicho una palabra.

Quiere irse de la colonia. Dice. Quiere estar con Makal. Eso es lo que dice.

Los pasos de nuestros caballos me retumban. Miro hacia donde

debería estar Gwen pero sólo veo su silueta recortando la oscuridad del destierro.

Quisiera decir que estoy sorprendido. Decir que no doy crédito a lo que escucho decir a Gwen. Digo para mí que nuestro Padre Daniel ha muerto y todo parece desmoronarse como las bardas arenosas bajo el viento. Digo que la noche esconde estas lágrimas que siento frías en mi cara.

Pregunto si Mary lo sabe. Si lo sabe JB. No lo saben, dice Gwen. Es ahora que lo sé, ahora lo digo por primera vez. Makol es con quien quiero estar. Pregunto si Makol lo sabe. No. Que no lo sabe, dice la silueta oscura a mi lado. Pero que tal vez sí.

Mary no lo entenderá, digo. No puede entenderlo. No, dice. No lo entenderá. Nadie tiene qué entender. Dice y tiene razón. Tampoco entiendo.

JB también te ama, digo. He visto lo que siente. Digo, he visto cómo te mira. Cómo te busca. No, dice. No es cierto. La oscuridad se enfada a mi lado. Él no me ama como Makol. Él es mi hermano. Dice, y la noche había desplegado sobre mí. Tampoco entiendes, dice. Y la noche es un abismo donde mi caballo pisa impredecible detrás de un galope que te aleja.

El camino se convierte en una calle con un puñado de casas dispersas a sus lados. Me sorprenden los nuevos comerciantes instalados en el transcurso de unos pocos meses. Deberé visitarlos pronto.

Gwen cabalga un poco más adelante. Logré darle alcance en el amanecer, pero no hemos intercambiado palabra alguna.

Volcamos las riendas hacia el río, y entrando en una chacra damos con la capilla donde se lleva a cabo el funeral.

Avanzada la tarde, dejamos el cementerio y regresamos a Glyn Du acompañando a Madre Mary. Se conserva erguida en el asiento de la volanta que conduce JB, mientras Gwen y yo cabalgamos detrás. Luego vienen el pastor, el médico de la colonia y unos pocos vecinos desconocidos para mí, que supongo darán sus últimos pésames. Ojos enrojecidos los de Madre Mary perdidos en el horizonte. También los de Gwen. Hay dolores insondables en sus miradas.

JB se muestra diligente. Indica que acompañe a Madre Mary al interior de la casa mientras él se encarga de los caballos y el carruaje. La cocina de la casa no es aquella que conocí en la niñez. El trabajo de Padre Daniel y JB la convirtieron en amplia y confortable, con una gran mesa alrededor de la cual Gwen atiende a los visitantes ofreciéndoles té o mate.

en la cocina encuentro bata las con aceites, Sal Inglesa, Pocket Riviére, jeringas con éter alcanforado se amontonan sobre una mesa. Todo un arsenal de implementos que el médico, un tipo llegado con la compañía del ferrocarril, acaba de traer a la colonia. Pero sin resultados para nuestro Padre Daniel.

Mientras el pastor brinda consuelo a Mary, el médico comienza a juntar los restos de las medicinas y a despedirse. Con un gesto nos indica que desea salir y hablar con Gwen y conmigo. Una vez en el patio, dice que debemos deshacernos de las ropas de Padre Daniel para evitar posibles contagios. Dice que las causas de la enfermedad no son muy conocidas. Que hay ya varios casos similares en la Colonia, dice y que debemos impedir que se extienda a otras familias.

Que la medicina avanza un poco cada día, dice el médico llegado con el ferrocarril, y que debemos confiar más en ella. Que los indios no pueden saber nada de estas enfermedades, dice, y nos muestra el saco con polvo preparado con buche de ñandú seco que Madre Mary emplea para calmar las diarreas. Esto es brujería, dice el médico. La ciencia pronto acabará con las enfermedades de la humanidad, dice y se inflama. Pronto no habrá más enfermedades, dice. Estas cosas, dice y muestra el polvo de ñandú, son venenos.

Muy bien, dice Gwen, haremos con la ropa de nuestro Padre Daniel lo que usted nos dice. Pero sólo eso, dice. Y tomando de sus manos la medicina india, dice también que cuando uno de sus médicos, uno sólo al menos, acompañe a los colonos más años de lo que lo han hecho los viejos indios, dice, podremos deshacernos de esto, dice y levanta el polvo de ñandú hasta dejarlo frente a los ojos del médico. Ojos desmesurados. Pero no cree, dice Gwen y hay desprecio en su decir; no cree, dice, que la ciencia termine con las enfermedades de la humanidad. No cree que ningún médico permita que eso suceda. Buenas tardes, dice y se retira.

Perturbado, el médico sólo acierta a ponerse el sombrero y regresar a su carro, donde lo espera el predicador.

Ayudo a Gwen en la tarea de recoger con cuerda las prendas de nuestro Padre Daniel, prendas que quisiéramos abrazar para prendernos del aroma a tabaco y sudor, pero que alzamos con la punta de un palo para evitar el contagio.

Dejo a Gwen terminando con eso y salgo hasta un rincón apartado del patio, donde comienza a juntar ramas y leña para hacer fuego.

Reparo en JB, que está bajo el cobertizo, cepillando el caballo de Padre Daniel. Me acerco lentamente, pero con un gesto de su mano, me hace saber que desea estar sólo.

Al fin comprendo que también quiero estarlo y regreso a mi tarea de armar una fogata, con lentitud, como si a cada trozo de leña, construyera una de las piras funerarias con que mis antepasados despedían a sus seres queridos al partir hacia Annwn, el mundo del más allá. Murmuro una plegaria infantil por su espíritu mientras las llamas crecen. Anoche por el frío y ahora por el calor del fuego. Mis lágrimas no pueden esconderse de mí.

Cuando las llamas están altas, llega Gwen arrastrando un bulto de ropas. También JB se ha acercado a la fogata y ofrece su ayuda. Entre ambos levantamos el atado de ropas y lo arrojamos sobre la hoguera.

Los tres permanecemos un momento en silencio viendo arder esas prendas trajinadas por la vida de ese hombre silencioso que fue nuestro Padre Daniel. Cada chaleco, pañuelo, remendado o tejido nos evoca una anécdota, un recuerdo compartido. Un abrazo nos reúne y podemos llorar en paz.

Makol estará muy triste cuando lo sepa, dice JB. Gwen se separa bruscamente de nosotros y corre hacia la casa llorando como se la había visto nunca. JB la sigue con su mirada. Con ojos que no quieren entender. Nadie tiene qué entender.

En la noche decido preparar mi regreso a Bryn Fach. Espero salir con las primeras luces del amanecer. JB se acerca para ayudarme. Hay lugar en Glyn Du para que puedas quedarte más tiempo. Dice, y ajusta las correas de mi equipaje.

No puedo hacer mucho aquí, digo. Y digo que Mary estará bien si él se queda a su lado. Y que los animales han quedado solos en Bryn Fach y debo cuidar de ellos. No sé si pueda sólo aquí con todo, dice. Que quizá deba dejar a Madre Mary en el pueblo, y entregar la chacra a otros colonos. Le digo que todo es posible, pero que nada lo será esta noche. Ni mañana. Que es mejor ir a dormir y dejar que nuestro Padre Daniel intervenga en la Providencia.

Doce

Dicen que Makol llega al frente de su tribu. Que Orkeke, anciano ya, delega a su sobrino el trabajo de organizar las travesías de sus familias, conservando para sí las cuestiones de la diplomacia. Dicen que llegó a Glyn Du y no encontró a su Padre Daniel. Que halló a Madre Mary envejecida y sin luz en los ojos. Que JB recorrió otras chacras convenciendo a jóvenes para emprender un viaje a los Andes.

Dicen que Gwen sale a su encuentro. Que Gwen le abraza como el náufrago a una roca. Que juntos lloran sobre la mesa de la casa por el recuerdo de Padre Daniel. Que por varios días cuidan de Madre Mary hasta saberla restablecida de su tristeza.

Al fin las gallinas vuelven a comer de su mano. El horno vuelve a oler a pan y la huerta recupera su verdor.

Dicen que Gwen y Makol beben agua del mismo vaso, que la tarde deja caer el sol hacia el oeste cuando Makol se demora en traer los animales al corral y Gwen no regresa temprano con agua de los canales. Que andan tendidos bajo los sauces. Que hay prendas sujetas con piedras por si levanta el viento, y hay cuerpos sudando en el agua.

Dicen que Makol se marcha de Glyn Du esa mañana siguiente. Que regresa a sus toldos sin despedirse de nadie. Sólo deja un beso en la frente de Madre Mary antes que ella despierte. Se marcha sin esperar que regrese su hermano, JB. Y dicen que Gwen no menciona su nombre en varios días.

Trece

No esperaba una visita de JB hasta el mes entrante y su llegada me hizo suponer malas noticias. Pero me equivoco. Cabalgó durante la madrugada para evitar el sol de este verano que está avanzado.

Viene alborotado. Dice que la muerte de Padre Daniel obligó a posponer la expedición a los Andes. Que se ha corrido la voz entre varios colonos jóvenes y otros recién llegados, dice, y que será un grupo numeroso el que participaría en ella. Que será prudente esperar a la próxima primavera y así tener más tiempo para organizarla.

Acuerdo en que es prudente esperar. De iniciar una expedición en esta época del año es exponerse a que el invierno nos encuentre en los fríos y nevados valles de la cordillera.

JB propone reunir a los hombres en las próximas semanas y me pregunta si podrían encontrarse aquí, en Bryn Fach.

No me opongo. Siempre que cada uno traiga consigo lo necesario para su estando. No cuento con demasiadas cosas para ser un buen anfitrión. En torno al Sauce-junto-a-la-casa hay espacio para que todos puedan pasar un par de noches. Le advierto que no deje pasar mucho tiempo, el otoño está próximo y hay trabajos que hacer antes del invierno.

Cuando ya no queda mucho por discutir de la ambiciosa expedición, sentados los dos a la mesa de mi cada batch, pregunto por Madre Mary. Y por Gwen.

Acepta el mate que le tiendo. Dice que le haría bien a Madre Mary que un día fuera a visitarla en Glyn Du. Que ha preguntado mucho sobre mí. Que le preocupa saber que aquí estoy sólo, y que debería buscar un sitio mejor para vivir.

Remos juntos de estos comentarios de nuestra madre. Me prometo que iré en poca tiempo. Necesito vender y comprar algunas cosas en el poblado.

Percibo que JB elude darme noticias de Gwen y vuelvo a insistir en ello. Me dice que nuestra hermana ha cambiado. Le digo que ha crecido. Que ya es una mujer. Dice que a nadie escapa eso. A nadie, y a ti menos, digo sin poder evitarlo. Mis palabras logran enfadar a JB. Me pregunta qué intento insinuar con eso. Y sé que es momento de poner cosas en claro.

Preparo algo de carne sobre el asador. He visto cómo la miras, digo. Digo que lo que veo en su mirada es más que afecto de hermano. He visto que amas a Gwen, termino.

La ofuscación de JB es ahora perturbación. La misma que le descubrí aquella tarde bajo el sauce cuando talaba madera. Ya nada es como en nuestra infancia, dice. Todo cambió, dice, desde que te marchaste de Glyn Du para vivir en Bryn Fach; desde que Makol fue llamado a asistir a Orkeke en El Deseado.

Dice que en la casa todo se volvió más íntimo. Padre Daniel continuaba ausentándose a trabajar en otras chacras y que él y Gwen tomaban a su cargo los trabajos de la suya. Madre Mary parecía feliz viendo cómo trabajábamos juntos.

Dice que Gwen se le fue volviendo cada más necesaria. Que amanecía cada día con una oración de gratitud por tener a esa mujer en su vida, por compartir el desayuno, las risas, los silencios. El té de la tarde, los mates del anochecer.

Dice JB que estaba segura de que esa sería la vida que tendría para siempre. Aquí, en los Andes, y que estaba convencido de que Gwen lo acompañaría.

Para dice que tras la muerte de Padre Daniel, las cosas han sido diferentes. Que Gwen rehúye de su presencia. Que Makol estuvo pocos días después del funeral, mientras él viajaba por las chacras. Dice que nuestro hermano no esperó su regreso y que se marchó a El Deseado sin que pudiera verlo.

JB dice que Gwen no supo o no quiso decirle qué fue lo que sucedió con Makol. Que él pensaba entonces que tal vez ella pudo haberlo ofendido, con su carácter a veces crispado. Que tal vez Makol regresaría y él podría preguntarle.

Quisiera decirle la verdad a JB. Que mis labios no estuvieron sellados por la noche. Quisiera decirle lo que Gwen me dijo cuando cabalgábamos camino del funeral. Quisiera decirle algo que lo despierte, advertirle de la realidad. Pero no deseo causarle otro dolor tan temprano.

Pero no son así las cosas, mi hermano. Dice JB inesperadamente. Y dice que ella no le ama. Ella no ama como la gente debiera amarse, dice. Pone sobre la mesa un pequeño bulto envuelto en tela. Dice que ella no entiende de amor. Que no tiene más sentimientos que una de esas animalejas con los que tantas veces la hemos sorprendida jugando en el desierto.

Dice que ella no sentirá nunca amor por nadie. Ella no tiene cómo entender del amor.

Señala el envoltorio sobre la mesa. Cuando me vaya puedes echar eso al fuego si lo deseas. Volveré con el resto de los hombres en un mes. Dice, y sale en busca de su caballo. No le importará irse bajo el primer sol de la tarde, y sin haber probado un bocado de mi almuerzo.

Lo veo alejarse y levantar su mano en señal de despedida. Regreso al interior y tomo el atado que dejó sobre la mesa. Lo abro lentamente mientras reconozco que es el mismo envoltorio que le vi guardar aquella tarde bajo el sauce, en Glyn Du. En su interior, desecho en varios pedazos, encuentro una delicada llwy garu, cuchara del amor. Intento unir algunos de sus trozos y puedo ver que había sido amorosamente tallada, con una destreza que desconocía en JB. Con la misma paciencia afiebrada con que durante siglos los jóvenes de mi pueblo tallaban cucharas de madera de tejo, formando corazones, herrajes y ruedas, y con ellas declaraban su amor a la mujer deseada.

Mientras el fuego consume las amorosas tallas, me pregunto si Gwen habrá sabido del regalo que JB le tenía reservado.

Catorce

El otoño termina en el valle. Cumpliendo mi promesa de bajar al poblado para vender algunas plumas y pieles, y abastecerme de lo necesario para el invierno, me decido permanecer unos días en nuestra casa, para acompañar a Madre Mary y a Gwen, mientras Jô continúa con sus recorridas por el valle, convenciendo a los hombres jóvenes de las ventajas de explorar nuevas tierras.
La alegría de Madre Mary al verme llegar, sólo es comparable a la retahíla de retos por mi aspecto demacrado y el desaliño de mis ropas, y propicia consejos para mis quiebros.
Me alegra verla sonreír al tomar mis manos por las tardes, cuando compartimos el té. Me alegra ser el causante de esas sonrisas, de cierta luz que logra ver en sus ojos.
Gwen se mantiene distante en esas ocasiones. Elude las conversaciones prolongadas y sólo se sienta a la mesa durante la cena o el almuerzo.
Mi hijo pródigo, dice Madre Mary. Eso eres. Dice que me he marchado para que siga estando en su corazón. Dice y puedo sentir cierto remordimiento en el mío. Dice que le hace feliz saber que en Bryn Fach he encontrado mi lugar. Pronto tendrás mujer a tu lado. Me ruborizo cuando lo dice. No es algo en lo que haya pensado, digo. Y digo que hay cosas más importantes por las que ocuparse trabajando la tierra. Está bien que el hombre se ocupe de esas cosas importantes trabajando en su parcela. Dice. Y está bien que haya una mujer a su lado, ocupándose de él. Dice y toma mis manos. Aún tienes las manos bellas, dice. No has maltratado la tierra. Dice y besa mi frente. Vamos afuera con Gwen, ayudémosla alimentando a los animales.
En el patio, Gwen va esparciendo el alimento de las aves en el

corral, y yo comienzo a distribuir forraje entre vacas y caballos. Madre Mary me mira hacer desde cierta distancia. Noto que observo con más atención los movimientos de Gwen entre las aves. Y también me detengo a mirarlo. Mi hermana es esa bella muchacha que camina descalza y resuelta entre las aves, como si todo el destino del universo se resolviera en el gesto de sus manos dejando caer el grano.

Para hay algo en el andar de esa mujer joven que no escapa a la sabiduría que los años han dado a su madre.

Mientras la observo, veo que Gwen intenta salir del corral, y la veo doblarse bruscamente en una náusea y un vómito cae de su boca desencajada, y la palangana de granos se esparce en el suelo, y hay un revuelo de aves y tierra.

Madre Mary con rostro alarmado corre hacia ella y también yo. Llego primera y tomo a Gwen por su cintura para ayudarle a incorporarse y otro espasmo convulsiona su cuerpo, y otro vómito, esta vez un hilo espeso de baba cuelga de sus labios. Llora. Gwen llora sin entender.

Madre Mary me ayuda a llevarla hasta la casa donde la recostamos en su cama. Madre Mary me ordena traer agua y un paño, con el que limpia el rostro de Gwen y la cubre con una manta.

Al cabo de unas horas, preparo una cena para Madre Mary y para mí. Ella viene por un té de hierbas que dará a Gwen.

Está enferma. Pregunto. Es la fiebre.

No, dice Madre Mary. Hay cosas más graves que una enfermedad. Dice y vuelve junto a Gwen.

Toda la madrugada decido usar la cama de IB, luego de haber cenado en silencio. Amén. Eso fue todo lo que dijo Madre Mary cuando oré por la comida. Amén, dije.

Desperté con el sol alto, y los ruidos de Madre Mary en la cocina. Puedes elegir, dice. Si demoras en marcharte, serás parte de una gran tristeza, dice. Y dice que si parto ahora mismo a Bryn Foch esa tristeza probablemente no alcance más tarde.

Me siento a la mesa para desayunar lentamente. Creo que no volveré a probar este pan en mucho tiempo, digo. Será mejor que lo disfrute mientras puedo.

Amén. Dijo Madre Mary y fue por agua al patio.

Era cerca del mediodía cuando me hallaba fuera de la casa y aún esperaba que sucediera algo de lo anunciado por Madre Mary.

Entonces vi a Gwen asomarse desde el interior. Una palidez es-

pectral desfiguraba su rostro. De sus ojos envejecidos aun aflotaba un llanto apenas contenido.
Madre, dice. Madre qué es lo que me pasa, dice apoyada en la puerta. No quiero morir yo también. Dice y llora.
Madre Mary camina decidida hacia ella, pero corazco esa expresión en su cara: no hay tristeza, sino más bien enfado. El mismo que nos dirigía cuando debía reprendernos.
Las dos mujeres quedan frente a frente. La hija, sin entender, le tiende sus brazos, pero Madre Mary la rechaza a cierta distancia. No quiero morir, madre, sollaza Gwen. No te mueres. Dice Madre Mary. Estás gruesa, dice. Qué. Que estás gruesa, Dios nos ampare. Que estás preñada. No, No sé. Gwen quiere apartarse y volver dentro de la casa. Esperas un hijo, eso es lo que te pasa. Quién. De quién. Cómo, hija... Madre Mary sujeta a Gwen por el brazo.
Todo eso sucede y yo estoy plantado al suelo. La savia de un sauce corre más veloz que la sangre de mis venas.
El silencio llega desde la arboleda cercana al canal y se cuela entre las mujeres. Finalmente Madre Mary abraza a Gwen que sigue sin entender, pero se deja abrazar mientras siente que el pecho de su madre se estremece en un sollozo. Pobres hijos míos. Dice, y lloramos.
Decido esperar la llegada de JB. Quiero estar en casa cuando él se entere.
Gwen se ha vuelto hosca y esquiva para con su madre y conmigo. No deseo preguntar nada. Todo lo que pueda imaginar es poco comparado a lo sombrío del futuro.
Ella sabe ahora que espera un hijo y esa misma certeza toma incierta su lugar en el mundo.
Sabe que sólo un hombre ha mezclado su sangre en la suya.
Sabe que sólo hay unas manos que conocen de su cuerpo más de lo que sólo ella creía conocer hasta esa hora, y sabe que desde esa hora su cuerpo es uno con el desierto, con los delos estrellados. Sabe que su cuerpo es otro, con partes amadas que nunca antes eran suyas si tuvieron nombre.
Sabe que sólo un nombre pudo ser aprisionado en sus labios, disuelto entre gemidos y lenguas, entre salivas, pelos y revoltijos de pieles y cueros bajo un sauce discreto junto al canal: Makal.

JB regresa la tarde del día siguiente. Le sorprende y alegra hallarme en la casa. De inmediato da cuentas de sus visitas a nu-

maneras chacras. Dice que, como nosotros, los hijos de los demás criollos están ansiosos por conseguir nuevas tierras para establecerse y formar familias. Que visitó varias capillas donde fue bien recibido por los predicadores, incluso aquellos de otras congregaciones. Que se comprometieron a divulgar su idea, aunque se muestran precavidos por el curso de la guerra de Buenos Aires contra los tribus manzaneros.

De pronto JB hace una pausa brusca en su relato. Deja el mate sobre la mesa y me observa ahora detenidamente. Observo cierta inquietud en Madre Mary que va y viene por la casa. Qué sucede aquí. Pregunto. Qué es lo que tienen que decirme, pregunto. Dónde está Gwen. Pregunto. Madre Mary me mira y antes de que yo empiece a hablar, pone una mano en mi hombro. Gwen no se siente bien, dice. JB se incorpora con un respingo. Dónde está. Qué le sucede. Es la Fiebre. Quiero verla, dice, y se dirige hacia la habitación contigua. Madre Mary y yo le seguimos intentando detenerlo.

Gwen. Gwen. Qué tienes. Por favor, qué tienes, pregunta. JB abraza a su hermana que llora con sus manos como muertas sobre las mantas.

Tomo a JB por los hombros. Necesitamos hablar. Digo secamente. Afuera.

El no entiende. Gwen llora y lo nombra. Perdón, JB, mi hermanito, sólo quiero tu perdón. Dice ella mientras arrastro a JB hacia fuera conmigo. Madre Mary nos sigue con su cara desencajada a medio gesto entre el llanto y la amargura.

JB golpea varias veces su cabeza con los puños, dice que no, que no es posible. Que no su Gwen. Que no es ella. No Gwen, con este amor. No mi hermana, Gwen esta mujer. No Gwen, tu hija y dónde estabas madre. No Gwen, sin mis manos sin mis tallas en el sauce.

Y Cómo. Y Quién.

Y no es posible, dice. No así. No mi hermano. No Makoi. No Makoi y cuánto dolor. No Makoi, y ni siquiera la traición duele tanto como esto. No Makoi, y dónde estabas Dylan cuando debías cuidarnos. No, Makoi no, y dónde estabas, Dios, en esas tardes.

Un animal herido y sangrante y maneado. Ese es mi hermano. Temo dejarlos solos y los días me serán amargos en la casa. Es mi lugar.

Apenas unas semanas más tarde regreso una vez más a la casa

de mis padres. No he querido estar ausente mucho tiempo. Allí encuentro que ya Gwen se muestra en un estado inocultable y la noticia se esparce en la colonia:

La hija adoptiva de los Evans espera un bastardo indio. Lo que recorre las chacras como un murmullo, retumba en las capillas como voces de condena.

Gwen ha dejado de ir a las reuniones dominicales. Las mujeres la señalaban con desprecio, y profieren ofensas a sus espaldas. Los hombres se alejan de su presencia.

Las murmuraciones alcanzan también a Madre Mary, a quien consideran cómplice por concescender ante tamaña afrenta moral y permitir que la pecadora permanezca viviendo en su casa. Qué deberían hacer, dicen. Expulsarla de la Colonia, dicen. Mantenerla oculta de las otras niñas, dicen.

Y dicen que sus familias llegaron a Chubut para fundar una nueva Gales. Dicen que han padecido lo indecible para preservar su lengua y su fe. Y dicen que no se puede permitir que sus miembros comiencen a dispersarse y mezclarse con otras razas. Qué dirá el Gobierno de Buenos Aires, dicen, que tanto nos ha ayudado. Dicen. Qué dirá el gobierno de Buenos Aires, que ahora está en guerra con el indio, dicen, si permitimos que gente nuestra tome partido por ellos. Dicen que una cosa es mediar para mitigar las crueldades de esta guerra, pero otra muy distinta, dicen, es tomar partido por uno de los bandos. Y menos tener hijos con ellos. Cuánta deshonra. Dicen y se marchan satisfechos a sus casas.

Harto de ser también objeto de las habladurías, JB se vuelve hosco y apenas habla con su madre mientras que a Gwen la ha desterrado de su mundo. Aquello que era vino madurando delicioso en su corazón, se ha vuelto un vinagre espeso y áspero. Es el hombre de la casa, pero es un hombre herido. El vientre cada vez más abultado de Gwen, lo perturba, al tiempo que lo conmueve y nos señala un destino inevitable.

Quince

Finalmente John Bach logró su propósito de reunir a los hombres interesados en una expedición hacia el oeste.
El primero en llegar a mi cadw batch, donde debíamos encontrarnos, es William M. Hughes y casi enseguida, William "DobleW" T. Williams y un nuevo amigo, Lemuel Ashton.
Luego hacia el sur vemos llegar a Benjamin Williams. Trae consigo a John Parry, Richard Davies y John Hughes, a quienes no conozco pues hace poco tiempo que están en la Colonia.
Mientras sorbe el mate, DobleW me cuenta que Ashton estuvo largo tiempo buscando oro en las Black Hills, Dakota.
No es que todos aquí se conozcan como lo harían los vecinos de un pueblo. Nuestras casas, especialmente los cadw batches, están bastante separados del resto. Las familias suelen establecer sus casas en el pueblo y conservan en las chacras precarios ranchos con lo necesario para que los hombres subsistan allí en los períodos de trabajo o permanecer algunos días en el verano. Es la construcción de los canales de riego lo que ha permitido a los hombres, especialmente los solteros, tener largas jornadas compartidas. En estos trabajos es donde puede conocerse al hombre confiable para empresas como la que estamos por organizar.
JB llega ahora con Zach Jones y otros tipos, todos muchachos, a los que sólo he visto un par de veces.
La tarea de JB reclutando gente dispuesta para una expedición al oeste en busca de oro y nuevas tierras, consiguió agitar desde hace unas semanas a los hombres jóvenes de la Colonia.
En mi cadw batch ya no cabe nadie más. Unos quince sujetos sentados en el piso de tierra, sobre algunas bolsas de trigo, cueros, herraduras, o sobre sus talones, discuten cómo debería organizarse la expedición.

Zach y JB llevan la voz cantante. Han compartido largas jornadas de travesías en diversos rumbos y conocen gran parte de los alrededores de la colonia en un centenar de millas a la redonda. Pero esto es algo más serio. Se trata de una expedición que podría llevar meses y nadie sabe qué encontraremos al llegar allá, o qué podría sorprendernos mientras atravesamos la tremenda aridez de la estepa, ese espacio tan amplio y desolador que lejos de inspirar aires de libertad, se levanta como la muralla que nos ha mantenido prisioneros en la Colonia durante casi veinte años.

No es sencillo. Por momentos parece que todo será un fracaso irremediable.

Los desacuerdos giran sobre dos puntos: quién estará a cargo de la disciplina del grupo (la ambición del oro suele causar estragos hasta en las tropas más armoniosas), y cómo nos arreglaremos con los indígenas. Tenemos noticias de que las tribus manzaneras y otras emparentadas están siendo aisladas por los ejércitos de Buenos Aires en los territorios de Río Negro, Neuquén y Las Manzanas, y que buscan refugio en los bosques cordilleranos de esta región más al sur.

Aunque nuestra relación ha sido casi siempre tranquila con los tehuelches que llegan a la Colonia, todos conocemos historias acerca de los manzaneros, aguerridos grupos que resisten el avance de Buenos Aires sobre sus tierras. Todos están de acuerdo en que sería prudente llevar armas. Pero otros suponen que esas mismas armas podrían ser usadas en un enfrentamiento interno a causa del oro, lo que nos puso otra vez al comienzo de la discusión.

Debo hacer un esfuerzo para aceptar que es JB el más empecinado en llevar armas para protegernos de los salvajes.

No se puede confiar en los indios, dice. Lo dice una, otra y otra vez. No se puede confiar en los indios. Y me mira a los ojos fugazmente. Sabe que no diré nada ahora. Que su furia no tiene nada que ver con la fiereza de unas pocas bandas que todavía puedan sobrevivir en aquellos páramos, si es que sobreviven.

Sólo puedo orar para que ese encuentro no llegue nunca.

No sé si es que obró el milagro de la concordia, o fue el agotamiento de la discusión, o si el deseo del oro y las tierras pudo más; el hecho es que al rayar el día, todos dormían plácidamente, arrumbados unos sobre otros los que estaban dentro del cadw barch, o al reparo del Sauce-junto-a-la-casa, cubiertos con cueros.

Sobre el mediodía sólo quedaban en Bryn Foch JB y Ashton. De a poco, entre los que se fueron marchando y los que se demoraban un poco más junto al fuego, acordamos que partiríamos hacia la cordillera en el próximo noviembre. De ese modo tendríamos todo el invierno para preparar nuestras provisiones y planificar las travesías.

No estoy seguro de que todos regresen llegada esa fecha. Para la mayoría de los muchachos, esta ha sido una reunión social, de las pocas que pueden darse los solteros u hombres solos de la Colonia.

Con la primavera sabremos quiénes conservan el entusiasmo.

Dieciséis

Tres manzaneros que regresan desde el sur están acampados al reparo del Sauce-junto-a-la casa.
Un cielo plomizo viene armándose desde el Oeste. El resoplido de los caballos espantando insectos apenas perturba el letargo de estas horas primeras de la tarde.
Los tres indios hablan y ríen entre ellos, indiferentes a todo lo que los rodea. Conozco a uno de ellos, Polo, el más conversador y desconfiado.
Me han compartido su charque, y yo les he ofrecido pan y manteca. Conocedores de las costumbres de este valle, donde el alcohol es infrecuente en los hogares galenses, los tres cargan aguardiente en sus alforjas, y ahora están bebiendo aunque moderadamente. Yo no bebo, pero tampoco me molesta que lo hagan, siempre que no causen problemas. Los acompaño con una taza de té.
Entre sus virtudes o desgracias, el aguardiente posee la de aflojar las lenguas. Ellos están felices por su viaje. Les ha sido provechoso, dicen.
Dicen que unas semanas atrás, camino a El Deseado, donde asienta sus toldos Orkeke, se llegaron hasta el poblado de Trerawson, en la Colonia. Allí acamparon sobre las barcas con intenciones de comerciar algunas plumas y pieles con los galenses. Y dice Polo, el más avispado y socarrón de los tres, que hicieron buenos negocios. Lo dice y se ríe, y ríen los tres, mientras pone ante mis ojos un anillo de oro que reconozco de inmediato: es el anillo que Gwen recibiera de nuestra madre.
De un manotazo me hago del anillo al tiempo que desenfundo mi arma. Reacciono presintiendo lo peor. Las risas se interrumpen

sarcástica y los tres hombres están de pie ante mí, amenazantes. A quién le robaste este anillo, pregunto a Polo con toda la furia cargada en mi arma que apunta a su rostro. A quién se lo robaste. Es mío. Ella pagó con eso, grita Polo tan furioso como yo, pero más sorprendido por mi reacción.

Ella pagó. Ella pagó, gritan los otros dos, y gritan los tres. No robamos. Ella pagó.

No entiendo. No quiero entender. Apunto a uno y a otro, y al otro. Los tres han sacado sus cuchillos. No robamos. Ella pagó. Sé que quieren recuperar el anillo y sé que estoy dispuesto a defenderlo hasta matar por él o hasta saber qué le pasó a Gwen. Ella pagó. Ella pagó, gritan los otros dos, y gritan los tres. Ella pagó. El arma se calienta en mis manos y tiemblo. Miro el anillo. Entonces escucho. Ella pagó.

Polo, el hablador, advierte que algo me une a ese anillo y trata de apaciguar la situación. Ella está en El Deseado, dice. Cómo que en El Deseado. Ella está en toldos de Orkeke. Está con Makol, dice. Está con Makol. No está con su madre. No está en la colonia. Está con Makol. Nosotros llevamos a ella. Ella pagó.

Ella pagó, repito, mientras bajo mi arma ya sin mirar más nada que el anillo. Qué fue lo que pasó. Cómo. Pregunto.

Polo baja también su cuchillo y se me acerca con desconfianza mientras me dice las cosas que fueron y con detalles que las hacen ciertas a mis oídos.

La tristeza me invade infinita. Sólo atino a decirle que ponga precio al anillo. Que iré a caminar y a mi regreso haremos cuentas.

Dejo a los tres hombres bajo la sombra escuálida del sauce-junto-a-la-casa y me abandono largamente a mis pasos y pensamientos perdidos.

Cuando la proximidad del río me dice que he deambulado por más de una hora, hago un alto para descansar junto a la sombra de un peñasco.

La cadencia del agua, su paso por los lentos meandros, las reverencias de los sauces repliegan mi espíritu hasta evocar en el pasado el tintineo de un anillo de oro cayendo sobre los guijarros del camino.

Diecisiete

Eran días en que el tamaño de mi pie cabía en la palma de la mano de Mary, mi madre.
Recuerdo que ella nos revisaba, a Gwen, a JB y a mí, para que nuestros pies estuvieran limpios antes de metarnos en la cama.
Días en que el hambre y andar descalzos eran la misma cosa. Pero no lo comprendí hasta unos años más tarde, cuando tuve un par de zapatos por primera vez.
Eran noches en que podía escuchar el sollozo de Madre Mary, implorando por un puñado de trigo para hacer pan.
La colonia había nacido para producir trigo, y conservar la fe. Pero la tierra se les negaba a los colonos y las siembras fracasaban una tras otra en casi todas las chacras.
Sin trigo no hay pan; sin pan quedan pocos motivos para reunirse junto a la mesa, ni para dar gracias con una oración. Sin oración; sin su pan y sin su trigo, el galés se siente olvidado de la mano de dios.
Ni siquiera el cielo sobre sus cabezas es el mismo que cubría su Cymru natal.
Madre Mary nos ha levantado temprano esta mañana. El amanecer del verano llega aquí casi en plena madrugada.
Un jarro de té para cada uno y unas galletas de hierbas secas son todo el desayuno. Los niños de la tribu se burlan y nos dicen "come-pastos".
El sol apenas levanta en el horizonte y nosotros llevamos varias millas caminadas bajando el valle.
Mary lleva a Gwen de su mano, mientras JB y yo vamos merodeando a su alrededor, sin alejarnos demasiado.
A media mañana entramos en una chacra cercana al río. Los ras-

trojas en la parcela son indicios de trabajos recientes.
Nos dirigimos a las construcciones que se encuentran en el sector alto de la chacra. Desde esa distancia puedo ver dos hombres frente a un cobertizo cerrado. Ambos se saludan y uno de ellos se marcha montado en un vagón cargado con algunos sacos de trigo.
Señor Thomas. Madre Mary llama al hombre ocupado en cerrar las puertas de su precario granero y que parece no escucharla desde la distancia. Señor Thomas, insiste Madre Mary apurando el paso.
JB, Gwen y yo aguardamos cerca de allí, sin entender. Thomas permanece de espaldas.
Buen día, señor Thomas, saluda Mary algo agitada. Buenos días, señora Evans, responde el hombre en tono inexpresivo.
Señor Thomas: mis niños y yo salimos de casa con el amanecer. Hemos venido caminando,... señor Thomas.
Ha de tener un buen motivo para alejarse tanto de su chacra, dice Thomas y coloca un pesado cerrojo a las puertas.
Necesitamos trigo, señor Thomas.
Todos aquí lo necesitamos, señora. Thomas evita mirar a la mujer.
Nos han dicho que ha tenido usted una buena cosecha, señor Thomas... Mary mueve sus manos nerviosa.
Se han dicho muchas cosas por aquí últimamente...
Mary se acerca al hombre mostrando una pequeña bolsa de tela. Es tan sólo un poco de trigo, señor Thomas... apenas este saco...
El hombre mira la bolsa que la mujer sostiene en sus manos, y hace un breve silencio, como sopesando sus palabras. Suponiendo que hubiera trigo en este cobertizo, con qué pagaría usted por esa cantidad.
Mary Evans mira fijamente al hombre y sosteniendo su mirada se quita la sortija de bodas y la extiende en silencio sobre la palma de su mano.
Thomas no puede reprimir un gesto de asombro pero de inmediato recobra su postura de aparente indiferencia. Guarde ese anillo, señora. Vuelva a darnos su espalda. El trigo puedo comerlo, pero el oro no. Aquí las joyas sólo servirán para que nos entierren con ellas o como botín de los indios, si se deciden atacarnos algún día.
Adiós señora.
Gwen se acerca a la madre y se aferra a su falda mientras mira a Thomas alejarse.

Mary permanece de pie. En una mano la balsa y en la otra la sortija de oro.

Me acerco también lentamente. Mary reacciona con un rapto de furia y gira para retomar el camino, pero unos pasos más allá se detiene bruscamente. El sol blanquea todo el camino y hace brillar pedruscos pulidos por las ruedas de los carros.

Nos acercamos a Mary. La veo de espaldas con los brazos colgando a cada lado como una muñeca de trapo y sólo un sollozo parece agitar sus hombros. Un pequeño brillo se cuela entre sus dedos. La sortija cae dando pequeños golpes tintineantes sobre las piedras del camino. Parece una minúscula campanilla llamando a las hadas de las fábulas que nuestra Madre Mary nos relata por las noches.

Pero las hadas no habitan estas tierras. Y Madre Mary comienza a llorar apretando los puños contra su rostro.

Gwen oculta su cabeza entre los pliegues de la falda de Madre Mary. JB y yo tenemos los ojos enrojecidos. Miramos el anillo sobre el polvo y miramos el rostro de nuestra madre.

Al cabo Madre Mary advierte que allí estamos también, asustados y sin entender. Se inclina junto a nosotros y mientras seca sus lágrimas. JB mira nuevamente el anillo en el suelo, y Madre Mary sigue su mirada hasta encontrarlo. Lo recoge. Lo observa en la palma de su mano colocándolo a la altura de nuestros ojos. Los cuatro miramos el anillo y nos miramos alternativamente. Lloramos.

Mary Evans se coloca el anillo nuevamente y con la misma mano seca sus lágrimas. Se incorpora y nos toma con sus manos. Así regresamos a nuestra casa.

Dieciocho

Ya entrada la noche he vuelto a mi cadw barch. Encuentro a Polo apoyado en el Sauce junto-a-la-casa, fumando. Sus compañeros duermen bajo un matorral cercano al fuego. Me siento frente a él y enciendo mi pipa.

Galensa triste. Me dice.

Qué vas a pedirme a cambio del anillo, le pregunto y pongo la sortija sobre una piedra a la vista de ambos.

Eso trajo tristura a galensa, dice. Eso no es buena cosa. Vos no quieres esa cosa. Ella pagó a Polo con eso, insiste.

Guarda la sortija en mi bolsillo. Cuánta.

El hombre con tristura paga siempre mucho por lo que quiere, dice. Otra vez que vuelva vas a darme lo que necesite, dice y tira el resto de su cigarro al fuego. Mañana nos vamos antes que el sol.

Polo se retira junto a sus compañeros, cubriéndose apenas con una manta bajo los arbustos. Bajo la noche callada.

Avivo un poco más los rescoldos y consigo resucitar unas pocas llamas. La mirada se demora entre los tizones negros, rojos, cenizos.

Las frases pronunciadas a medias por Polo empiezan a desmadejarse en un relato que se representa ante mí como estampas de un libro.

Y puedo ver:

Unas semanas antes de que Gwen dé a luz, llegan a la Colonia tres hombres de Las Manzanas, que van camino de El Deseado, donde se encuentra Orkeke y su tribu.

Uno de ellos, Polo, era bien conocido en el Valle. Siendo muy joven se había destacado en varias de las competencias de tiro y

de caballos que tehuelches y galeses compartían en los primeros años de la Colonia.
Algunos años mayor que Makol, Polo había observado los pasos de éste en sus encuentros furtivos con Gwen. No lo autorizaba, pero tampoco lo impedía.
Mientras se encuentran acampados en las afueras de Trerawsan, Gwen se dirige furtivamente hasta ellos una noche y le ruega a Polo que la lleve con ellos hacia El Deseado.
Con aparente desinterés, Polo se excusa diciendo que si la lleva con ellos, los acusarán de haberla raptado "como hacen con los chilenos en Patagones". Gwen insiste, le dice que el hijo que espera es de Makol y que en la colonia ella y el niño morirán de tristeza. Polo, precavido y para evitar futuras acusaciones, exige un pago por el viaje.
Gwen recuerda el anillo de su madre y se lo entrega.
La madrugada siguiente los encuentra en plena travesía hacia el sur.
JB descubre que Gwen ha abandonado la colonia y sale en su búsqueda. Los encuentra tres días más tarde.
Enfrenta a los tres indios a punta de fusil, y los obliga a detenerse y desmontar sus caballos.
Está enfurecido. Gwen se interpone entre JB y los indios. Le dice que ellos no son culpables de su huida. Dice que fue su propia decisión. Que quiere estar junto a Makol, dice, y que no va a regresar a Chubut.
JB se desarma. Le implora que regrese. Cae de rodillas y besa las manos de Gwen. Dice que su madre no podrá con tanta tristeza. El no podrá con tanta tristeza.
Gwen acaricia la cabeza de ese muchacho, casi hombre, abatido más por la pena que por la alocada travesía que lo trajo junto a ella. Tiene lágrimas en sus ojos también. Gwen está decidida. No volverá. No hay lugar para un mestizo y su madre en esa colonia.
JB no tiene argumentos. Dos veces son las que te pierde, dice y se esfuerza para reprimir un sollozo. Sabe que en su Colonia no hay lugar para esa mujer y ese hijo.
Gwen lo mira con dulzura. Sabe que no volverá a ver a JB. Que nunca regresará a la colonia. Antes de separarse en medio del desierto, Gwen se acerca a ese, su hermano de la vida, y le besa los labios.
Los cuatro jinetes parten hacia el sur, dejando al galense en la soledad con la cabeza baja, y el sombrero que cubre sus lágri-

mar y sus dedos le palpan en la boca el sabor amargo de ese, su primer beso.

A nadie sorprende en la Colonia la desaparición de Gwen. Seguramente los vecinos más ortodoxos se sienten aliviados. Al menos podremos decir que tenemos una cautiva entre los tehuelches.

Da lo mismo mantener los ojos abiertos o cerrados. Tampoco puedo evitar mis lágrimas. Sobre el fuego que se extingue y en el fondo de mi dolor, se recorta definitivo el rostro de Gwen, mi hermana. Sus ojos grises que revelan una verdad amarga: algo en el cielo está diciendo que ya nada ni nadie volverá a ser lo que antes era.

Un repentino viento del oeste levanta rostros de tragedia hacia lo alto de la noche.

Diecinueve

Los viajeros no son frecuentes por aquí, pero son mi compañía. Llegan desde el norte, o desde el sur; desde Las Manzanas; desde Valchetá; desde El Carmen.

Grupos de hombres buscando trabajo; indios que llevan encargos de una tribu a otra, o comerciando con los colonos; familias errantes; mercaderes variopintos, prófugos de alguna cárcel lejana, o de una vida miserable.

Y hombres solos. Los he visto como ánimas vagabundas que buscan un destino en el desierto. Los veo pasar una vez, y vuelven a pasar otra y otra vez, quizá meses más tarde; quizá algunos años después. Siempre en diferentes rumbos. Los hay que no tienen historia; los hay que no tienen dónde ir ni dónde regresar.

Mi deseo de hablar con alguien y recibir noticias es proporcional a su necesidad de encontrar un refugio para reponer fuerzas antes de continuar su viaje.

Y estos deseos se conjugan en Bryn Fach: Para unos mi cadw barch, con su Sauce-junto-a-la-casa es el primer contacto con la civilización tras recorrer decenas de áridas leguas, cientos de millas erosionadas por la soledad. Para los otros, el último vestigio humano que dejarán atrás antes de iniciar sus travesías a donde quiera que el destino los lleve.

Conozco el nombre o el apodo de muchos de estos visitantes. Otros más reservados llevan sin saberlo el nombre que yo les cargo: "Tacos bajos", "El Sucio", "El Señor", "Callado", "El Zurdo", "Indio Falso", "Los primos", "El Cojo". A veces llegan por una noche y parten antes de que yo despierte, y no pocas veces me asalta la certeza de que sólo han estado en mi imaginación, en mi deseo de poder hablar con alguien. Tiendo a creer que hay

ocasiones en que la mente humana responde a las necesidades del alma creando realidades que quizá no lo son.
El Zurco es un tehuelche andador y sin tribu fija. Jinete endiablado cubre distancias imposibles en unas pocas jornadas.
Es quien más veces ha llegado con sus pilchas bajo el Sauce-junto-a-la-casa. No explica mucho de su vida. Sólo sé que sus virtudes a caballo lo han convertido en un chasque de confianza entre los Manzaneros del Neuquén y los tehuelches de Orkeke, Sacamata y Chikchan.
Ha llegado esta tarde desde el sur mientras yo estaba ausente buscando bolear algo que poner sobre el fuego para la cena. Pero El Zurdo sabe que bajo el Sauce-junto-a-la-casa siempre tiene un reparo donde cobijarse y mis perros lo reciben con familiaridad.
Allí lo encuentro a mi regreso, con el atardecer por delante y las manos vacías.
Me recibe con un mate y sigue desplegando sus pilchas en el prolijo campamento.
Por un largo rato no hay casi palabras entre los dos. Nada más lo dejo hacer y me dejo estar antes de ir a la casa.
Cuando le devuelvo el mate, El Zurdo me indica con sus gestos que aguarde, que algo quiere mostrarme.
Busca entre los bultos, entre los sacos de cuero, hasta dar con un tesoro inesperado. Choique, dice. Hoy comemos.
Me hace saber que lo cazó durante el día, poco antes de llegar. Acepto su invitación. Hace tiempo no pruebo un buen pedazo de avestruz. Llevo algunas semanas sin hablar con otro ser humano.
Prometo regresar en cuanto ordene mis herramientas para ayudarlo a preparar la carne.
El fuego es intenso y El Zurdo fuma sentado sobre sus talones. Cuando llego me ofrece tabaco. No tengo el hábito del cigarro, pero puedo presentir cuando es el momento de armar y encender uno.
El fuego, el silencio y el humo, crean una intimidad propicia para la conversación.
Por "conversación" quiero decir, y debe entenderse siempre en estos casos, el intento de dos o más sujetos por comunicarse e intercambiar sus pensamientos, aunque aquí, como en muchas ocasiones ya referidas, esto se logre mediante gestos, palabras sueltas, dibujos en la tierra, nombres. Solo los sentimientos parecen asomar a nuestros rostros con un lenguaje universal.

El Zurdo es hábil preparando el alimento. Luego de desplumar y vaciar las vísceras del animal, con rápidos cortes armó un paquete de carne envuelto en su propia piel, relleno de piedras calientes, que ahora se cuece sobre tizones.
Una mujer suya hay con Orkeke. Makol cuida, dice El Zurdo.
Y dice que la mujer tiene un hijo.
Es la primera noticia que recibo de Gwen, varios meses después de que Pole me anunciara de su huida de la colonia para reunirse con Makol en El Deseado.
Pienso alguna pregunta que me permita confirmar que se trata de ella, pero desisto en seguida. El Zurdo no deja dudas.
Dice que estaba en los toldos cuando el anochecer en que Pole llegó con ella. Que Gwen estaba casi desvanecida cuando cayó en brazos de Makol y que éste la llevó al kaw de su familia. Dice El Zurdo que hubo alarma entre hombres y mujeres quienes se oponían a que esa mujer permaneciera en la toldería.
El Zurdo remueve el paquete de carne sobre los rescoldos. Dice que los hombres importantes de la tribu reclamaron ante Orkeke para que la mujer galesa fuera devuelta al Chubut, por temor a que los ejércitos de Buenos Aires la creyeran una cautiva, dice.
Que Orkeke por esos días anda muy afligido porque Amakak, su madre, madre de todas las mujeres madres de la tribu, está postrada en un rincón del toldo, dice, muriendo un poco cada día.
Dice que varios de los hombres, emparentados con tribus del sur, se muestran también hostiles a que Gwen permanezca en los toldos, y que los familiares de Orkeke, habituados al trato con los habitantes del Chubut, se les enfrentan.
El Zurdo dice que Makol reclama que Gwen pueda quedarse y parir allí el hijo de ambos.
Que las discusiones van en aumento. Dice que alguien busca un sable de su tienda y lo muestra amenazante. Y que tan pronto como lleva decirlo, aparecen todo tipo de armas: lanzas, revólveres, cuchillos.
Del mismo modo, dice, resurgen entre parcialidades las diferencias hasta ese momento disimuladas, pero no dice de qué bando formó parte.
Dice que la revuelta no se hace esperar y las mujeres huyen con sus hijos a refugiarse en matorrales cercanos. Que hay luchas cuerpo a cuerpo, varios disparos y dos muertos. Que Makol debió enfrentarse por primera vez a uno de los adultos, el gigante Tankelow, y dice que estuvo a punto de recibir el filo de un sable

para la alcanzó a desviar con una manta arrollada en su brazo.
Dice El Zurdo que una vez más fue Haad quien intervino con firmeza. Que disparó varias veces el fusil que guardaba en su kaw.
El estruendo se sobrepuso al fragor de la pelea y los hombres cesaron la lucha. Dice que les ordenó a todos retirarse a sus toldos, advirtiendo a unos y otros que no vacilaría en echarlos de El Deseado. Que sería ella quien parlamentaría con el cacique y tomarían una decisión.
Dice El Zurdo que Haad y Orkeke hablan largamente en su toldo. Que al término de la madrugada van junto a la vieja Amakak, a quien le transmiten su inquietud.
Que Amakak, madre de todas las mujeres madres de El Deseado, habló.
No se puede evitar que una vida nueva llegue a estos toldos, dijo y puso la mano de su hijo entre sus manos. Es la última vida que viene. Será ese hijo el hijo del viento. Después está el mar. Ellos llegarán desde el agua grande. La mujer volverá a Chubut. Orkeke no volverá. Makol no volverá. Todos seremos hijos del viento.
Pocos días después Gwen dio a luz su hijo. Orkeke ordenó que se lo llamara Kosten-kalu, el hijo del viento. Así lo presentarían ante su tótem familiar, pero Makol y Gwen imaginaron también que lo llamarían Ualshño y lo llamarían Iwan.
El Zurdo asegura que Gwen había sido apartada a un toldo pequeño.
De niño tuve curiosidad por saber qué sucedía en las llamadas "Casa Bonita" que los indios preparaban para ocasiones muy singulares, según podíamos ver. Ya de grande pude conocer algunos de sus secretos. Era un kaw pequeño levantado frente al de la familia, y donde la mujer es alojado días previos al alumbramiento. Allí sólo ingresan las matronas.
Imagino que el nacimiento es motivo de gran fiesta y el sacrificio de un gran número de yeguas.
No. Dice El Zurdo. Gwen estuvo sola con Haad. Lejos. Al otro lado del arroyo. Makol iba. Haad mandó por más mujeres. Dos fueron, concubinas, y nació Ualshño.
Le ofrezco el mate que he preparado. El Zurdo chupa de una sola vez la infusión sin apartar la mirada del fuego.
Amakak mandó que le trajeran al hijo nuevo a su toldo. Sigue diciendo. Cuando lo tendieron a su lado, preguntó cómo le habían llamado. Kosten-kalu.
El viento se lleve lejos nuestra sangre. Dijo la vieja. El viento no devuelve lo que se llevó. El viento sólo va.

Amakak miró a Orkese. No se puede hacer quedar al viento. Deja ir a tu sangre. Donde sea que te lleve.

Dos días después, los restos de Amakak, madre de todas las mujeres madres de El Deseado, fueron enterrados bajo un túmulo de piedras. Las mujeres prolongaron sus lamentos por tres días, los hombres sacrificaron yeguas.

El Zurdo reñía la carne asada del fuego. No será mucho lo que yo pueda comer esta noche. Quizá más tarde compartamos el tabaco de mi pipa.

Pierdo la mirada en el fuego. El viento levanta huellas en la arena.

Envuelta en su quillanga, Hiaad escurre un trapo sobre una vasija con agua y la extiende luego sobre la frente de Gwen que yace afiebrada sobre unos cueros.

Gwen se estremece aferrada a sus ropas arrolladas en la cintura y con las piernas abiertas. Otras concubinas se mueven diligentes a su alrededor acelerando los preparativos del parto sólo iluminados por la fogata cercana, a la entrada del toldo.

Más allá del arroyo, hay otros fuegos que no alcanzan a apartar la noche. Alrededor de ellos hombres fuman y hablan entre sí. En otros toldos la gente duerme.

Una tropilla merodea cerca del agua y la neblina temprana no siente clemencia por ese extraño grupo humano acampado en medio del desierto.

Gwen delira de fiebre y dolor. Plumas de nieve se derriten apenas tocan el suelo en la entrada del toldo y el viento ya le trae un hijo, y también trae a sus oídos voces lejanas. Voces que hablan al otro lado del arroyo, y voces desde el otro lado del mar; un coro de hombres que entona salmos en las capillas de Bangor, Aberdor, Bala o Llanbedrog, o el desgarrado clamor de las familias despidiendo a los suyos en los muelles de Liverpool. Voces que trae el viento que trae un hijo.

Cantan, madre. Ellos están cantando. Bendito sea Dios, madre. Están cantando por nosotros.

Despierta en un arrebato y algo aturdido. Cerca está el fogón bajo el Sauce-junto-a-la-casa, y más allá el bulto de lonas donde El Zurdo duerme acurrucado. Tengo lágrimas en mi cara y un nombre atravesando mi garganta. Gwen.

Veinte

No estuve allí. Y sin embargo puedo verlo ahora como si la memoria fuera un ojo de Dios, todopoderoso:
Poco antes del amanecer, junto la entrada del toldo, uno de los perros olfatea el aire como para advertir lo inevitable.
La flecha lo atraviesa así, con el hocico levantado al cielo sin luna, desde el cogote y saliendo por entre las orejas.
Nada.
Ni un quejido.
Cuando los demás perros intentan comprender el peligro, ya se desata el vendaval de boleadoras, sablazos, caballos al tropel y más flechas que lo ensartan todo, enhebrando una muerte tras otra.
Los gritos llegan después. Casi enseguida, junto con los disparos de carabinas, pero después de los golpes, del galope, de las bolas perdidas. Después del perro ensartado por la flecha contra un poste del toldo principal.
Los gritos son órdenes militares, son mujeres y son sus crías. Son gritos de guerra; gritos en cualquier idioma. Cuando se viene la muerte, no importa en qué lengua se nombra aquello que está matando; aquello se va a matar. Sólo una palabra resuena varias veces, en distintas voces; es un nombre disparado como una antorcha que al tiempo ilumina e incendia; como si el mismo Gualicho arrojara sobre los toldos su aliento letal en una sola palabra; un nombre como un rugido: Rae.
Finalmente se hace el día. Para entonces, las mujeres cautivas lerdas cerrando la marcha de una larga caravana de gentes de a pie y a caballo.

La chusma hace lento el regreso a los cuarteles. Vienen quince mujeres de edad mediana, trece crías, ocho ancianos, tres viejos y unos trece o catorce varones de lanza.
El resto quedó en la tolderia, desparramados entre los cueros, el fuego y los demás perros también muertos.
Pero es así el trámite: neutralizar en lo posible a las fuerzas enemigas aniquilando a sus hombres de lanza, y arrastrar a los sobrevivientes hasta llegar a la Reducción de Valcheta, donde recibirán los beneficios de la civilización y serán convertidos a la fe en Dios.
No marchan solos: ahora los escoltan sus atacantes; los que durante toda la noche los habían rodeado y vigilado con sigilo hasta el golpe del alba. Una compañía entera del ejército de Buenos Aires, reforzado con indios amigos traídos del norte que duplican en cantidad a los militares.
No importa si visten uniformes. Indios y soldados son la misma cosa después de cuatro meses de hollar la estepa desnuda y de atreverse a los cerrados cañadones de la precordillera.
El frío y el hambre; las prolongadas jornadas de marcha sólo se soportan con una dura e inconmovible disciplina militar. La partida no sufrió bajas en enfrentamientos con los indios. Sus muertos, que suman decenas, lo fueron por congelamiento, por extravíos, por enfermedad, y por castigos disciplinarios.
Al frente de la caravana cabalga el comandante de la partida. Su nombre, aún pronunciado entre murmullos, hace estremecer a indios, a la soldadesca y a los pobladores por igual en toda la vastedad de la Patagonia: Lino Oris de Roa.
Tiene por misión terminar la campaña militar contra el indio, y para eso debe limpiar hasta los más apartados rincones del territorio. Mientras cabalga, rodeado por sus oficiales, Roa sabe que está próximo a finalizar su trabajo.
Durante largas jornadas de marcha se imagina escribiendo el informe final que elevará al coronel Vintter en Patagones, que a su vez lo enviará a manos del propio Presidente, quien sigue los detalles de esta campaña con absoluta atención.
Roa se imagina a sí mismo como un centurión al frente de sus legiones, entrando heroica en la Plaza Buenos Aires, bajo los honores de una multitud agradecida: su misión añadió 20 mil leguas al territorio que gobierna Buenos Aires. Muchas más de las que se habían anunciado al comienzo de la Conquista del Desierto, en 1879.
Así llegaron al Campamento Villegas, en Corral Charmata.

Veintiuno

Estamos aquí hace dos días. Acampamos cerca de Corral Charmata antes de emprender la travesía hacia el oeste, hacia los Andes. Por ahora Zach, Lemuel Ashton y yo estamos entretenidos en trenzar rientas para nuestros lazos.

JB y otro más regresaron a la Colonia para reaprovisionarse. Los alimentos estimados antes de partir resultaron escasos y fue necesario volver por más.

Durante la espera hemos realizado algunas incursiones por los alrededores, en grupos de dos o tres. Nunca solos.

Cerca de aquí, aguas arriba del río, el mismo río que baja hasta la Colonia, se encuentra el fortín que los militares de Buenos Aires construyen, dicen, para defendernos de algún ataque indígena. Lo llaman Campamento Villegas.

Es una construcción tan precaria como lo fueron las primeras viviendas de nuestros padres, en el Valle. Está ubicada cerca del río. Una empalizada de unos diez o doce pies de altura cubre los flancos oeste y sur. La barda que desciende abrupta desde la meseta sirve de protección a los refugios de adobe donde funcionan la cocina, el cobertizo para la soldadesca y otro rancho para la oficialidad.

A veces vamos hasta el fortín para compartir el ocio con los pocos soldados que allí encontramos. Otras, son ellos quienes nos visitan y se instalan en la ronda de mates junto al fogón.

Son gauchos traídos desde Buenos Aires o la Pampa, obligados por las levas del ejército a tomar armas contra el indio.

Ellos se entretienen contando sus historias de campaña. No siento deseos de creer que tanto crueldad sea verdad. Prefiero sentir que exageran para impresionarnos.

Es cuando la escena se vuelve extraña. Alumbrados por el fuego en el atardecer, rostros severos y oscuros de muchos de los soldados se confunden en nuestros cabezas con los rostros de indios que hemos conocido, y contrastan visiblemente con las cabelleras y barbas rubias o rojizas de sus ocasionales compañeros de mate, de ojos y piel descoloridos, a veces arrobados por el sol y a veces cenicientos por el polvo.

Estamos todavía acampados en Chamaco. Por la mañana JB regresa con más provisiones y nuevos expedicionarios: finalmente Benjamín Williams convenció a los más nuevos de la Colonia y John Parry, Richard Davies y John Hughes decidieron acompañarnos. Ahora somos nueve. Con ellos traen nuevos provisiones. JB desechó la propuesta de Zach para traer algunas cabezas de ganado que nos asegurara la provisión de carne a lo largo de la travesía. Harán más lento el camino y bien podemos confiar en nuestras habilidades para la caza. Si no podemos sobrevivir así en una expedición, difícilmente podamos conseguir el sustento para nuestras familias en los valles montañosos.
Sobre el mediodía, cuando ya casi terminamos de distribuir las cargas alguien señala una columna de polvo que se levanta al poniente, es decir, hacia los Andes, y que parece avanzar en nuestra dirección.
También a lo lejos podemos percibir apresto en el fortín donde se ha izado una bandera argentina. Varios de nosotros suponemos que se trata de un ataque de indios manzaneros. JB sostiene que ellos no atacan durante el día, y mucho menos teniendo una partida de soldados en el camino.
De todas formas decidimos averiguar de qué se trata.
JB nos pide a mí y a otros dos que lo acompañemos hasta el campamento militar.
Llegamos al fortín en medio de una agitación general. Viene Roa, nos dicen los soldados con expresiones de admiración y pánico.
Los apresto de armas y desorden del lugar levantan tanto polvo en el campamento como el que se alza en el horizonte, hacia el oeste.
Subiendo las bardas hasta la meseta, observamos que efectivamente, al frente de aquel remolino de tierra viene gente de uniforme montada a caballo y marchando al paso. Detrás de ellos unas siluetas humanas avanzan con dificultad, desdibujadas por el polvo y el aire caliente del desierto.

Intentamos saber quién es el Roa a quien tanto temen. En el barullo, las respuestas son unánimes: Roa es implacable, es fiero, no tiene piedad de indios, ni de soldados cobardes; Roa es un gigante más grande que los patagones; es inmortal; Roa es el Atila del desierto; está terminando con la chusma de indios que se esconden en la cordillera. Roa tiene la fuerza de un malón... Roa es el Comandante.
Nos aconsejan regresar a nuestro campamento antes de que la partida llegue al fortín, y creemos que es mejor no interferir en sus apresto para recibir a su comandante, el "fiero" Roa.

Ya en nuestro fogón comentamos con nuestros compañeros lo visto y escuchado en fortín Villegas. Reímos al recordar las expresiones de los soldados cada vez que hablan de Roa.
Pasamos el resto de la jornada tomando mate y terminando los preparativos.
Ahora, con la noche abriéndose como una manta sobre nosotros, un jinete irrumpe desde la penumbra en nuestra cena y nuestras oraciones.
Es el soldado Encina. Trae un mensaje del mismo Comandante Roa; ha sido informado de nuestra presencia y planes de explorar el territorio hacia el oeste; quiere que nos presentemos en su Campamento Villegas al amanecer. El soldado Encina regresa al fortín sin esperar nuestra contestación.
En su amendrentamiento sólo hay lugar para una posible respuesta a las palabras de Roa: Sí señor.
Deliberemos largamente sobre el mensaje del comandante. De acudir ante Roa perderemos una nueva jornada de viaje, pues será necesario esperar hasta el siguiente amanecer, y eso nos preocupa más que su autoridad.
Pero desconocemos cuál será la consecuencia de desestimar su "invitación". Esta noche los caballos dormirán maneados.
Los perros del fortín ya nos reciben como viejos conocidos y mueven sus rabos a nuestro paso cuando ingresamos al campamento Villegas. Somos cuatro que caminamos en la semioscuridad del amanecer llevando los caballos a tiro. El resto quedó cuidando las pertenencias y el fogón.
El mismo Encina sale a nuestro encuentro y nos señala el rancho de la comandancia. Observo una columna de humo azulado que se eleva desde la chimenea y débiles luces que vacilan a través de la ventana. Me pregunto si estarán tomando mate. Con el apuro por llegar a tiempo, no tuvimos desayuno.

El hombre está sentado junto a una mesa de campaña. Toma mate y lee unas esquelas. Dos faroles compiten el mortecino amanecer que se adivina por la ventana.
Lleva desabotonada la chaqueta del uniforme; en sus pantalones hay vestigios de una larga travesía. Está descalzo y sus pies se apoyan sobre un cuero de oveja.
Permanecemos de pie en la reducida habitación. Roa también se incorpora para saludarnos. Comprobamos que su altura es considerable, pero en nada se asemeja a la de los patagones que conocemos.
JB es el que habla, ya que tiene más posibilidades de comprender lo que nos dice el comandante. Mientras, observa los gruesos bigotes que cubren la boca por la que Roa emite una voz cansada, algo melifluo para un militar de su rango, o al menos para esa hora del amanecer.
Las palabras van y vienen pero los idiomas no encuentran el modo de entenderse.
Sin perder sus modales, Roa parece impacientarse. Es cuando desde las penumbras de la habitación surge otra figura que no habíamos percibido.
El sujeto, cubierto con una amplia capa de paño y un sombrero aludo, interrumpe al mismísimo Roa.
El comandante no quiere que vayan a los Andes, dice en perfecto inglés.
Molesto por la interrupción, pero aliviado a la vez porque alguien pueda hacerse entender, Roa le indica que continúe.
El comandante dice que al pie de la cordillera, entre cañadones boscosos, se ocultan los más feroces indios. Dice que estos salvajes están dispuestos a todo para evitar ser apresados. Y todo el que caiga en sus manos sufrirá los peores tormentos que alguien pueda imaginar. Eso dice el comandante.
La sorpresa inicial de hallar alguien que hablara inglés entre los militares, se desmorona de inmediato al escuchar tales advertencias. Nuestros gargantas buscan algo de saliva que tragar, pero el movimiento en seco produce algunos carraspeos nerviosos.
El tipo ríe abiertamente. Se adelanta hacia nosotros y extendiendo sus manos hacia JB dice que se llama Andrews; James Williams-Andrews, dice.
Mientras habla, desde afuera sentimos el galope de un caballo que se detiene justo frente a la comandancia.
El inglés dice que llegó a América en busca de aventuras, y que

sus amigos de Buenos Aires le hablaron de las expediciones militares al desierto de la Patagonia. Dice que es abogado en Londres, pero que para un cazador como él no nada hay mejor que las pieles que se consiguen en la Patagonia. Lo dice señalando hacia fuera, hacia el corral donde están encerrados los indios.

Indiferente a las palabras de Andrews, Roa se asoma a la puerta. Por el sesgo de la ventana alcanza a ver un tipo de uniforme, visiblemente agitado en actitud de estar informando a su jefe.

Interrogado por nosotros, Andrews explica que durante la noche, tres mujeres indios escaparon al desierto y una partida de soldados salió tras ellas poco antes que llegáramos al fortín. Parece que ya los traen de regreso, dice, y mira hacia la puerta.

Roa da unas órdenes al jinete y vuelve a la habitación. Desde afuera llegan voces de mando que se repiten una y otra vez, cada vez más lejos de donde estamos.

El comandante retoma sus palabras. Siempre según el inglés, dice que es mejor que regresemos a la colonia. Que es muy peligroso. Dice que no se hará responsable por nuestra seguridad y que los indios están armados con carabinas.

Dice, menos enfático, que en unos pocos meses, tal vez un año más, terminará la campaña y que el gobierno argentino ocupará estas tierras y enviará allí nuevos colonos. Dice Roa que tal vez tengamos oportunidad de estar entre ellos.

Dice también que ahora debe continuar su viaje hacia Valcheta, al norte, donde entregará a los indios capturados. Que será como una semana de marcha por el desierto, dice, y que si decidimos regresar a la Colonia ofrece comprarnos las provisiones y la caballada de refresco que hemos reunido. Claro, dice, que deberá pagarlas con bonos del Ejército.

JB le hace saber que somos un grupo numeroso y que deberemos deliberar sobre el asunto.

Con gestos breves nos despedimos y comenzamos a retirarnos de la comandancia.

Afuera, los soldados nos observan sin disimulo, especulando qué podríamos haber estado hablando con su jefe.

Mientras montamos, Andrews nos alcanza. A la luz del día, puedo ver sus ojos vivaces chispeando en un rostro que dice más de las ambiciones de su dueño que él mismo.

Dice que por la tarde nos visitará en el campamento para conversar en inglés. Nada hay más placentero que hablar en nuestra lengua madre, dice.

Nosotros entendemos el inglés, le dice JB desde su caballo. So-

mos gauchos. Hablamos, pensamos y sentimos en nuestra lengua, dice JB. Pero entendemos el inglés y será bienvenido en nuestro campamento.

Un alarido irrumpe en el ajetreo del fortín. Nuevos gritos destemplados llegan desde el corral donde tienen encerrados a los indios, y donde ahora observamos una agitación de uniformes, perros, tierra, y nuevos gritos que nos espantan.

Nos acercamos con innecesaria cautela pues todos se dirigen allí resueltamente. Ya próximos al corral se escuchan además los llantos de niños, y de mujeres, y los lamentos de los hombres ancianos. Todos contenidos por una línea de militares y de los llamados indios amigos, que los mantienen en un extremo del corral, mientras al otro lado un grupo más reducido de uniformados cierra un círculo.

Siempre montados, nos acercamos a cierta distancia hasta descubrir, sobre sendos charcos de sangre barrosa, los cuerpos decapitados de las tres mujeres que habían intentado escapar.

Un indio-amigo y un soldado agitan en alto las tres cabezas, mientras otros, desgarrando las escasas vestiduras de los cadáveres y en medio de alaridos desquiciados, se disponen a despellejarlos.

No puedo contener una convulsión de vómitos, y arqueado sobre mi montura, espoleo al caballo para huir del lugar.

Al cabo de largo galope, recupero mi conciencia. Estoy llorando. Gimiendo como una mujer. Abatido sobre mi montura. Mis amigos cabalgan todos separados entre sí. No veo sus rostros, pero sé que padecen lo mismo que yo.

En el campamento, cada uno a su turno, vamos llegando y cayendo detrás de un arbusto o una roca. Nuestros cuerpos se retuercen en convulsiones buscando expulsar de sus entrañas las imágenes de los cuerpos sin cabeza, desollados. Los clamores de espanto. Los aullidos celebrantes. Nuestros alaridos de ahora. Vuelvo a vomitar.

Está avanzada la tarde cuando recupero mi conciencia. Andrews llegó hace un rato ya a nuestro campamento.

Excusándose de tomar mate, preparó su propio té, que lleva consigo, dijo, en cualquier circunstancia.

Habla sólo él, ya que ninguno de nosotros tiene ánimos de conversación, y dado el estado en que regresamos del fortín tampoco hablamos discutido las palabras de Roca.

Alguien le pregunta por sus cacerías. Una pregunta de la que habríamos de arrepentirnos todos.

Veintidós

Cazar indios, eso es lo que me gusta hacer.
Una baja, un indio.
Para eso llegué hasta aquí. Dice, y hace una pausa. Sabe que estamos atentos a lo que va a decir. Que nos repugna lo que acaba de decir, pero a eso ha venido, y sabe que lo sabemos.
Que podría estar ahora atendiendo clientes en mi estudio, dice, cerca del Támesis o de la Trafalgar Square, o dice que asistiendo a fiestas en Buckingham. Pero, dice, me apasionan las armas.
Y luego dice más: Los animales ya me cansaron. Mis trofeos de caza son el asombro de cuantos vienen a mi residencia de Greenhithe. Pero África es insensata con sus visitantes, dice. La selva o la sabana, sus alimañas ponzoñosas, su clima enfermo. Ya no quiero soportarlos. Dice, y saca una petaca de su abrigo. La abre, y vierte su contenido en el té. Luego vuelve a mirar el fuego donde se está preparando nuestra cena.
Y además hay otros peligros. Dice y ofrece la botella que nadie acepta.
Traficantes de marfil o pieles dispuestos a matar a individuos como yo, que hacemos de la caza un arte, sólo para conseguir un par de colmillos de elefante.
En cambio aquí es distinto, ustedes saben. Dice y guarda la petaca.
El aire es limpio, no hay una persona en miles de millas a la redonda, no hay alimañas. Dice, y acerca al fuego una rama que juega en sus manos.
Los pumas no son presas interesantes para mí, luego de haber tenido en la mira de mi arma un león que podría partir un roble con sus garras. Dice, y apunta con su rama humeante. Ahora su cabeza adorna la sala principal en mi casa de Greenhithe.

Pero cazar indios. Eso sí es una destreza.
Dice, y que alguna de nosotras se ponga de pie y abandone el fogón no parece importarle. A eso ha venido.
Un hombre puede luchar con la naturaleza y derrotarla, dice. Para eso fue creado. Para imponerse sobre la naturaleza. Para eso le fue dado el intelecto: para crear herramientas y armas cada vez más eficaces.
Pero no cualquier hombre puede enfrentar con un arma a un indio. Dice y sus ojos buscan los nuestros. Los de cada uno.
Apuntar y sostener la mira puesta entre un par de ojos semejantes a los de uno mismo, y percibir la ira o el terror, la misma habilidad para matar, o para vivir. Y aún así jalar el gatillo y ver caer la masa de carne y huesos en la que se convierten estos residuos de humanidad que aún deambulan por el desierto.
Porque no son cosa, mis queridos amigos. Dice y alguien lo increpa.
Ustedes son hombres de fe, dice y se pone de pie. Hombres religiosos, dice y camina alrededor del fuego. Ustedes saben: son hombres civilizados y comprenden que nos ha tocado la gracia de haber nacido en sociedades evolucionadas, en la que el hombre se destaca por sus conocimientos, por su ciencia, y también por su espiritualidad.
Ustedes, los galeses, los "Hijos de Rebeca", viven en estos páramos apartados de la mano de Dios, alimentando sus caprichos de independencia, sí, pero cobijados por la Gran Bretaña, por su esplendor y nuestra Reina.
En cambio ellos, dice, y señala a la oscuridad del desierto, más allá de las matas que nos rodean, quién sabe por qué capricho del Creador, ellos han quedado rezagados en la marcha de la civilización, y permanecen en este estado de salvajismo convertidos en una especie distinta de seres, ni humanos, ni animales. Dice y un rumor como de asco nos conmueve a casi todos.
Pero Andrews ha venido para eso, y dice Ustedes lo saben. Los han visto. Algunos tienen la ingenuidad de los niños, y por eso hay quienes reclaman misericordia por ellos. Pero también poseen la ferocidad y astucia de los predadores, siempre al acecho; siempre a punto de dar el zarpazo sorprendente y letal.
Porque eso son ellos, los indios, dice, un ensayo malogrado de la Creación; una especie abandonada de la mano del Señor, condenada a sus últimos días en este suelo patético, desértico, dice y clava su roma en la arena. Porque, de qué manera explicarse

que por siglos hayan permanecido aquí, subsistiendo de la caza y la pesca, sin evolucionar como nosotros; sin desarrollar habilidades que les permitieran convertirse en seres industriosos, dice y aunque nos mira a cada uno con sus ojos voraces, nadie aparta los suyos del fuego. No queremos escuchar ya más de lo que ha dicho, y dice.

Pero él vuelve a caminar alrededor del fuego y dice que ellos, los salvajes, ni siquiera tienen escritura. Hasta los egipcios tenían la suya, dice. Hasta los pueblos más antiguos tenían signos para representar sus pensamientos, sus creencias, sus avances.

Observen, mis amigos, qué detalle: gracias a aquellas culturas, dice y apunta lejos, en el cielo, donde asoman las primeras estrellas, gracias a su palabra escrita piedra sobre piedra, tabla sobre tabla, papiro sobre papiro, los pueblos han acumulado sabiduría durante miles de años y nosotros somos sus herederos. Los herederos de la civilización. Los responsables de llevar esa herencia más allá de los límites posibles, para heredarla a su vez a nuestras generaciones futuras, dice y vuelve a preguntarnos: ¿Qué otra prueba se necesita para comprender que estos seres salvajes, los indios, no pertenecen al género humano? ¿Acaso no dicen las escrituras que en el principio fue el Verbo, es decir, la palabra? ¿Acaso no esperó el Creador a que el Pueblo de Moisés conociera la escritura para poder dictarle los Diez Mandamientos, y confiarle el destino de los hebreos?

Es probable que esta especie esté aquí abandonada desde centurias, quizá. Tal vez desde antes de Babel. Desechada como un pésimo borrador de lo que debería ser el perfecto poema de la Humanidad, dice, y vuelve a hacer una pausa mirándonos a los que aún permanecemos junto al fuego. Nos mira sobre su hombro, gira, se inclina hacia cada uno, hasta quedar cara a cara, nos busca la mirada que no podemos sostener.

Sonriente, se incorpora y con lentos pasos dice: Estos salvajes estaban ya abandonados sin el don de la escritura, condenados a vagar en ese estado por los tiempos de los tiempos, hasta la llegada del Hombre; y el avance maravilloso e impostergable de la civilización reclamando su espacio vital y así borrar del mapa los defectos de la Creación.

No, mis amigos, dice Andrews vaciando los restos de su taza sobre el fuego: cazar indios requiere de las más altas virtudes del artista: exige una fe inquebrantable; una filosofía de la vida, y exige claridad de pensamiento, todo ello concentrado en la mira

de su fusil, dice, y remata sus palabras con el gesto satisfecho de quien ha persuadido a su auditorio.
Pero sólo se alcanza escuchar el crepitar del fuego.
JB estuvo todo el tiempo recostado sobre las mantas, con su cabeza apoyada en una montura, y con sombrero cubriéndole el rostro. Deja que el silencio se extienda más allá del fogón y traiga de nuevo los quejidos de la noche.
Será mejor que se regrese al fortín, dice JB. Estamos todos cansados y debemos tomar una decisión. Dice y ninguno de nosotros piensa en otra cosa que ver al inglés marcharse de una buena vez.
Comprendo, dice Andrews y su sombrero da vueltas entre sus manos y mira la noche. También estoy cansado. Ha sido un día de emociones fuertes para todos, dice sonriente, y dice: lo que me recuerda que tengo un obsequio para ustedes.
Me han dicho que son buenos comerciantes de plumas y pieles, dice, mientras busca en los pliegues de su abrigo. Quizá les interese comerciar con esto, dice, y arroja un paquete arrollado a mis pies. Dicen que estas pieles son buenas para encuadernar biblias y pagan muy bien por ellas en Buenos Aires, dice mientras recojo el bulto y él se va perdiendo en la oscuridad. Ha de ser que la piel de india vieja ya fue curtida por el desierto, dice como gritando de lejos antes de un galope que se pierde.
El manojo de pieles cae de mis manos a la arena. El asco me dobla y siento venirse todo el suelo a golpearme en la cara.

Veintitrés

Llega un momento en que el grupo no puede permanecer más tiempo en Chamata.

Los hechos de la víspera, la muerte de aquellas mujeres ordenada por Roa, sus veladas amenazas hacia nosotros; la repulsiva jactancia de Andrews y la incierta de lo que nos espera en el Oeste, ha mellado las voluntades de los nuevo galeses.

El sol está alto ya sobre el horizonte y no hemos resuelto nuestras diferencias.

JB es el más obstinado en seguir adelante con la expedición. La tierra no será bendecida para los cobardes, dice. Zacharías Jones, quien fuera un entusiasta seguidor de JB, es ahora quien más se le opone. A mi turno apoyo a Zach porque, creo, esta situación es completamente diferente a lo que habíamos imaginado en las reuniones del cadw bach. Que cualquier cosa que hallemos en el Oeste, tierras, o mineral, siempre estaremos sujetos a lo que finalmente decida o hacer el gobierno de Buenos Aires. Y quizá de nada sirva habernos arriesgado tanto.

Junto a JB otros tres muchachos están dispuestos a seguir el viaje. Llegaron a la Colonia poco tiempo antes, y están ansiosos por encontrar "su" tierra, pues para eso cruzaron el Atlántico.

Richard Davies dejó su familia en Llanelli, y tiene la esperanza de afincarse pronto en una parcela para luego enviar por su mujer y su pequeña hija. John Parry es soltero. Llegó desde las minas de carbón del sur de Gales, pero antes había sido soldado en su Rhuddlan natal. El de más reciente arribo al Chubut es John Hughes, quien llegó de Dolgellau hace tan sólo unos cinco meses. También dejó una esposa en su pueblo natal, a la espera de enviar por ella una vez que consiga dónde afincarse.

No tienen mucho para perder y todo por delante para ganar. De ahí las ansias y su determinación para acompañar a JB. En cambio, él carga con otros motivos aunque nunca lo acepte.
Huraño y con visible disgusto, JB se ha hecho a un costado del campamento. Levanta sus pertenencias decidido a partir aunque sea sólo.
No puedes arrastrar al resto de los hombres en esta locura por la única razón de que quieres alejarte del valle. Lo digo. Ellos van detrás de una ilusión que estás alimentando en sus corazones, pero ignoran que en el tuyo sólo quieres poner distancia de la Colonia; quieres dejar atrás a Gwen, a Makol, a nuestra historia.
No dice nada. Calla y sigue preparando sus bultos. No lo conseguirás, hermano, digo y me esfuerzo por no tomarlo de los hombros y sacudirlo para que entre en razones. Donde quieras que vayas, digo, cada rostro te traerá de regreso. El viento te alcanzará nuestros nombres, digo.
Me doy por vencida. Sé que su silencio será todo la respuesta que obtenga de este galense obstinado y tenaz.
Vuelvo a mis cosas y me reúno con el resto de los que regresaremos a la Colonia. Decidimos partir con el alba y hacer un desvío hacia el norte para probar suerte en algunos cañadones donde es probable hallar oro.

El amanecer del siguiente día nos encuentra cabalgando en silencio. No hubo despedidas cuando los grupos se separaron. Cada uno tomó rumbos opuestos y eso fue todo.

Veinticuatro

Dicen que los trabajos en el puerto de El Carmen son inusualmente frenéticos. Que hace dos días con sus noches que el vapor Villarino echó anclas frente al amarradero.

Al otro lado del río, dicen, sobre la margen baja comienzan a encenderse las luces del villorrio de Mercedes, donde los militares de Buenos Aires instalaron el Gobierno de la Patagonia.

Que desde temprano, y pese al frío del invierno, los gentes se agrupan en las barrancas viendo curiosas uno de los primeros vapores que llegan al Río Negro, dicen. El mal clima demora las tareas de descarga, pero dicen que las órdenes son precisas: el Villarino debe zarpar en la madrugada. Que hay un nuevo gobernador llamado Vintter, que impuso secreto militar sobre las próximas maniobras. En los muelles y las rampas cercanas nadie sabe su nuevo destino, pero al mismo tiempo, dicen que nadie duda que será parte de la guerra contra el indio.

Al caer la tarde se hacen notorios los aprestos militares. Decenas de caballos y vacunos fueron embarcados. Como en un circo, el vecindario observa entretenido una grúa que alza a los animales a gran altura, lentamente, dicen, uno a uno, sujetos por barrigueras, y los deposita con parsimonia en las profundas bodegas del barco. Dicen que relinchos y mugidos, bostas y orines esparcidos desde lo alto por las bestias aterradas divierten a la concurrencia callejera, y que será tema en la tertulias de los bolliches del pueblo, una vez que el Villarino suelte amarras y ponga rumbo a su misterioso destino.

Entrada la madrugada, los pocos trasnochadores empeñados en seguir las maniobras de carga, observan a una treintena de soldados abordar la nave, seguidos de dos oficiales. Dicen que a

esa hora la grúa terminó de cargar también un pesado armamento.

Cerca de las cuatro, la viscosa oscuridad en torno al puerto sólo es rota por unas pocas bujías que el Villarino mantiene encendidas para posibilitar las maniobras. La neblina envuelve la embarcación con un velo helado, dejando ver solo siluetas oscuras y sigilosas que se mueven sobre cubierta.

Unos pocos operarios del muelle alcanzan a contemplar el enérgico paso del gobernador Virtter, que trepa rauda el Villarino con grandes zancadas. Son los encargados de retirar el planchón de abordaje. Y entonces sí, apenas impulsado por su motor, el buque se aleja del muelle y pone proa al mar.

Veinticinco

Volví de la expedición hace poco más de dos semanas con las manos vacías. Unas pocas muestras de mineral podrían alentar el espíritu de algún buscador empedernido. Tal vez Zach regrese a esos lugares con otra gente. Después de tantos días en el desierto, luvando arena en unos riachos mezquinos, creo comprender que mi lugar está aquí, en Bryn Fach, retomando los trabajos en el canal de riego y sacando provecho de la huerta. Un par de vacas y ocho perros son compañía suficiente y me mantienen ocupado.

Así van mis pensamientos, cuando los perros salen disparados hacia el camino que baja de la meseta, al oeste. Escucho sus ladridos y me asomo a ver quién llega.

Dos jinetes bajan por la huella. Vienen lento, y luego de un buen rato puedo verlos dirigirse a la casa por el camino principal. Han de buscar reparo.

Cuando están más cerca puedo ver que se trata de indios, tal vez manzaneros. Y que uno de ellos tiene dificultades para sostenerse sobre la montura. Ebrio, sospecho.

Viene cubierto por una manta de cuero crudo y su cabeza se sacude sin control al paso del caballo.

El otro jinete apura el tranco y sale a mi encuentro. Me grita desde cierta distancia y no comprendo lo que me dice. Ya casi a mi lado veo que se trata de una mujer. Me habla y tengo dificultades para entender. Se muere, creo que escucho. Enfermo. Kutrante, dice. Ahora sí, en lengua de los manzaneros. Se muere, dice también en español.

Como fuere, me apresuro a alcanzar al otro jinete que viene al paso, y descubro que está inconciente, apenas sostenido sobre

la montura. Acerco el caballo bajo el Sauce-junto a la casa. La mujer ya echó pie en tierra y corre a auxiliarme.
Entre ambos desmontamos al anciano. Le cargo solo: su peso apenas es mayor al del cuero que lo envuelve. Me dirijo con él en mis brazos hasta el cobertizo cercano y lo depositamos sobre un lecho de pieles y lonas.
Le indico a la mujer el depósito de agua y le extiendo un cuenco para que traiga un poco. Bajo el envoltorio de cueros, el hombre huele a mierda y humo, y carne en descomposición; casi no ofrece señales de vida. Se lo ve afiebrado y los ojos están en blanco.
Remojo el paño en el agua y le indico a la mujer que humedezca los labios y la frente del viejo.
De tanto en tanto me acerco para ver si el viejo mejora por algún milagro. Pero pasan las horas y su agonía se prolonga sin alteraciones.
La mujer permanece a su lado, en silencio. No he visto su rostro aún, cubierto siempre por las crenchas canicientas de polvo. La figuro esposa del moribundo.
Al caer la noche me pide algo de agua para ella. Le doy para beber, pero me pide más para lavarse.
Coloco una palangana sobre un viejo baúl en las penumbras retiradas del cobertizo y luego le entrego algo de jabón y una jarra con agua caliente. Regreso al interior de la casa.

El mate me acompaña mientras preparo algo qué cenar. Escucho movimientos en la entrada del cadw bach y al volverme hacia allí me encuentro cara a cara con la mujer que me devuelve la palangana y la jarra.
Quedo paralizado viendo su rostro, ahora despejado y limpio, sus pelos recogidos y sujetos fuertemente hacia la nuca.
Es poco más que una niña.
Tenga, me dice. Tenga. Y extiende hacia mí la palangana. Gracias. Dice, y regresa al cobertizo donde agoniza el viejo. Quedo de pie, con la palangana en una mano, la jarra en la otra, mis ojos puestos en la oscuridad de la noche a través del vano de la puerta, y mi boca abierta estúpidamente.
Estúpidamente también, me apresuro a llenar dos platos con el estofado de carne que acabo de preparar. Tomo un par de cucharas, cuchillo, pan y los llevo al cobertizo, pero regreso por un pedazo de bolsa de harina que uso como mantel. No, su aspecto engrasado y rígido por el tiempo me dice que será mejor no

viario y lo arrojo a un rincón de la cocina.
Bajo el improvisado refugio, el viejo permanece inmóvil. Ella sigue humedeciéndole la frente y los labios. Apenas perceptible, el anciano parece sorber un poco del agua contenida en el trapo mojado que ella pasa por su boca.
No creo que sobreviva a esta noche. Tampoco soportaría un viaje hasta Trerawson a lomo de un caballo. Ni sé si todavía hay un médico allí.
Le ofrezco un plato de comida. Ella duda en aceptarlo, pero finalmente lo toma. Al principio lleva la cuchara a su boca lentamente, aunque pronto está comiendo con ansiedad. No deja de observarla, al ella deja de observar al viejo que agoniza. Supongo que no ha probado bocado en toda la jornada, en varios días quizás.
Ninguno pronuncia una palabra mientras los platos se vacían.
Cada tanto el viejo se estremece en su lecha.
Ofrezco más ensopado pero ella prefiere el pan.
Bara, le digo. Me mira con ojos interrogantes. Bara, vuelvo a decirle levantando un trozo de pan.
Bara, dice y levanta el suyo.
Dylan, digo señalándome a mí mismo. Dylan.
Mi nombre es Dylan y quiere decir Hijo del Mar.
Ella sigue comiendo pan y vuelve a mirar al viejo.
No comprendió.
Recojo los platos y las cucharas y me incorporo para regresar a la casa.
Toma, dice ella a mis espaldas.
Me vuelvo sobre mis pasos. Toma, dice señalando su rostro. Toma.
Él Antonio, dice y señala al viejo.
Toma, digo yo. Toma. Y vuelvo a la casa. Sonrío estúpidamente.
Hijo del Mar, digo para mí. Aquí, pienso. Hijo del Mar. Vuelvo a sonreír, estúpidamente. Toma.
Regreso al cobertizo con un mate.
Sentado sobre un trozo de madera cerca de Toma, reavivo el fuego. El mate comienza a ir y venir en silencio. A la luz de las llamas, estimo que no es tan niña. Casi podría tener mi edad, un poco menos tal vez.
Intento saber qué fue lo que pasó con el viejo. De alguna forma Toma me hace saber que el enfermó luego de haber comerciado en El Carmen, semanas atrás. Que son gente que poblaba al norte de aquí. Entiendo que no son de las Manzanas, sino de las

familias pampas del Río Negro. Luego dice que fueron perseguidos por los argentinos. Que hubo desbandes. Que nunca volvieron a reunirse las familias. Varias huyeron hacia el Neuquén y Los Manzanos. Ella y el viejo quedaron con un grupo de familias de otra parcialidad.

Dice que tres noches atrás, dos hombres pelearon entre ellos y se desató una revuelta general en los toldos. Dice que alguien intentó atacarla con un cuchillo mientras cuidaba del viejo y que el viejo, todavía consciente, lo golpeó con una vasija de hierro y lo mató. Pero no pudo evitar que el atacante la hiriera antes de morir. Dice, y abriéndose las ropas a un costado, me enseña un corte en su cintura, no muy profundo pero que aún no cicatriza. Dice que luego huyeron.

Pregunto si le duele la herida. Le digo que necesita curarse, le ofrezco ayudarla. Dice que ya se ha lavado. Y dice que será curada.

Dice también que Antonio es su abuelo, que supo ser capitanejo de Foyel. Dice que cuando huían y antes de destallecer le dijo que tomaran este rumbo para llegar al Chubut. Que sabía de la Colonia por haber estado aquí años atrás.

Entonces recuerdo la agitación que hubo hace unos ocho años, cuando Foyel llegó a la Colonia para comerciar pieles y plumas. Fue esa la única vez que se lo vio cerca de la costa, pero su figura sobre el caballo, los vivos colores de sus vestimentas, adornos de plata y el medio centenar de hombres que lo acompañaban dejaron una profunda impresión en los colonos. No sé dónde andará por estas horas, perseguido por el ejército de Buenos Aires.

Tama dice que supo que al comienzo del verano hubo un gran encuentro. Futaiawün, dice. Y que dicen que estuvieron todos los caciques, que son muchos, todavía. Y que son fuertes. Que dicen que el encuentro tuvo lugar donde Foyel tiene sus toldos, un lugar llamado Tsünka Parla, en las mismas puertas de los valles andinos. Que dicen que allí estuvo Sayhueque, el Señor de las Manzanas. Que allí juraron dar pelea al ejército de Buenos Aires, y pelear hasta morir contra el cristiano invasor.

Pregunto dónde queda Tsünka Parla. Tama sale del cobertizo y mira el cielo. Gira y señala sin dudar un punto donde la luna se recuesta sobre el horizonte. Tsünka, dice con su mano extendida hacia el oeste. En el mismo rumbo en que JB y su grupo partieron meses atrás. Tsünka Parla, dice Tama. Y me hiela el corazón.

Una súbita convulsión del ancano nos alerta y volvemos al cobertizo rápidamente. Pero no hay mucho por hacer.

Fue su hora. Abiertos sus ojos hacia la noche y la boca abierta al silencio. Así murió.

Me quedo mirando sus ojos. Parecen gastados de ver. Imagino lo que guardan sus retinas, sus paisajes de infancia, sus pasiones, el horror de la lucha...

Pero todo es una mentira de mi imaginación. Nadie puede ver la vida con los ojos prestados. Los suyos están allí, abiertos y secos en sus cuencas huesudas, y no soy digno de tomar su lugar sólo para aliviar mi conciencia.

Está muerto, digo.

Sí, dice Tama. Ya cierra los párpados del anciano. Hay que prepararlo. Dice y pide que la ayude.

A su pedido, traigo grasa y tientos de cuero. Bajo el cobertizo, ella coloca al anciano recostado y desnudo sobre uno de los cueros extendido en el suelo. Con rápidos movimientos unta la grasa sobre el menudo cadáver, friccionando con fuerza sobre las articulaciones. Luego comienza a doblar las rodillas y los brazos hasta dejarlo enrollado sobre sí mismo, la cabeza inclinada contra el pecho. Así, reducido a su mínima expresión, envolvemos el cuerpo en el cuero y sujetamos el envoltorio con los tientos. Antes de cerrarlo completamente, Tama recoge varios collares y pequeños objetos que el viejo traía consigo y los introduce por la abertura superior del paquete mortuorio. También se quita uno de sus colgantes y murmurando sobre el fuego una oración casi inaudible, lo arroja con los demás. Finalmente cierra el atado.

Tama se queda sentada junto a cuerpo de su abuelo y yo regreso a la casa. El alba se anuncia hacia el Este.

La media mañana me encuentra junto a Tama en lo alto de una loma, echando tierra en la sepultura de Antonio.

Ella me indica traer la yegua en la que trajimos el cuerpo del viejo. Le entrego las riendas y la conduce hasta el borde de la tumba aún abierta. Comienza un largo y lastimero conturreo que se prolonga por algunos minutos, mientras mantiene sujetas las riendas del animal. De pronto, extrae un largo cuchillo de entre sus ropas y con un rápido movimiento lo clava hasta la empuñadura en el pecho de la yegua y antes mismo que el desgraciado animal pueda reaccionar, Tama retira el cuchillo. Un chorro humeante de sangre sale disparado desde la herida y se derrama por la tierra, y alcanza al hueco de la tumba de Antonio. La bestia cae primero sobre sus rodillas delanteras, y finalmente sobre sus cuartos, hasta morir desangrada sin siquiera un relincho. Tama

continúa sus rezos, ahora elevando sus palabras hacia el cielo. No parece posible que en su cuerpo menudo hubiera lugar para toda esa fuerza que le pertenece.

Consumado el sacrificio, Tama me indica y ayuda a colocar piedras, unas sobre otras, hasta formar un túmulo sobre la sepultura. Una vez que considera que puedo hacerlo solo, ella vuelve a tomar el cuchillo y con rápidos movimientos quita el cuero a la yegua. Cuando también intenta tomar algo de la carne del animal, le hago saber que en la casa hay suficiente y no podríamos conservarla muchos días. Para mí, pienso que no podría probar bocado de esa carne.

Tama vuelve a la casa; yo me demoro pronunciando una breve plegaria por el anciano muerto. Ahora hay un chenque en mi Bryn Fach. Mío, me pregunto.

Cuando llego al cadw barch ella sale a mi encuentro con un pedazo de pan que me ofrece. Bara, dice. Bara digo, y desayuno. Tal vez el cielo se haya acordado de este pecador, pienso mientras mastico mi pan y miro hacia el oeste sin fin. Tal vez este lugar ya no deba llamarse cadw barch.

Veintiséis

El río Chubut no es amable con los navíos. Sus inviernos empujan hasta el mismo mar bloques de hielo que sus aguas sinuosas arrastran por millas, desde quién sabe qué territorios helados, más allá del desierto.

Promediando el mes de julio, el mediodía no alcanza a atemperar los 12 grados bajo cero que marca en el termómetro sobre la cubierta del Villarino. Su proa cruje al abrirse paso entre el hielo que cubre toda la superficie del río hasta perderse de vista aguas arriba. Entrando en el valle del Chubut, se encuentran frente a un caserío de familias galesas al que llaman Trerawson. Buenos Aires ya envió aquí un comisario y también una delegación portuaria sin puerto.

Dicen que El Villarino fondea en medio del cauce que desde la costa las chalupas se le acercan para el desembarco de los pasajeros y que a esa hora todavía ignoran que a bordo viaja el gobernador de la región.

Sobre la media tarde Vinter pisó tierra firme.

Para la noche, casi todo Trerawson sabe de su presencia.

En la jornada siguiente dicen el nombre de Vinter, corre por todo el Valle, y más allá, seguramente en los toldos lejanos.

El militar elude las reuniones sociales y sólo se reúne con los líderes galeses. De algún modo, sobre las dificultades del idioma, alguno de los hombres alcanza a usar el castellano. Dicen que no han tenido conflictos con los indios. Que el comercio con ellos es fluido y ofrece buenos dividendos a la colonia. Que son indios mansos que llegan desde el sur. Qué tan al sur. Pregunta el general. Los hombres galeses se miran entre sí. No tienen un asentamiento fijo, mienten. Usted sabe, gobernador, son nómades.

Son indios mansos, amigos de esta colonia. Se los puede dejar en paz, se atreven a sugerir.
La guerra es quien pone los objetivos, y quien triunfa fija las fronteras. Dice Vintter y ordena a sus oficiales reunirse con él. A solas. Dicen que por la noche se ve a dos oficiales llegar desde Carral Charmata, cabalgando al paso entre el caserío hacia la delegación del puerto. Dicen que uno de ellos es Roa. Dicen que viene a reunirse con Vintter. Treinta soldados aguardan cerca del río, alrededor de fogones que disipan la helada sobre ellos.
La madrugada está toda invadida por el humo amarronada que se estira horizontal y envuelve al caserío de Trerawson. Las calderas del Villarino se ponen otra vez en marcha en plena oscuridad escarchada.

Al amanecer, los perros husmean las cercanías del embarcadero, donde los soldados comieron anoche. Trozos de hielo bajan lentos y se arrastran entre los botes amarrados, como un arreo de bestias blancas que caminan y pacen de la misma agua.
Ante los ojos de los colonos que madrugan y miran al puerto, la quietud del río parece negarles que alguna vez allí estuviera fondeado el Villarino. Nada queda de él en apariencia. Sólo el humo que se eleva desde la chimenea sobre la Delegación Portuaria, donde el comisario ceba mates al coronel Vintter.

Veintisiete

Alta y resplandeciendo como un faro, la luna llena ha sido generosa con los colonos al final de este verano. En la colonia siempre aprovechamos el plenilunio para salir a cazar liebres y otras presas de hábitos nocturnos.

También para cruzar travesías donde el agua escasea, las noches con luna son de gran ayuda.

Mis perros y yo volvemos al cadw batch, andando con mi caballo al paso en una penumbra serena. Me detengo en lo alto de una loma que me ofrece una visión sobrecogedora del desierto iluminado por el resplandor lechoso, una postal del paisaje en tonos de azul y plata. Contrastes fantasmales y perfiles que pueden representar las figuras más caprichosas.

Los perros van de aquí a allí, detrás de un roedor, al salto de una liebre, que ya no cazaremos porque cargo un buen número de ellas.

Descendo hasta el río y siguiendo su margen tengo mi hogar a la vista. Una columna de humo se eleva desde la chimenea en la cocina. Tama me espera.

Un ladrido de alarma y la jauría sale disparada cortando como una flecha hacia el poniente. Bajo la claridad de la luna puedo ver que a la distancia se levanta una polvareda. Alguien galopa rumbo a mi casa y Tama está sola.

Apuro el tranco hasta convertirlo también en un galope. Mi caballo responde a la urgencia y logramos anticiparnos al jinete desconocido que se aproxima todavía distante.

Escucha nuevos ladridos y no son de alarma sino de algarabía. Han reconocido al jinete. JB. Tiene que ser él. Tiene que ser JB. Apuro mi caballo a su encuentro.

La llamo a la noche. JB. JB!

Y escucho mi nombre gritado también con rabiosa emoción. Las arbustas altas aun no nos permiten vernos uno a otro, pero escuchamos nuestros galopes. Dylan. Escucho y su galope se detiene. Dylan!

Y lo que en principio suenan carcajadas, son de pronto clamores y sollozos desesperados, y en un recodo puedo ver un caballo caído junto a la senda y la silueta de mi hermano que apenas puede sostenerse en pie y levanta sus brazos hacia mí.

Dylan. Y en su voz siento desgarrarse mi alma. Me lanzo desde mi montura y alcanzo a sostenerlo antes de que desfallezca. Están muertos, dice y se aferra a mis ropas. Los vi morir a todos, dice y llora, y David, y Hughes y llora, y me abraza, y desfallece, y John, y los mataron, Dylan, y veo pavura en sus ojos perdidos, y los mataron como alimañas, y llora mi hermano, y su rostro bajo la luna, rostro de niño aterrado e inconsolable.

Lo cargo apenas sobre mi montura y lo llevo de viro hasta la casa. Vendré luego por su caballo

Tama me ayuda a bajarlo y lo acomodamos sobre cueros y mantas junto al fogón. No ha dejado de hablar como un poseso en todo el trayecto y lo sigue haciendo.

Nos atacaron. Nos sorprendieron. Solloza. No sé cuántos, gime, no sé cómo. Los otros cayeron atravesados por las lanzas. Richard, John, Hughes. Y por qué, Señor. Por qué.

Intento calmarlo. Dónde fue, JB, pregunto. Dónde.

Dice que fue a unas cuarenta leguas de aquí, en KeiKein, un paraje que desconozco.

Farfulla hechos, y nombres y doy fe del espanto en sus ojos. Fueron indios, nos emboscaron. Nos estaban acechando. Me persiguieron, más de un día a mis espaldas estuvieron. No sé cómo. Salté. Mi caballo saltó. Él está herido. Me salvó.

Recuerdo que aún debo ir por el animal que dejé abandonado en el camino.

Cuando me incorporo suponiendo que JB está más sereno, él descubre a Tama que observa toda la situación al otro lado del fuego.

JB se incorpora de un salto. Quién es, pregunta. Quién es esa india. Mientras intenta alcanzarla casi arrastrándose. El espanto es ahora furia en sus ojos, y extiende sus manos iracundas hacia la mujer, que retrocede atemorizada.

Me interpongo entre ambos y sujeto a JB por los hombros. Está bien, hermano. Es Tama. Ella vive aquí.

Es una india, dice. Estás viviendo con una india. Jesús. No puedes.

No puede ser. No se puede confiar en los indios, Dylan. No puedes confiar en ella. Nos han matado a nuestros muchachos, Dylan, no lo ves.

Están muertos, Dylan. Ellos los mataron, acaso no entiendes. Somos sus enemigos. Ellos nos atacaron como a perros. Fueron ellos, malditos sean. Ella es una india, ella no puede estar aquí. No puedes estar viviendo con ella, Dylan. No.

Esta es su casa, JB, digo. Este es su lugar ahora. No quiero estar aquí con ella, dice. No debes confiar. Te acechan y te matan.

Tú debes dar aviso en el pueblo de esta tragedia, insisto. Puedo acompañarte si quieres. Tengo un caballo fresco que puedes usar.

La fatiga puede más que su furia y finalmente JB acepta continuar su viaje y dar aviso en Rawson. Me propongo acompañarlo hasta Gaiman donde hallar otros amigos que seguirán con él hasta informar a las autoridades.

Cuando voy por mi caballo, Tama me alcanza fuera de la casa. Plantada delante de mí no dice una palabra. Pero sus ojos son un alarido que pide a mi corazón un gesto. Furia y vergüenza y humillación se arremolinan en su rostro.

La abrazo con fuerza. Y beso sus labios. Esta es tu casa, Tama. Digo. Le digo que tiene que permanecer aquí, conmigo. Que aquí nada le sucederá.

Que cuando regrese le contaré una historia. Digo. Y vuelvo con ella a la casa. Reviso que mi revólver esté cargado y se lo entrego. Le digo que no le será necesario, pero puede sentirse más seguro.

Cuando nuevamente voy por mi manta, JB está en la suya, esperando. Antes de salir, clareando ya, vemos llegar al pobre caballo que lo había salvado del ataque de los indios cabalgando durante dos días y sus noches. El animal viene caminando de a un paso a la vez, con sus patas sangrantes. Y antes que JB desmonte para recibirlo, vemos que Tama acude a su encuentro cargando un balde de agua y le da de beber.

Con una muestra de fastidio, JB espolea su caballo y parte al galope. Voy tras él.

A media mañana llegamos a Gaiman. Hubiéramos podido llegar antes incluso, pero a poco de partir de Bryn Foch, JB no pudo sostener más el galope y anduvimos a un tranco más lento.

Al llegar al poblado deja al pobre JB en manos de unos viejos amigos que lo llevarán en volanta hasta Glyn Du y darán parte a las autoridades en Rawson. Yo regreso a mi chacra, donde Tama espera, sola.

Veintiocho

La noticia del ataque indio a cuatro de nuestros jóvenes en Kel y Kein conmueve rápidamente a todo el valle del Chubut. Los hombres logran reunir de inmediato un grupo de cuarenta voluntarios para partir en busca de los tres caídos en el desierto. En el pueblo, hay dificultades para conseguir armas. El comisario designado por Buenos Aires no accede a entregarlas sin una autorización expresa de la comandancia de El Carmen.

Finalmente, la insistencia de los líderes de la colonia acaba por persuadir al funcionario y reciben veinte Remington.

Con esos rifles llegaron ayer a Bryn Fach y hoy salimos temprano rumbo a Kel y Kein. Muchos rostros me son familiares por haberlos frecuentado en las jornadas de trabajo en los canales, o en las pocas veces que asisto a las reuniones de las capillas. Hay otros que desconozco absolutamente. Dicen que llegaron en sucesivos embarques desde Gales, atraídos por una notoria prosperidad en el Chubut.

A mi lado cabalga JB. Algo más repuesta de la tragedia, quiso ser el guía para dar con sus compañeros lo antes posible. Viene silenciosa, sin haber pronunciado palabra en toda la jornada. Apenas acepta el agua que le ofrezco de mi botella.

Llegamos al sitio indicado por JB cuando se había cumplido una semana del ataque. Desde lejos, entre moles de arenisca rojiza, talladas a pique por el viento, se observa una docena de buitres sobrevolando en círculos. El ánimo de todos se oscurece de inmediato. Quizá en el fondo de nuestras almas albergábamos la esperanza de hallarlos con vida. Y aunque podamos aceptar su muerte como una probabilidad, nada nos había preparado para lo que finalmente habremos de encontrar.

JB detuvo su caballo. No creo que pueda soportar ver a mis amigos muertos. Dijo sin quitar la mirada de los enormes aves que alternadamente descendían y ascendían en su vuelo macabro.
Zach se ofreció a acompañarlo en la espera y el resto continuamos marchando con lentitud.
Lewis Jones, uno de los líderes que encabezaban el grupo fue el primero en avistar los restos. Santo Dios, exclamó y una súbita convulsión lo volteó de su montura. Cayó de rodillas y con sus manos apoyadas también en el suelo se arqueaba en un vómito.
El hedor fétido era irrespirable y todos debimos cubrir nuestra nariz y boca con un pañuelo.
Haciendo un gran esfuerzo logro observar la escena, pero mi espíritu se resiste a los intentos de la razón por imaginar los últimos minutos de vida de estos amigos, con quienes pude haber compartido su destino.
En un claro de unos diez metros entre arbustos, yacían los cuerpos de los tres muchachos horrendamente mutilados, decapitados y con sus vísceras o restos de ellas esparcidas en la tierra. Sus extremidades amputadas del cuerpo, o torcidas en gestos imposibles y patéticos. Cerca, había restos de al menos tres fogones en los que todavía se conservaban restos chamuscados de prendas y armas indias.
Alguien deduce que uno de los jóvenes pudo haber dado muerte a un indio y que, según sus ritos, sus compañeros quemaron sus pertenencias para que las pueda usar en el más allá. Todos suponen que debe haber sido Davies, ya que era el único que tenía a mano su revólver. Y era también al único que le habían arrancado y desaparecido el corazón.
Los enterramos en una fosa común a pocos pasos del lugar en que los encontramos. Levantamos una gran pila de piedras para señalar el sitio, con la promesa de regresar a levantarles un sepulcro decente que los recordara.
El regreso es penoso. Durante varios días nadie pronuncia otras palabras que no sean las referidas a lo necesario para la marcha o acampar. Poco hemos dormido. Las noches se hacen largas cuando el menor murmullo del viento resulta una amenaza.
Tampoco en la Colonia se dice mucho, a excepción de los oficios religiosos y en algunos de los multiplicados boliches de pueblo donde peones y mercaderes se reúnen en largas tertulias criollas. Y hay quienes se preguntan si los indios volverán por la colonia. Y hay quien se pregunta cómo los recibirán sus amigos los galeses.

Eso les pasa por meterse con los indios, se dicen. Eso les pasa a los indios por meterse con los gallegos, se ríen. Y dicen y ríen porque no hay plumas ni pieles que cargar, y ríen con la risa final que disimula su tragedia.

Veintinueve

Dicen que es temprano, en una noche que acaba de hacerse lluviosa sobre el invierno de agosto en el mar del sur. Que sólo el absurdo de una operación militar puede imaginar un navío bat'endo el oleaje y poniendo proa a la desembocadura de El Deseado.

Aprovechando vientos favorables, dicen que desde el puente de mando, el capitán ordena apagar los motores de vapor y desplegar las velas.

Ordena, también, apagar las luces de la embarcación y mantener cerrada toda comunicación con el resto de las naves fondeadas en el apostadero de El Deseado.

En la madrugada, el Villarino desliza silencioso sus mástiles entre decenas de otros mástiles que reposan en las aguas tranquilas del amarradero a la espera de que amainen las tempestades que cierran el estrecho, más al sur.

En las primeras horas de la mañana, el delegado portuario intenta abordar la nave, pero dos marinos armados se lo impiden. Le ordenan regresar a su oficina, donde luego se presentarán dos oficiales. Malhumorado y temeroso, el funcionario no tiene otra opción que volver sobre la escarcha y encerrarse en su despacho hasta que lleguen los misteriosos emisarios. Pasado el mediodía, cuando cierta calma rodeaba el puerto, dos hombres descienden del Villarino y se dirigen con paso decidido a la delegación portuaria.

El delegado los recibe en la puerta, donde había aguardado casi toda la mañana.

Sin mediar más que los saludos protocolares, los militares le entregan las órdenes del coronel Vintter, gobernador de Patagonia,

imponiendo que el Villarino se encuentra cumpliendo una misión bajo la más estricta reserva. Que nadie puede abordar o descender, ni conocer el cargamento ni el destino que lleva la dicha nave. Que todo el que interfiera con estas órdenes o sea visto merodeando por el fondeadero del Villarino, será objeto de un juicio sumario, y hasta podría enfrentar un pelotón de fusilamiento. Los militares regresan al barco.

La jornada transcurre sin novedad. Bajo cubierta, algo más de treinta soldados desacostumbrados a navegar deambulan entre pasillos estrechos, rodeados de un aire espeso que huele a vómitos, mierda y transpiración. Un ambiente cargado con los hedores que llegan desde las bodegas, donde caballos y vacas han roto sus compartimientos durante la agitada travesía y se mezclan y revuelcan, y mugen, y relinchan, y mueren sobre sus cuartos, sobre sus bostas, y sobreviven pisando su sangre, sus astas, sus vísceras.

La línea de la costa parece un párpado abriendo y cerrando los ojos de buey por donde afiebradas cabezas de bestias y de soldados buscan un poco de aire o de luz.

Al caer la tarde comienza el desembarco de animales.

Luego, la noche trae sus nieblas negras sobre El Dorado. Todas las naves ancladas en la ría mantienen iluminados sus cubiertas y mástiles. Todas excepto el Villarino. En silencio, en el enorme vapor comienza el desembarco de la milica.

Formados sobre la cubierta, los soldados reciben un golpe de aire helado, limpio como la hoja de un puñal que les atraviesa la tráquea y cristaliza el aliento. Respiran la niebla negra y exhalan el fantasma de la escarcha que anida en sus pulmones. Formados sobre cubierta, los soldados buscan más allá de la borda algo que les indique el paisaje en que se encuentran. O se preguntan si acaso todo ese viento helado que rebana sus narices y orejas es el aliento de la muerte, y si la muerte no será, acaso, un viento helado rebanando finamente sus orejas y narices por toda la eternidad.

La voz de mando llega apagada a los últimos soldados, llega cuando ya los primeros comenzaron a movilizarse. El desorden se pronuncia entre la premura por cumplir la orden apenas comprendida y la angosta pasarela de desembarco. Los primeros logran bajar con algunos tropiezos y formarse sobre el muelle. El amontonamiento sobre la baranda y la escarcha, y los empujones y la baranda estrecha y las voces de mando ahora enardecidas

sobre el congelado metal, y los golpes secos de dos cráneos golpeando allá abajo contra un bloque de hielo aprisionado entre el barco y el muelle. El hielo cede y la sangre se escurre al río junto a dos cuerpos inertes vistiendo uniformes de lana que no les darán abrigo.

Los hombres se forman en tierra bajo las órdenes de un suboficial. Más allá, hay peones a cargo de la tropilla y la hacienda que fue desembarcada al caer el día.

Cuando toca esta dispuesto, la silueta del oficial al mando comienza a descender por la planchada del barco.

Puesto un pie en tierra alguien le alcanza de inmediato su caballo.

Montando, el teniente coronel Lino Roa se presenta ante la formación.

Dice que partirán de inmediato. Que su misión será batir todos los rincones aguas arriba de El Deseado donde todavía se encuentran indios que no aceptan reducirse a Buenos Aires. Que por órdenes del gobernador Viamonte, se deberá tomar contacto con la tribu, reducirla evitando el uso injustificado de la fuerza y regresar con sus prisioneros a El Deseado donde serán embarcados con destino a Buenos Aires.

Que en caso de hallar resistencia, dice, la fuerza deberá estar dirigida a sofocar a los salvajes rebeldes, evitando el maltrato de mujeres, ancianos y niños, dice.

Roa habla pausado, firme y sin moverse de su caballo más que para contener los bríos del animal.

Habla y por detrás de sus palabras surge otra silueta. Un hombre de larga gabardina y sombrero civil. También monta de inmediato. Y se aparta de la formación sin esperar que el comandante concluya su arenga.

Promediando la madrugada, unos treinta hombres cabalgan por la margen de El Deseado rumbo al noroeste.

Dos hombres fueron enviados en avanzada para rastrear con sigilo la ubicación de la tribu.

Durante la mañana y casi toda la tarde, la rastrillada indígena fue clara y los llevó sin rodeos. Cerca del anochecer la compañía lleva avanzadas unas diez o doce leguas a marchas forzadas. El campamento se arma del modo más elemental posible con la prohibición de hacer fuego, para no ser advertidos por los indígenas.

Con las últimas luces del día, los rastreadores regresan y encuen-

tran a la compañía. Reunidos con los mandos, informan que hay una tribu unas dos leguas al noroeste, siguiendo el curso del río. Que en total serán unos cincuenta personas. Que no son muchos los hombres de lanza. Que con ellos tienen una tropilla de alrededor de 70 yeguarizos. Que no son manzaneros fugados, sino tehuelches de la región.

Roa despide a sus informantes.

A solas con sus dos suboficiales, les revela el carácter de la misión: se trata de la tribu de Orkeke. Uno de los caciques más conocidos en la Patagonia. Ha sido manso, pero el gobierno sospecha que protege o asiste a los manzaneros. Su captura es estratégica. Que el gobierno no quiere emplear la fuerza. Que deben mantener a su tropa bajo estricta control para evitar incidentes. Que él mismo tiene instrucciones para parlamentar con el cacique.

Que partirán de inmediato para rodear la tribu antes del amanecer. Que nadie dará una orden ni tomará una decisión sin su consentimiento, dice. Y eso va por usted también mister Andrews. Dice. La misión es tan grave por demás, como para permitirnos cualquier exceso. Téngalo presente, dice y mira detrás suyo. Allí, sentado sobre la montura que apoya en el suelo, Andrews simplemente toca su sombrero con la mano en un gesto de aprobación, mientras en la penumbra brilla su sonrisa.

Treinta

Tres días hace que El Italiano llegó al valle de E Deseado. Llegó desde el Chubut con su carro y sus mercancías y con noticias de un barco militar fondeado en el puerto de Rawson. Llegó diciendo que los galeses dicen que los militares preguntan por los tehuelches.

Hay que abandonar El Deseado y esconderse. Dicen los indios más jóvenes. El invierno sólo nos permite marchar hacia el norte. Dicen los más veteranos. En El Chubut tenemos amigos, sugiere Hoad y todos miran a Makal. Quizá ya no los tenemos, sugiere alguien.

Makal permanece en silencio.

El anciano Orkeke había postergado durante todo el invierno la travesía a El Chubut y El Carmen, y había instalado sus cuarteles en un valle aguas arriba de El Deseado. De todos los rincones llegaban noticias de persecuciones, matanzas, capturas, traslados mas'vos a Valcheta a Buenos Aires.

Al comienzo, el viejo cacique supuso que los ataques se dirigían solo contra los manzaneros de Foyel y Sayhueque. Pronto comprendió que Buenos Aires no se detendría hasta someter todas las tribus.

Estamos solos. Dice Orkeke. Los que resisten son matados por Buenos Aires. Estamos solos aquí, ellos han vaciado la tierra. Aquí ellos nos han traído un desierto.

Somos pueblo de paz, no somos gente de guerra. Esta tierra lo sabe. No entregaremos lo que somos. No seremos lo que no somos. No les daremos la guerra.

La marcha comenzó con la madrugada como Roca lo dispuso. Una avanzada se apostó sobre unas lomas desde las que es posible observar los toldos.

Cuando sólo faltan unas pocas millas para anochecer, un hombre de la avanzada regresa junto a su comandante.

Saben que venimos. Dice. Están todos los indios esperando que lleguemos. Pero no están armados. Sólo hay algunos montados y otros de a pie, en la entrada a los toldos. Saben que estamos llegando.

Roca ordena detenerse a una milla de distancia y echar pie en tierra hasta que termine de aclarar el día.

Desde su puesto en lo alto de la loma, un soldado observa a los indios que permanecen en el campamento, alumbrados por grandes fuegos. Son dieciséis hombres. Las mujeres están frente al toldo mayor. Están tranquilos, dice. Pero nos esperan. Señor, hay un carro de mercancías entre los toldos. Deben haberlo robado, señor. Señor, aquí pueden tener preparada una trampa. Hay que caerles ahora, mientras todavía está oscuro. Como hicimos otras veces, señor.

Roca ya sabe esto. Y el cielo anuncia que es el momento de poner fin a la Campaña. Orkeke será su última conquista personal. El último y más lejano cacique estará sumiso ante Buenos Aires. De Saihueque y Foyel se sabe que comandan sólo bandas de forajidos que huyen desesperados, y que tarde o temprano se entregarán o caerán bajo las armas del ejército.

Orkeke, piensa Roca en camota, manso figura del indio amigo, representante de la estirpe que aceptó compartir sus tierras con el hombre blanco, será todo un símbolo de la determinación con que gobierna Buenos Aires. Piensa Roca que si Orkeke es reducido, todos las demás tribus entenderán que la Campaña será implacable; que guerreros o mansos, todos quedarán sumisos a Buenos Aires. Esa es la importancia de la misión. Una operación digna de un estratega y ejecutada limpiamente por un oficial brillante, piensa Roca pensándose a sí mismo, y piensa en su regreso a Buenos Aires. Piensa Roca en cómo recibirá el presidente Roca los resultados de su misión. Piensa en su legajo sobre el escritorio presidencial; Piensa Roca viéndose en los grandes salones donde se agasaja a los héroes que regresan triunfantes del Desierto. Piensa en el banquete celebrado en su honor, el último centurión que aborrera las hordas salvajes en el lejano sur. Piensa Roca y se piensa mientras cabalga al paso por el cañadón que conduce hasta la tribu de Orkeke.

A media milla, la tribu parece estar tranquila. Ni los perros han salido a ladrarles. Al frente de los toldos, unos veinte hombres

están formados. Algunos de a caballo y otros de a pie. No llevan lanzas.

Roa manda hacer alto. Ordena a uno de sus hombres adelantarse y llevar a los indios el mensaje de que llega a parlamentar en nombre del Superior Gobierno de Buenos Aires. Si se niegan, se enfrentarán a las armas del ejército.

El soldado avanza caminando temeroso. No sabe cómo será recibido cuando llegue hasta los toldos. Un indio a caballo sale a su encuentro y el soldado se detiene paralizado. En los fortines de Buenos Aires hay expectación. A media distancia entre la tribu y los hombres de Roa, solo pueden observarse los gestos del soldado y del indio tratando de entenderse. Finalmente ambos se dirigen hasta los toldos. Con su catalejo, Roa observa.

Su hombre llega junto a los indios. En medio de los que están montados hay dos hombres. Uno anciano y otro joven. Hacia ellos es llevado su mensajero. Orkeke, supone Roa, y fija su atención en el rostro que alcanza a ver algo borroso por la distancia.

El cacique parece escuchar quietamente lo que su hombre dice de lo que dice el soldado.

El hombre joven a su lado parece susurrar al oído del cacique con gestos enérgicos y disgustados.

Finalmente, Orkeke habla. Mueve sus brazos hacia su gente, hacia el cielo y la tierra. Y señala en dirección a Roa que observa todo con su catalejo.

El soldado emprende el regreso. El mismo indio lo acompaña hasta mitad del camino y vuelve con su gente.

Dice que siempre ha recibido a todos, en paz. Que no entiende por qué debe dejar su tierra, cuando él la ha compartido con todos y a todos ha permitido vivir en ella.

Que no hay buenas intenciones si lo obligan a dejar su tierra. Que sus mujeres y sus viejos no podrán vivir en otra parte que no sea su tierra. Que acepta presentarse él solo ante el jefe de Buenos Aires. Pero que quiere garantías de que podrá regresar y que su gente permanezca aquí.

Cuántos son, Roa quiere saber cuantos son los indios armados. Los que se ven, señor. Dice el soldado. No parece haber más gente que esa.

Roa manda buscar a uno de los vigías sobre la colina.

El hombre llega y confirma que no se han visto otros indios en los alrededores.

Roa ordena marchar al paso a toda la columna abierta en amplios flancos. Ocupa él el centro de sus hombres.

Cuando indios y soldados pueden verse los rostros, Roa manda a hacer alto.
Manda que el cacique se acerque, mientras él avanza acompañado por un suboficial y un soldado armado.
En la fila de indios hay nerviosismo. El hombre joven junto al cacique intenta impedir que Orkeke avance. Pero el jefe indio lo aparta y montando su caballo avanza hacia el comandante.
El hombre joven y otro más lo siguen en sus monturas.
Frente a frente, cacique y comandante se estudian gestos, ritos, sutiles referencias que eluden las distancias del idioma.
El gobierno de Buenos Aires no acepta condiciones. La rendición debe ser acatada sin protestas. Dice Roa que se le transmita al cacique.
No se rinde el amigo ante el amigo, dice Orkeke que se le transmita al militar. No se rinden los hombres que tienen la bandera de Buenos Aires flameando sobre sus toldos. Dice. Que diga el comandante si viene a buscar a un amigo de Buenos Aires para certificar su amistad, o si viene a capturar a un enemigo.
Roa conocía la intrincada diplomacia indígena, pero no esperaba ser puesto en apuros políticos. Ante la disyuntiva planteada por el cacique, sus recursos de oratoria quedaban limitados a la mera reiteración de las órdenes recibidas.
Diga al cacique que el gobierno de Buenos Aires exige que Orkeke se presente con toda su gente, sin excepciones. Y que no se puede desobedecer lo que el Gobierno manda. Que la paz y la tranquilidad de estas gentes serán atendidas por el Gobierno cuando lleguen a la ciudad.
El plazo para desarmar los toldos y comenzar la marcha se cumplió en el mediodía.
Mientras hombres y mujeres permanecían ocupados en desarmar sus kaws, Roa mandó que una patrulla de sus hombres reuniera a toda la caballada que encontraran disponible y llevara el rodeo de animales camino al puerto.
Los soldados mantienen ahora un amplio cerco de vigilancia en torno a la tribu. Las mujeres son las más ocupadas en cargar las pertenencias de las familias. Llevan sus rostros pintados con franjas negras que bajan desde la frente o la barbilla y entonan lamentos monocordes que no cesan en toda la mañana. Sus hijos permanecen todos reunidos en torno a un fogón al cuidado de las más jóvenes.
Roa manda a sus hombres para que sólo carguen la imprescin-

rible. No quiere demorar el regreso a Puerto Deseado donde embarcará la chusma y los trapillos capturados.
Los subalternos han custodiado hasta ahora al cacique y sus capitanejos.
Roa interroga para entender cómo era que estaban avisados de que llegarían. Dicen que la madre de Orkeke los previno. Y dónde está esa mujer. Está muerta señor. Murió hace algunos meses. No aceptaré un engaño. Si mienten es porque ocultan algo y quiero saber qué es. Quiero saber quién se nos anticipó. Cómo es que nos estaban esperando cuando esta era una operación secreta. Cómo puedo explicarle eso al gobernador Vintter, soldado. Pregunte las veces que haga falta y sáqueles una respuesta posible.
Señor. Un soldado llega montando agitado. Señor, no está el carro de mercancías. Dice y jadea. Se lo han llevado. Intuyendo una respuesta a sus interrogantes, Roa manda buscarlo, perseguirlo y traerlo de regreso.
Pregunte qué hay en el carro. Que pregunte cómo consiguieron el carro. Pregunte cómo carajo trajeron ese carro hasta aquí y por qué lo ocultan. No quiero más mentiras. Pregunte y consiga la verdad, soldado.
Roa se aparta del grupo que rodea al cacique y busca a los hombres que vieron al carro por primera vez. Los hombres le enseñan los rastros que dejó el transporte al salir. En los alrededores hay todo tipo de mercancía esparcida. Vaciaron el carro para hacerlo liviano, señor. Quien se lo llevó es alguien que se escapó, señor. Quiero a esos traidores aquí hoy mismo. Cueste lo que cueste. Quien quiera que sea, nos ha delatado y eso ha trastocado todo el sentido de la expedición.
Señor, el inglés fue con la partida.
Andrews. No. Pero qué hace este hombre. Lo voy a fusilar por imbécil. Maldita sea la hora que me lo encajaron.

Treinta y uno

El carro regresa al anochecer. En él traen a un hombre desfigurado a golpes y una mujer atada de pies y manos.
Es el traidor, señor. Costo hacerlo hablar pero confiesa que el dio aviso a los indios de que estábamos en el Deseado. Es Italiano y anda comerciando entre las tribus.
Quién es la mujer. No sabemos señor. No es india pero quiso huir corriendo cuando detuvimos el carro. No habla español, señor.
Tráiganla a mi carpa. Puede ser una cautiva.
Amordazada y a la rastra, Gwen es llevada por dos hombres hasta la carpa de la comandanta. En su camino, busca con desesperación hasta hallar la mirada de Haad entre la indiada, y sus ojos regresaron con insistencia hacia el carro. Haad, el carro y Haad y el carro. Y ella con sus manos atadas en la espalda, ella con sus manos vacías. Haad comprende.
Qué hacemos con el Italiano. El hombre permanece inconsciente, con el rostro sangrante, tirado sobre unos cueros y lonas.
Déjenlo atado a un poste. Mañana veré qué hacemos con él. Me preocupa pasar la noche con esta gente aquí, suelta.
Que se preparen sus hombres. Nadie duerme hasta volver al Deseado. Quiero a la indiada en medio de todo, y alrededor armen los fogones que sean necesarios. Reparta tabaco y café entre la tropa. Y revisen bien que ningun indio tenga nada que pueda ser un arma. Si es necesaria maniatar alguna, no lo dude. Pero si es posible, hay que evitarla.
Cuando Roa regresa a su carpa de comando ya es entrada la noche. Encuentra a la mujer capturada, todavía atada de pies y manos. Ojos de un gris celeste, afilados como hielo, lo miran con un desprecio que hubiera creído imposible en un rostro que conserva cierta belleza europea.

Quién sos vos. Entendés lo que te pregunto. Quién sos. De dónde te trajeron. Cuánto hace que estás aquí.

Detrás de Roa llega Andrews. A qué fue con mis hombres tras el italiano. Roa lo increpa. A qué fue. Usted está bajo mi responsabilidad, mister Andrews, no puedo permitirle tomar esas decisiones por su cuenta. Soy responsable por su seguridad. Si usted quiere pasarla por aventurero, por favor, hágalo en otro sitio. Pero no comprometa esta misión, ni mi carrera ni a mis hombres en sus aventuras irresponsables.

Y ahora déjeme a solas con esta mujer.

Es bonita, comandante, tiene usted buen ojo para la belleza.

Por favor, no se tome esa confianza, Andrews. No todos los hombres somos de su condición, ahora por favor, aléjese de la comandancia y evite meterse en líos.

Los soldados se encuentran activos, unos preparando los fogones y otros ocupados en concentrar la tribu en el centro del campamento.

Orkeke y Makal colaboran en mantener la calma de su gente, aunque el joven capitanejo percibe la humillación de los suyos y lucha consigo mismo por resignarse ante la sumisión de su tío.

La noche, el ajetreo de soldados y la indiada. El fuego creando grandes lamparones de luz y recortando sombras espesas que fugan hacia el desierto.

Haad se incorpora en su extensa humanidad y lanza una rogativa a la luna menguante que fantasmea entre las nubes. Otras mujeres la imitaron y hay un momento de alboroto general, en que los soldados intentan recuperar el orden. Oculta por la sombra de Haad, una de las concubinas se escabulle y puede alcanzar el carro que había quedado apartado del campamento. Con movimientos fugaces trepa y revuelve cueros, lonas y mantas, y finalmente, en un hueco bajo del asiento encuentra a Uoshi'ho-Iwan, desvanecido por la sofocadón y los llantos desatendidos.

El tumulto organizado por Haad no se sostiene ya ante la represión de los soldados, y no pueden ofrecer resistencia al punto de desatar castigos entre la gente. Una a una las mujeres vuelven a sentarse en el centro del campamento. Las sombras que ofrecían el reparo para regresar a su sitio con el niño en sus brazos, desaparecen y la concubina queda en evidencia a mitad de camino. Andrews fumaba en un lugar apartado tras unos arbustos, muy cerca de donde la mujer intenta ocultarse. Con el llanto repentino, la criatura vuelve en sí al respirar libre el aire de la noche y delata a su salvadora.

De un salto Andrews cae sobre la mujer y la inmoviliza dando voces de alarma. Tomando el niño en sus brazos, arrastró a la mujer por la tierra hasta llevarla con el resto de la chusma.

Haad abre sus ojos desmesurados de terror. Orieke hace un intento por levantarse pero en menos tiempo del que lleva pensarlo, Makol ya saltó como un puma y pasando limpiamente por sobre la gente amontonada a su alrededor, derriba al inglés y con un movimiento veloz le arrebata al niño de sus brazos. La concubina lo recibe y sujeta con fuerza y aprovecha el caos para confundirse entre los suyos.

En abierta lucha, Andrews golpeó varias veces a Makol para sacárselo de encima, pero el indio lo sujetó contra el suelo y antes de que los soldados lograran detenerlo, hizo estallar una piedra contra el cráneo del inglés, que se abrió sobre la tierra como una nuez podrida.

Se necesitaron seis soldados para reducir a Makol y atarlo junto al italiano.

Roa es enterado de inmediato y lleno de furia se acerca hasta donde yace el cadáver del inglés. Maldito británico, y me cago en tu reina. Dice. Quién carajos me mandó aceptarlo. Dios. Nada podía salir peor, indios de mierda. Qué hiciste. Dice Roa. Por qué tenía que entrometerse en esto. Dice. Por qué carajo tuvo que venir hasta acá.

Quién lo mató. Dice Roa y es grandes zancadas llega hasta Makol con su sable desenvainado. Vos lo mataste indio de mierda. Te voy a degollar acá mismo, pedazo de salvaje.

Señor, es hijastro del cacique. Dice el teniente. Si lo mata podemos tener una revuelta esta misma noche. Permítame decirlo, dice el teniente, pero es necesario que lo piense hasta mañana. Tal vez sea mejor entregarlo al gobernador Vintter, para que él tome justicia y reivindique así el inglés. Si lo mata ahora, dice, sólo tendrá lo que podamos contar los soldados y nosotros, los suboficiales. Llévale algo a Vintter. Y que se pudra en Valcheta.

El amanecer es de llantos de niños, de fogones humeantes, de gente cubierta de neviscá, amontonada bajo los quillangos. Soldados acurrucados, malamente cubiertos por sus capotes. Y dos hombres atados a un poste, medio muertos por el frío.

Roa sale de su carpa. Tampoco durmió esta noche. Alguien le acerca un mate pero lo rechaza. Lleven al italiano y atiendo a su carro. Dice. Teniente. Preparen un palatón.

Qué hacemos con el indio, señor. Que se pudra en Valcheta.

Y con el inglés. Pregúntale. Entiérrenlo. Ese se va a pudrir aquí, por imbécil.
Un estampido de seis fusiles se pierde como el humo entre el cielo nublado. Ni pájaros hay que huyan espantados. En la carpa de la comandancia, Gwen llora en silencio. En la multitud de la tribu, Orkeke pierde su mirada en un saber que todo lo abarca. Que su lugar en el universo es ser el último de su gente. Y luego, nada. Humo. Y estampidos subiendo hacia el cielo cubierto de nubes. Humo y estampidos.
Haad protege a la concubina que a su vez protege al niño que llora por alimento y olor de madre. Otra mujer ofrece su pecho y algo del llanto se apaga. Quizá hasta que Gwen regrese con ellos, o el niño la sea devuelto.
Teniente, prepare la marcha. Deja cuatro hombres que se hagan cargo de poner fuego a lo que queda. Quemen todo y al italiano también.

Volviendo la vista atrás desde lo alto de una loma, Roa observa a poco más de una milla, la columna de humo negro que se alza en el sitio que abandonaron unas horas antes.
Cerca suya, por el valle, pasa el magro trofeo de su misión: la chusma de indios andrajosos; hombres, mujeres, ancianos y niños. Marchan con sus rostros pintados como última gesta de resistencia. Marchan entonando un lamento monótono y lastimero. Marcha Makol con sus manos atadas y sujetas a la montura de un caballo que lo arrastra. Marcha Gwen sentada en el fondo del carro, con sus manos sujetas por fuertes a los barandas. Marcha Haad, protegiendo a sus concubinas que cargan en sus brazos al hijo de Makol y de su mujer galesa.
Marcha Orkeke en su derrota final, sin elección para su sangre; el último retuerce hacia el abismo del olvido, la última morada posible para un pueblo que sólo quería vivir en paz. Erguido en su orgullo, el voluminoso jefe marcha pesadamente y deja tras de sí el último rastro que habrá de borrar el viento. El viento que sólo va. Golpean en su espíritu las palabras de Amakaki: el viento se lleva lejos nuestra sangre. El viento no devuelve lo que se lleva. El viento sólo va. No se puede hacer quedar al viento. Deja ir a tu sangre. Donde sea que se lleve.
Acampan en las afueras de Deseado para evitar las miradas curiosas. Roa y un escolta llegan al puerto y ordenan preparar el Villarino y el embarque de los prisioneros. La caballada ya se

encuentra en la bodega. La tribu es embarcada en las mismas cabinas que ocupara la tropa.

A la gringa cautiva la quiero en mi camarote. Y al indio asesino en el calabozo. A los demás los meten a todos bajo cubierta. No quiero que ninguno ande suelto bajo ningún pretexto.

Teniente, el cacique y su mujer ocuparán el camarote de los oficiales. Para señor, Encárguese de que no les falte nada. Usted se me va de a caballo con el resto de la tropa y hace una batida del territorio desde aquí hacia el norte. Arree toda indiada que encuentre hasta Valcheta. Si hicimos las cosas bien no tendrá nada de que preocuparse, más que de sus pucheros. Intente evitar contacto con la Colonia del Chubut. Allí llegaremos nosotros.

Lo espero en El Carmen con su informe.

La noche cerrada envuelve con tules de niebla a soldados e indios por igual. Los cantos lastimeros no han cesado en toda la travesía y las voces se apagan mientras se sumergen en las profundidades del buque.

Con sus manos amarradas y llevado con una soga al cuello por dos soldados, Maikal forcejea y se detiene un instante al pie de la planchada, y con el ojo que todavía tiene útil observa la enorme nave y su penacho de humo alimentando la oscuridad de la noche. Avanza nuevamente empujado por sus custodios, y pienso que jamás hubiera imaginado ver así cumplido su sueño de navegar el agua grande.

Es entrada la madrugada cuando el Villarino suelta amarras y pone su proa al norte.

Treinta y dos

Dicen que Buenos Aires ha limpiado de indios la cordillera. Dicen que por eso hay un nuevo gobernador en la colonia. Dicen que organiza una expedición para encontrar nuevas tierras en el oeste.

Todo eso dicen y que JB será el guía de la expedición.

En Glyn Du, donde he llegado a visitar a nuestra Madre Mary, luego de vender algunas pieles en Trerawson. JB se entusiasma al describirme los pormenores de la expedición. Dice que finalmente el nuevo gobernante veido de Buenos Aires cedió a las peticiones de los colonos y se ha formado una compañía de rifleros entre ellos para explorar el territorio. Dice que lo ha nombrado "baqueano" y que en recompensa recibirá una legua de tierra si encuentran valles adecuadas para una nueva colonia. Dice. Pero no dice por qué no ha regresado a Bryn Foch desde la muerte de nuestros amigos en Kal y Kaln.

Observo a Madre Mary preparar el té, la encuentro envejecida. Casi ha perdido la vista y tiene dificultades para conservar el hilo de una conversación. Sin embargo mant'ene bajo control los pormenores de la casa, dejando el resto de los asuntos a JB.

En torno a la mesa disfruto de la fragancia del té que Madre Mary prepara con heredada maestría, mientras aguardamos que JB regrese de los corrales y se una a nosotros. Madre Mary me pone al tanto de las trivialidades del vecindario, como le gusta llamar a los alrededores de Glyn Du, y también de Trerawson. Las novedades que se divulgan con cada reunión dominical en la capilla, donde, dice ella, casi siempre alguien le pregunta por mí. O me anuncia que pronto habrá una nueva capilla cerca de Bryn

Fach, donde podría yo asistir a las prédicas dominicales. Sé que esa es tu forma de preocuparse o reprocharme por mi renuencia a participar de los oficios religiosos.
Poco puede esperarse de un galés que ni siquiera tiene una mesa para cortar el pan en su cadw bach, o ya no lo llamas así. Dice JB que acaba de entrar sentándose a la mesa del té.
Las almas buenas siempre regresan al Señor, dice Madre Mary indiferente a la ironía de JB. También evito caer en ella y sólo atino a responder diciendo que junto a mi cama hay una biblia que releo con frecuencia.
La conversación deriva luego a la expedición a los Andes, y digo que seguramente harán una posta en Bryn Fach, como acostumbra todo aquél que se aleja del Valle. Tal vez así consiga que vuelvas a poner un pie en mi hogar, digo a JB antes de beber un sorbo de té.
Tal vez. Dice y sólo mira hacia afuera por la ventana. Dice que ha estado ocupado con los preparativos de la nueva expedición. Que va a casarse cuando regrese, dice poniéndose de pie. Que se ha prometido en matrimonio con una joven del Valle, dice, y se acerca a la puerta. Que espera tener una buena tierra en el oeste para poblar con ella. Es una mujer galesa. Dice. Y sin esperar mi respuesta se dirige a los corrales dando por terminada la mesa de té.
Disculpa a JB, dice Madre Mary. Ha cambiado mucho desde la muerte de sus amigos.
Madre, digo sin rodeos. Has sabido algo de Gwen. Madre Mary recoge las tazas de la mesa. Ha sido un duro golpe para todos aquí lo de estos tres muchachos. Por suerte no tenían familia en la colonia.
Madre, insisto. Alguien sabe algo.
Pero hay un nuevo gobernante de Buenos Aires, dice y envuelve los restos de tartas en papel de manteca. Dice el gobernante que ya se ha terminado la guerra con los indios. Dice y guarda en una lata los restos de tartas envueltos en papel manteca. Y dice que se podrá poblar los Andes.
Madre. Digo y le sujeto las manos. Madre. Quién sabe algo de mi hermana Gwen.
Libera sus manos y aprieta mi cabeza contra su pecho. Dice que semanas atrás un buque con soldados pasó por Trerawson y siguió camino al Deseado. Nada se ha sabido desde entonces. Vuelve a tu casa, hija, dice Madre Mary. Toma tu biblia y ora

por ellos. Nadie ha regresado de El Desecado. Dice, y me besa la frente.

Un par de semanas más tarde, treinta hombres y unos pocos asistentes acampan cerca de Bryn Foch. Se llaman a sí mismos la Compañía de Rifleros del Chubut, pero sólo lo parecen por los rifles que portan, y por estar a las órdenes del gobernante de Buenos Aires, un militar. Por lo demás, su aspecto sigue siendo el mismo que les conozco desde siempre. Me sorprende el despliegue de la expedición. Una gran tropilla de caballos y alrededor de veinte cargueros que llevan todo tipo de enseres para subsistir y también herramientas e instrumentos.

Los visito por la tarde del día en que partirán hacia la travesía, aprovechando la luna llena. Un pastor de la Colonia que iba camino a despedirlos pasó por Bryn Foch y me invitó a acompañarlo.

Es el pastor quien me presenta ante el gobernante, y me dice que se trata de un coronel del ejército de Buenos Aires, y me presenta también a otros vecinos de la colonia de quienes tengo referencias pero no conocía personalmente, ya que algunos habían permanecido largo tiempo en el norte, en Buenos Aires o en El Carmen.

Me dice el pastor que el gobernante me está haciendo una invitación para acompañarlos en el viaje a Los Andes. Rechazo la oferta excusándome en que no tendría los elementos necesarios para semejante travesía.

El tiene aquí todo cuanto necesita, dice JB apareciendo detrás de mí sin previo aviso, al tiempo que me palmea la espalda con gesta burlón. Tal vez no quiere acompañarnos por temor a dejar sola su propiedad, dice. Al ver mi expresión de fastidio, se aparta riendo sonoramente. Tal vez a nuestro regreso pasemos a visitarte con el comandante, dice JB. Siempre es bueno tener un sitio donde reponerse de las jornadas de marcha, dice el pastor que me dice el gobernante.

Ya no quedan indios, gobernante. Pregunto cuando estamos apartados del resto. No debe preocuparse por ellos, dice el gobernante, satisfecho. Ya se han entregado todos. Hasta el mismísimo Sayhueque se ha presentado al fuerte de Junín de los Andes, dice. Qué harán ustedes con ellos, pregunto. Serán incorporados al resguardo de nuestra civilización y bautizados en la Fe Católica, dice, y se infama bajo el uniforme. Señor-gobernante-coronel, yo he visto soldados maltratar a los indios, siempre desmedida,

siempre injusta injustificada, no podrá negarla, señor-gobernante-coronel. Digo, y estoy incómodo, estoy resoplando.

Señor.... Cuál era su nombre, pregunta. Dylan, señor, Dylan Evans, de Aberystwyth. Bien señor Dylan, sepa que ahora mismo algunos de sus amigos indios... Son amigos de la Colonia, señor-gobernante -coronel, digo. Algunos de sus amigos indios, dice el gobernante con impaciencia, están en Buenos Aires. Otros, dice, en reservaciones que el Superior Gobierno ha creado especialmente, como en Valcheta, o en Bahía Blanca. Pronto serán familias de ciudadanos laboriosos, querido amigo, dice el pastor que me dice el gobernante, y también palmea mi espalda mientras se aleja.

La Compañía parte esa misma noche sin que vuelva a ver a JB, más que a la distancia, exultante, activo, con el rostro luminoso por el deseo de llegar a Los Andes. Cuando parten muestran un gran ánimo y marchan bien organizados.

Temo que el señor-gobernante-coronel no volverá por Bryn Foch cuando regresen.

Treinta y Tres

Dicen que los boteros dieron aviso en Trerawson y de inmediato una multitud se precipita sobre el muelle. El Villarino, el buque de los militares, está fondeado nuevamente en frente al pueblo, y desembarca una cautiva.

Los líderes de la Colonia aguardan con impaciencia junto al delegado de Puertos y el comisario a cargo, en ausencia del gobernante que por esos días comanda una expedición a los Andes. Un bote avanza lentamente hacia ellos. En el centro, sentado pero con gesto marcial, se encuentra el comandante Roa. Detrás, sujeta por dos marinos, una mujer intenta zafarse y gime y grita, y sus gritos son cada vez más angustiantes cuanto más se acercan al muelle.

Una vez amarrada la embarcación, Roa sube al atracadero donde lo reciben los funcionarios del puerto y los líderes galeses de la Colonia. Los marinos ayudan o mejor dicho, luchan con la mujer para lograr que también abandone el bote. Finalmente lo consiguen arrastrándola y la acercan hasta donde está el Comandante.

Bestias del infierno. Devuélvanme a mi hijo, no me dejen aquí. Uffern dan, por los fuegos del infierno. Traigan a mi hijo, no se lleven a mi hijo.

Gwen forcejea con los marinos, hombres robustos que no hallan forma de sujetar a esta tromba de mujer que lanza maldiciones en una lengua desconocida, y espuma por la boca, y fuego por los ojos, y puñetazos y patadas en el idioma universal de furia.

Qué es lo que dice. Pregunta Roa al comisario de la colonia.

Nosotros nos haremos cargo, dicen los líderes. Y avanzan hacia la mujer. Qué es lo que grita, reclama Roa, e interpone su rostra

severo frente a los rostros impasibles de los líderes. Señor, nos haremos cargo de la situación, dice uno de ellos mirando a los ojos del militar con ojos grises de frío. Con su permiso. Roa mira al comisario y al delegado de puertos quienes asienten con disimulo. Mira a la mujer. Tráiganme a mi hijo, por favor, señor se lo ruego, Gwen convulsiona al borde de sus fuerzas.

Está bien, dice el comandante a los funcionarios. Esa mujer, dice adoptando un tono de autoridad, esa mujer ha sido rescatada de los salderíos indígenas por acción militar del Superior Gobierno de la Nación, bajo sospecha de haber sido cautivada contra su voluntad por los salvajes. Dice, Mi hijo Uaish'ho está en el barco, mochym asesinos, grita Gwen, Bajo el entendimiento de que ella es vecina de esta colonia. Cállate ás diawl, mujerzuela, Dice una voz de mujer entre la multitud, Y que no comprende ni se expresa ella en otra lengua que no sean la de los colonos o los indios, Dijes tú que me devuelvan a mi hija, tú, han llygoden vieja rota, He resuelto como comandante de esta campaña dejarla bajo la exclusiva responsabilidad de los líderes de la colonia del Chubut, Por favor, que alguien les diga que mi hijo está en el barco, Uaish'ho, Señor Comisario, ordena Roa, queda usted a cargo de vigilar que se le den los cuidados y protección que merecen, Mi hijo, Uaish'ho, no pueden llevárselo, mi hijo, Dos hombres del Comisario sujetan a la mujer con fuerza, Roa y los marinos vuelven al bote y parten de regreso al Villarino. Uffern dan, ardan con el fuego del infierno, no dites cardos mi hijo, grita y zafándose de quienes la sujetan corre y cae de rodillas sobre las maderas del muelle. Uaish'ho, dice Gwen abriendo sus brazos al cielo. Mi hijo, Y su cuerpo se afloja en un desmayo.

El Villarino vuelve a altamar y continúa rumbo al norte. Su próximo destino: El Carmen.

Durante algunos días, Gwen permanece encerrada en un calabozo al cuidado de la mujer del comisario.

Enterada del regreso de Gwen a la colonia Madre Mary abandona Glyn Du por primera vez en meses y acude de inmediato al poblado.

Madre Mary llega con dos de los Líderes de la colonia quienes le consiguen la autorización para ver a su hija en el calabozo.

La encuentra en la penumbra estrecha de una celda con paredes de adobe y sentada sobre el piso de tierra y envuelta aún en una mezcla de cueros y mantas, y Uaish'ho, mientras balancea su torso, Uaish'ho, al ritmo de un prolongado lamento, Uaish'ho.

Madre Mary la abraza, Hija querida, Gwen, mi hija. Dice y sollaza y la acaricia el pelo sucio y encrenchado, Ualsh'ho, Ualsh'ho, rubio y ceniza de la mujer que se mece y entona su largo lamento. Ualsh'ho, mustia Gwen, Ualsh'ho, Vendrás conmigo a Glyn Du, volveremos a casa. Ualsh'ho, Ualsh'ho.

Han pasado unas semanas desde entonces, dicen. Gwen permanece encerrada en su habitación de Glyn Du, negándose a salir. Madre Mary no insiste. Decide ir sola a la reunión dominical en la capilla. Orar sigue siendo un bálsamo para su alma que no comprende, pero acepta.
Llega a Trerawson en su volanta cuando casi todas las familias se agrupan para ingresar en el modesto local. Dicen que nadie se acerca para ayudarle a descender del carruaje. Dicen que ella se las arregla con dignidad. Que se dirige hacia la entrada y que todos se abren a su paso y le dan la espalda.
A punto de ingresar, Madre Mary se detiene en la puerta y vuelve su mirada a quienes la rodean. Mira sus rostros uno a uno. Hay murmullos, gestos de rechazo, risas mal disimuladas y procaces. A sus espaldas, el predicador se ha plantado cerrando el acceso a la capilla. Al volverse hacia él, le basta la mirada inexpresiva que el pastor le ofrece para comprender que ya no pertenece allí.
El juicio que hoy descargan sobre mi hija, será la vergüenza de sus corazones marchitos y secos como esta tierra. Cómo ha de pecar quien obra en el amor. No hay pecado en quien fecunda y arranca de su tierral un pedazo de vida. Pecado es la hipocresía de sus palabras, pecado es el que llevan en sus corazones al condenar una inocente que sólo ha vivido de la vida lo que pudo recoger de este magro suelo. No coma ustedes, que han creado comiendo el pan de prestado, robando granos al hambre de los otros. Amanda sólo cuanto es beneficio, alabando sólo cuando brota el trigo, y bajando los brazos, y entregándose cobardemente al abandono cuando más nos prueba la voluntad del Señor.
Que el cielo les perdone tanta miseria. Mi hija no ha nacido de mis entrañas, pero es la nueva vida que he sabido parir de esta tierra y con ella viviré el resto de mis días. No necesitamos de ustedes, no necesitamos de su bendición para saber que somos justas y bien vistas a los ojos del Señor. Calon honest, calon lân. Tomen sus salmos, dice Madre Mary arrojando el libro de himnos

a la cara del reverendo, Recen, y canten, canten muy alto y griten sus ruegos pues harán falta muchas alabanzas para lavar tanta vergüenza.

De regreso a Glyn Du, Madre Mary halla a Gwen desnuda en un rincón del patio, quemando las ropas que vestía desde su captura por los militares. La hoguera está en el mismo lugar donde tiempo atrás ardieron las pertenencias de Padre Daniel.
Madre Mary entra en la casa buscando algo con que cubrirla, y al regresar al patio, ya no la encuentra. Busca en todas las direcciones hasta que puede verla en el camino que lleva al canal. Cuando la alcanza, Gwen ya se ha sumergido hasta el cuello en las aguas poco profundas de la acequia. Madre Mary aguarda en la orilla mientras Gwen permanece de espaldas a ella, dentro del agua. Las mujeres guardan silencio por largo rato.
Madre Mary deja la manta y los prendas sobre un arbusto. Con movimientos pausados pero resueltos, se quita ella también sus ropas hasta quedar completamente desnuda. El agua helada abraza sus pies blancos, sus piernas blancas, su sexo olvidado, toma sus nalgas de papel y los mapas de su vientre y los peldaños de su espalda, eriza sus pezones sobre los pechos entregados y besa sus trenzas, su cuello de pliegues y repliegues.
Madre Mary sumerge su cabeza en ese brazo de río, y siente un bautizo en la extraña fe de los corazones puros. Gwen la observa impasible. Las dos mujeres quedan frente a frente. El agua las mece leves. Y el abrazo, y la cabeza de Gwen en el hombro de Madre Mary y hay canciones de cuna y el río es tibio y la tarde está limpia.

No soy de la tierra, Madre, debo dejar la tierra. El río es mi padre. Es junto al río donde debo estar, Madre.
Las dos mujeres están alrededor del fuego, en el patio, sentadas en el suelo del patio, mientras se cubren con mantas, mientras miran las llamas, mientras oscurece.
Quisiera que estés aquí conmigo, hija, aquí es nuestra tierra. Aquí llegará ¡B en poco tiempo. No quisiera ese encuentro. El te amaba, es cierto. El me odia, Madre. El no puede sentir odio por ti. Odia lo que soy, odia lo que hice. Eres su hermana. Odia lo que hicimos, y por eso odia a Makai, y a mi hijo. Es tu hermano. No, Madre, dejó de serlo el día que se enamoró de mí, no puedo estar aquí cuando regrese, tengo que irme. A dónde. Tengo que

irme pronto, ahora. A dónde irás, hija. Tengo que irme, debo irme. Gwen entra en la casa y te encierra en su habitación. Madre Mary queda junto a los rescoldos de un fuego que se extingue con el día. El frío lo invade todo, hasta tocar con su filo el frágil corazón de Madre Mary y llora y en silencio gime y en silencio llama a Padre Daniel y en silencio pesan sobre ella los edades geológicas del dolor.

Treinta y cuatro

El ejército es una manga de tucuras.

A su paso, al paso de las tropas uniformadas, turbas voraces, caóticas y tronantes, predadoras como langostas, queda el silencio.

Un manto de polvo cortativo cubre la vergüenza del paisaje. Un territorio que tiene más de incauto que de agreste, como cuando se sorprende a un niño salvaje comiendo junto a la mesa, en un salón de fiestas.

El silencio de ahora, la quietud que sobreviene a la devastación, están cargados de presagios. Es un cielo tormentoso de verano, en el que se anuncia el clamor de las tucuras por detrás del horizonte.

Así llegan: carros, vagones, cacharros, arreos. Hablan lenguas extrañas. Ni galés, ni tehuelche, ni mapuche, ni español.

Europeos del Báltico, del Cáucaso, de los Balcanes, turcos, sirios, italianos, españoles de otra España. La planicie se vuelve una Babel extendida hacia el horizonte. La tierra tiene nuevos nombres, las rastrilladas recogen otros rastros. Otras voces y otras bocas disputarán el banquete a las tucuras.

Treinta y cinco

Usted pregunta por La Cautiva, dicen riéndose los hombres en el boliche de un español, Esa no es mujer pa'cristiano, Bien, Esa está prometida pa'l Gualicho, Bien, de mis silencios, Si lo que anda buscando es mujer, puedo conseguirle algo mejor, Dice el español, Y se ríe. La Cautiva anda de tanto en tanto por acá, Dice, viene limpiar un poco la mugre de estos gauchos. Hoy estuvo en la letrina, y qué quiere que le diga, esa moza no huele bien, Dice y todos se ríen. Ríen a causa de ella y a causa de mí, ríen sobre las mesas del licor que enagua sus ojos enrojecidos, los hombres se ríen porque su mundo se sostiene en las cuatro patas de esas mesas, donde el culo de los vasos deja círculos de ambiciones, cobardías y traición.

Dicen que podría encontrarla cerca del amarradero de barcas, bajo un rancho de chapas y madera, dicen. Y camino sin poder creerlo hasta llegar a orillas del río. Allí está Gwen, arrodillada sobre una batea de agua jabonosa restregando ropa que no es su ropa. A su alrededor, sábanas, camisas, pantalones cuelgan en sogas tendidas entre los sauces. Más allá se acumulan desperdicios que el pueblo va arrojando sobre el río.

La veo desde la distancia y no me acerco, oculto entre los sauces llego hasta el río pero no me acerco. Mi corazón es una rata desesperada que muerde y me desgarra el pecho desde adentro, Quiere salirse de allí. Un animal enfurecido que intenta escapar del peso abrasador que lo oprime, y muerde mis órganos, mis músculos, mis costillas. Y mis ojos, que intento apartar de esa visión, vuelven otra vez, y otra vez vuelven a posarse sobre ese rostro enjuto de Gwen, esos brazos sin calibre, esos pelos que caen como lágrimas en mi rostro sobre su rostro.

No quiero que me vea, siento la vergüenza que ella sentirá si sabe que estoy aquí, y siento que es mi vergüenza la que inserta su lengua en mi garganta hasta asfixiarme, la que espuma mis huesos hasta disolverlos. Huyo, huyo otra vez. Me aparto de esta visión una vez más. Una vez más Gwen es causa de mi espanto y una vez más voy corriendo en los senderos junto al río y las sauces castigan mi cara y son ramalazos sus ramas y son azotes verdes a mis ojos cobardes.

Treinta y seis

Tal como supuse, los Rifleros regresaron al Valle sin entrar en Bryn Foch. Es necesario que baje hasta Glyn Du para encontrar a JB enredado en los preparativos de su casamiento y atendiendo asuntos de la chacra, luego de tres meses de ausencia.

Dice que han hallado un valle hermoso, al que llaman Cwm Hyfryd, que allí hay espacio para muchas familias, dice, y que le entregarán una legua de tierra a cada uno de los rifleros que participaron de la expedición, y otra tanto a los que la financiaron. Que los pastos se levantan hasta la barriga de los caballos, que las frutillas se extienden en alfombras dulcísimas, que las cumbres están nevadas y el agua baja de ellas con la fuerza de una fuente, directamente desde las nubes. Dice y no para de hablar, y de moverse entre herramientas y cajones, y dice que los bosques cubren todos los faldeos, y que con sus maderas podrían construirse ciudades enteras, que hay todo tipo de aves y campos abiertos para sembrar trigo del mejor, pasturas para engordar miles de cabezas de vacunos, millares, dice, millares.

JB se casa la semana entrante y partirá de inmediato a El Carmen para comprar allí varias de las cosas que aquí no se consiguen, o que los boliccheros cargan con sobreprecios. Nos robarán a mano armada, hermano, para iremos a Patagones y compraremos allí lo necesario para nuestro nuevo casa en Cwm Hyfryd.

Tienes que acompañarme a El Carmen, Dylan, No puedo, Seguramente habrá algo que necesitas comprar allí, No puedo, y me ayudarías a cargar mis cosas, No puedo, JB, no iré a El Carmen, Vamos, no empieces con tus mañas, es un viaje de solo quince días, lo haremos antes que llegue el invierno. No puedo dejar mis asuntos en Bryn Foch.

JB deja lo que está haciendo y me enfrenta. Tus asuntos, eh, pregunta. Ahora son tus asuntos. Eres un cobarde, dice, eres un mal-

dito cerdo cobarde. Retrocedo. Por qué no lo dices, pregunta y avanza sobre mí. Por qué no dices que no quieres dejarla a ella sola en Bryn Fach, eres cobarde; no has tenido el valor de defender a la mujer que te abriga por las noches, ni siquiera mencionas su nombre delante de nosotros. Sé que piensas que odio a los indios por lo que le hicieron a mis amigos, Dylan, sé que lo piensas, y tal vez tengas razón. Pero qué clase de hombre eres tú, Dylan, que le haces el amor a una india, No te atrevas JB, Qué clase de hombre eres que le haces el amor a una india pero te cuidas de esconderla en tu Bryn Fach, bien oculta a la mirada de los demás, No digas eso JB, me ofendes, Te ofendo, ti, acaso no piensas cómo la ofendes a ella, acaso piensas que mereces a esa mujer, acaso no piensas que me has ofendido todo este tiempo creyendo que puedes juzgar lo que siento por Gwen o por Makal, o por esa mujer en tu cama, o por quienes mataron a nuestros amigos, mis amigos. Ya no sé lo que guardo en mi corazón, Dylan, mis ojos han visto todo cuanto esta tierra puede quitarnos y ofrecernos, pero tú has elegido siempre el camino más fácil, No es cierto, me defiendo; Bajo la apariencia de un hombre ecuánime, te presentas en la vida como un buey que acepras lo que se presenta y como se presenta, sin intentar jamás cambiar el curso de las cosas, He trabajado mucho JB ya no quiero escucharte, Te quedaste en Bryn Fach porque estaba desocupada y a nadie le interesaba ocupar una tierra tan apartada y pobre, además tú no buscaste a Temo, ella vino a tu casa, y allí la dejaste quedar, como se quedan los perros que también llegan tu casa, Dylan.

Te pregunto, Dylan, la amas; Dylan, te vuelvo a preguntar, amas a esa mujer, crees que mereces ser amado por esa mujer; No es que tú seas un hombre manso aceptando su destino, Dylan, no quieras mostrarme eso, ten por una vez la dignidad de enfrentar tu propia cobardía, No quiero escucharte más JB, me voy, Vete, si vuelve a huir, pero ya no te atrevas a juzgar a nadie, vete a tu casa y dale un poco de dignidad a la mujer que amasa tu pan, y recuerda que aunque mi corazón esté reseco, en mi mesa nunca faltará un plato para un hermano, y para aquellos que el corazón de mi hermano sienta a mi mesa.

Huyo, es cierto, huyo de allí enfurecido de mí, de JB, de los perros que salen a despedirme, de Madre Mary que intenta saludarme cuando paso cerca de la casa sin detenerme. Furia del alma curtida a la intemperie, como un viejo madero del galpón que expuesto exhibe en su revés la podredumbre que lo degrada, los gusanos que lo habitan, la fetidez oculta en su penumbra.

Treinta y siete

Tama está en el centro del patio, de pie, sujetando un atado de ropas entre sus manos. Me está mirando, y mirando la casa y mira a Madre Mary que se le acerca y mira JB que a su vez la observa y Madre Mary la recibe y acompaña a ingresar a la casa porque ustedes tienen asuntos que atender, dice Madre Mary y nos mira, y nos mira Tama que se deja llevar sin decir nada.

Quisiera que no hubiera nada por decir, que JB no descargue otra vez su furia sobre mí. Quisiera no tener que hablar de nada que no sean los preparativos del viaje. Pero no.
JB, digo sujetándolo por el brazo mientras caminamos hacia los galpones. Se detiene a mirarme y como no digo nada intenta seguir. Tama es mi mujer, y la amo, digo y se detiene para mirarme. No he querido ser cobarde, JB, digo. Pero no he sabido ser valiente, ojalá pudieras comprender lo que intento decirte. Me escucha. Me mira. Sigue caminando, pero su mano repasa su cuello y su cabeza, como acomodando algunas ideas en su interior. Comprendo que no debo continuar hablando y sigo sus pasos hacia los galpones.

Es nuestro tercer día en Glyn Du y mañana partiremos con JB hacia El Carmen.
Madre Mary está buscando tener un momento a solas conmigo desde que comenzó el día. Lo encuentro finalmente tras el almuerzo, mientras JB alista sus cosas en los galpones y Tama prepara mate en la casa.
Yo fumo mi pipa en el patio, al reparo de un sauce.
Has hecho de ella una buena mujer, hijo, dice Madre Mary en

confidencia, tu galés es muy agradable. Deberías escucharla enojarse en su lengua, respondo intentando sonreír. Era ya una gran mujer cuando la conocí, digo, en Bryn Fach sólo aprendí nuestra lengua y ya algo de la suya, y a tomar el té, y la biblia que leemos cada noche, y por ella conozco los espíritus que la protegen, y los que la amenazan, ella ha hecho de mí un hombre. Un silencio nos ocupa por un momento mientras el viento barre hojas en el patio.

Por qué no la trajiste antes para que pudiera conocerla, pregunta Madre Mary, Por qué esperaste tanto tiempo para que yo lo supiera, Madre, intento hablar, tantas noches lloré temiendo por ti, imaginándote tan sólo en esa tierra apartada de todos y de todo, Madre no podía, El Señor sabe cuántas plegarias elevé en tu nombre para que te protegiese del infortunio, del frío, de las bestias, del hambre, Mary, yo no quería, Al menos ahora sé que has sido feliz en este tiempo junto a ella, acaso has pensado en tener hijos, pregunta y me pongo de pie, Madre, qué crees que está pasando aquí, qué piensas que ha pasado todo este tiempo, aquí en la Colonia, cómo podría animarme a venir con Tama aquí, arriesgándome a que la capturen los militares, a exhibirla como a un trofeo frente a los demás colonos, o condenarla para mí y para ella al rechazo de los vecinos, acaso no sabes dónde está Gwen en este momento Madre, No hables así, Acaso no sabes que ella es lo que limpia las mierdas de todos estos colonos que ensucian las letrinas, No puedes, los ojos de Madre Mary se agrandan con el peso de las lágrimas, me asaltan en su ruego pero no me detengo, no puedo, que ensucian las letrinas con sus vómitos y heces, luego de emborracharse a escondidas de sus mujeres y sus predicadores; Ella no, Acaso no sabes que es tu hija Gwen la que lava las ropas de las comerciantes, Ella no, y la ropa sucia de sus mujeres y la de sus amantes, Ella no quiso estar aquí, ella no quiso estar, Madre Mary cae sobre sus rodillas y se abraza a mis piernas, Yo no quise, no supe, ella se fue, yo. Tama sale con el mate, pero abandona lo que trae en sus manos para correr a mi lado, Gwen, mi pobre Gwen, mi niña. Tama toma a Madre Mary por sus brazos la ayuda a levantarse y la acompaña al interior de la casa; antes de entrar su mirada me reprocha, Es mi hermana, grito, Gwen es mi hermana, y gracias a que te ofrecí mi casa y mi silencio hay no estás en su lugar. JB ha venido hasta mí el escuchar las discusiones y me toma de un brazo, Déjame en paz, le grito también a él y me alejo hacia el canal, Señor, grito

al cielo, dónde has estado en este tiempo, cuál es la tierra que nos ofreces, cuál es tu paz, señor, cuál es tu paz, me dejo caer y el agua del canal me envuelve con el frío de su otoño.

Una semana más tarde JB, yo y algunos más seguimos el curso del río Valcheta hasta el fondo de su valle. Es un hilo de agua que no ha recibido lluvias desde el último deshielo, y todo verdor, si alguna vez lo hubo, ha perecido durante el verano. El viento alza nubarrones de arena desde las laderas y los arroja sobre nosotros, y más adelante, hacia donde nos dirigimos.
Así vamos llegando al poblado. Valcheta se ve a la distancia como un precario fortín rodeado de unos cuantos ranchos igualmente miserables y cubiertos de viento y tierra, como lo estamos nosotros. Allí esperamos tener un merecido descanso.

Treinta y ocho

Faltando poco más de media milla para llegar al fortín, descubrimos una cerca de alambre tejido que se levanta más adelante; uno de sus lados bordea el camino casi hasta la entrada del pueblo, y mientras que el otro se adentra en el desierto hasta perderse en la nube de arena que el mediodía levanta por el oeste. La curiosidad nos hace dirigirnos hacia la valla que se alza hasta diez pies del suelo polvoriento. Uno de nosotros dice que ha ser un corral para encerrar avestruces, o guanacos. Y nos parece razonable, ya que el comercio de plumas y pelos es rentable por estos tiempos.

Un poco más adelante desmontamos y seguimos andando con nuestros caballos, vagones y la tropilla de refresco. Tenemos hambre y entre el viento marrón adivinamos las casas allá, al final del camino. Caminamos junto a la cerca para no perder el rumbo. Nuestros rostros cubiertos con pañuelos húmedos para poder respirar en medio del terral que se agita con el viento helado del suroeste. Marrón el viento, marrón el cielo, el aire, el suelo. Vamos como siluetas que se escurren en una pesadilla, en silencio, con sólo el mullido golpear de los zapatos y las cascos en la sed de la tierra.

Pocos pasos delante de mí, uno de los muchachos da un respingo que ahuyenta a su caballo, mientras él queda sentado en la tierra, retrocediendo como ante la presencia de una serpiente.

Tardamos un instante en reaccionar y comprender. Jô se acerca primero al compañero caído y tras él vamos el resto, excepto un par que se quedan tratando de sujetar los caballos espantados.

En el instante que nos acercamos a ayudar a nuestro compañero, un murmullo comienza a levantarse por sobre el bramar

del viento y se vuelve una multitud de voces implorantes, sordas, lastimosas.

Entonces vemos: entre los resquicios de la valla de alambre, manos y brazos huesudos, sucios y repulsivos, apenas visibles en el color del aire y de la tierra, se extienden hacia nosotros; y luego más atrás, como si tales manos y brazos no les pertenecieran o fueran entidades diferentes, rostros famélicos de ancianos, o de mujeres, o de hombres, o indefinidos murmurando o rezando, o rogando.

¿Qué quieren? ¿Quiénes son? ¿Qué hacen allí? ¿Qué quieren? ¿Quiénes son? ¿Qué? ¿Quiénes?

Nuestros corazones vacilan entre el asco y la misericordia. Nuestras mentes no creen lo que ven estos ojos.

El olor a carne vencida se apodera del aire y cuesta respirar, aún con los pañuelos cubriéndonos los rostros.

Poco bara chiñor, alcanzo a entender hacia mi derecha, poco bara chiñor, alguien grita; y también otros han entendido lo mismo y nos miramos. Quien sea que ruega por un poco de pan, lo hace en galés, nos ha escuchado hablar y sabe que nunca nos falta un trozo de pan en nuestras alforjas. Poco bara chiñor poco bara chiñor, repite la voz, poco bara chiñor, chiñor, chiñor, y se acelera cuando nos dirigimos hacia ese lugar. Poco bara chiñor poco bara. Siento pasar a JB a mi lado, como urgido por una tragedia. Se detiene a pocos centímetros de la cerca, frente al sitio de donde procede la voz. Le veo acercarse más aún y antes de que pueda pedirle que no avance, le veo tomar con firmeza dos de las manos que se extienden desde el otro lado del alambrado.

Lo veo besar esas manos, le veo que se arranca el pañuelo de su cara, le veo reír, y llorar y gritarme que es Makol, ¡Makol, Dylan! ¡Es Makol!, ¡está vivo! Y llora, y cae de rodillas junto al alambrado y al otro lado un espectro terroso cae también como en la imagen de un espejo pulido en el aire por la arena y el viento, dos figuras alzadas en la mugre del desierto, llorando lágrimas de barro, con sus brazos tejidos entre el alambre, Bara, pan, hermano, toma tu bara, hermano mío, mi pan, mi hermano, y agua, tu pan y traigan más agua y más pan, ¡todo el pan! Traigan más. Aquí la gente está muriendo, hermano JB, la voz que escucho es apenas el aliento que arrastra su garganta. Makol no habla, apenas respira sus palabras. Muere la gente, los ancianos mueren, mueren los niños y las madres de los niños.

Tienes que venir con nosotros, Makol, te voy a sacar de aquí. Gwen fue regresada a la Colonia, volverás con ella, hermano.
¿Uaish'ho? ¿Está con ella? ¿Ella tiene a mi hijo?
Tu hijo no ha vuelto, Makol, hermano mío. Nadie sabe de él.
Los ojos de Makol se vuelven dos pobres piedras muertas. Estamos muriendo, dice. Nos dejan morir. Nos hay después aquí, hermano JB. Cuando mueren los niños ya no hay después.
La arena trepada al aire del mediodía no es clemente con el dolor de los hermanos, y nos arroja de sus entrañas un jinete uniformado de su misma tierra que galopa junto a la cerca ¡Salgan de ahí, carajo! Dice el viento que llega del lado del poblado, arrancando chispas del alambre con el sable que golpea como sus alaridas, ¡Salgan de ahí, mierda!
El caballo golpea a JB y éste rueda bajo sus patas mientras el jinete continúa blandiendo el sable sobre nuestras cabezas. Los espectros de Makol y su gente se apartan del cerco y son devueltos a la oscuridad de la tierra en el aire del mediodía.
Finalmente alejados de la valla, miramos al jinete que se pasea ante nosotros, sin dejar de amenazarnos con su arma. ¿Qué hacen aquí? ¿Qué creen que están haciendo? No pueden estar acá. Váyanse o los meto presos a todos.
Mi hermano, dice JB en un lastimoso español, dando un paso delante de los demás y señalando hacia el interior de la cerca. ¿Tu hermano? Ja ja ja. Ahí sólo hay indios, ¡infeliz! Dice el soldado criollo acercando su caballo hasta casi atropellar a JB. Ese está ahí porque mató a un hombre. Y si decís que es tu hermano, vos deberías estar con él ¿Querés ir con tu hermano? ¿eh, gringo marica?
No es cierto, Makol no mata gente. Mentira usted.
¿Mentira? Preguntale a él. Sí que mata, y mató alguien importante parece, porque lo quieren mandar a fusilar. ¿Igual querés que te meta adentro con tu hermano?
¡Makol! ¿Cómo es que has matado, hermano? ¡Diles que no es cierto! Pero detrás del cerco de alambre y polvo, sólo aúlla el tiempo.
Un inglés, mató a un inglés amigo de un comandante.
¡Andrews!, exclamo yo. ¡Mató al maldito Andrews! ¡JB! Makol ¡Mató a Andrews! ¡Lo fusilarán!
Tenemos que sacarlo de aquí, dice JB y se vuelve hacia el soldado. Mi hermano, libre, dice JB. Quiero a mi hermano, libre. Yo Pago. Dice y busca entre el cargamento de uno de los vagones.

Libre mi hermano, sigue diciendo y extrae un quillango de los que llevamos para vender en El Carmen.
Mi hermano libre, dice y le ofrece el quillango al soldado.
¿Y para qué quiere yo un pedazo de cuero pintado? ¡Gringo infeliz! ¡Dejate de patanganas! y andate de acá, o te enclarro con tu hermano, carajo! Mi hermano libre, insiste JB. ¡Para no ves que no te alcanza con eso, gringo rotoso! Gritó una vez más el soldado avanzando con su caballo y el sable en alto.
Un estampido lo detiene en seco. Iwan tiene aún su arma en alto, con el cañón humeante, de pie sobre el pescante del vagón. El estruendo del disparo al aire lo congela todo: el viento, nuestros corazones, el caballo del soldado, su jinete y el sable como colgando del nubarrón de polvo suspendido e inerte. ¡Ah, pendejo! El soldado, sorprendido, retrocede en su caballo mirando a Iwan. ¡No te andás con chiquitas vos, gringo chordeta!
JB se recupera en su postura y vuelve a cargar sobre el uniformado. Mi hermano libre, quiero. Yo pago. Vos suelta.
Los ojos del soldado muestran un brillo ante la idea de un soborno. No quiero cueros. Dame monedas ¿Tenes monedas? No quiero cueros. Monedas, ¿me entendés, gringuito? Y nadie se entera de esto. Ahora no, monedas. Después. Después de mañana. Yo traigo monedas.
¿Qué haces, JB? le pregunto tomándolo por el hombro, intento ganar tiempo. Quiero liberar a Makol, Voy a pagar por él, quiero llevarlo de nuevo con nosotros. Quiero que vuelva con Gwen. No puedes, JB. No puedes, no así. Si mató a Andrews como dicen, entonces los militares deben estar furiosos con él. ¿Y qué harás con el resto? ¿También pagarás por ellos? ¿Realmente crees que lo dejarán ir con nosotros?
Ahora Makol le es más útil vivo que muerto. Este tipo sabe que si mantiene a Makol con vida, a nuestro regreso tendrá su dinero. Pero muerto, Makol no le sirve de nada. Y eso nos da tiempo a nosotros.
Cuando regresemos de El Carmen vendremos aquí y pagaré por él.
Me aparta bruscamente y corre hacia la valla montando al soldado en su montura. Aferrado a los alambres JB grita hacia el remolino pardo de arena que nos envuelve como un quillango frío.
¡Makol!, ¡Volveré a buscarte, hermano! ¡Voy a llevarte con Gwen! ¡Makol!, ¿Me escuchas? ¡Volveré para llevarte al Chubut, con

nuestra madre, volverás con Gwenl ¡Volverás a Glyn Du, tu casa! ¡Basta, che, gringo! Si querés ver libre a tu hermano váyanse ahora, porque se está viniendo el capitán, y con ese no hacés negocio. ¿Qué dice? Pregunto JB sin sacar los ojos de la cerca de alambre. Dice que nos vayamos, que vienen más solcados, traduce Iwan echando a andar su vagón.

Y traé monedas, gringuito, muchas monedas. Dice el soldado y ríe. Muchas monedas. Dice y gira su caballo, mientras JB vuelve a montar el suyo, pero antes de espolearlo, un galope precede en la tormenta de arena a la aparición de otros diez jinetes, todos uniformados, armados con carabinas.

Uno de ellos, un capitán, da la voz de alto, y todos nos detenemos. ¿Qué pasa, sargento? Oímos un disparo desde el fortín, dice el oficial. Una bala perdida, capitán, responde el sargento. Se le escapó a uno de estos gringuitos que vienen de El Chubut y van para El Carmen.

¿Y qué hacer merodeando la reservación? Ahora el capitán se dirige a nosotros. Iwan traduce y responde. Alambrado no pierde rastro, señor, vamos poblado por comer, señor. Síganos, ordena, y los seguimos.

El paso lerto de los caballos golpeando la arena reseca, los carros rodando en sus ruedas sofocadas, el viento zumbando como la voz de Dios, el rítmico tintinear de los correajes, y por sobre eso, por detrás y por debajo de todo eso, atravesándonos, como una mano helada e invisible, un clamor, un murmullo plañidero, el rumor de la tierra sollozando.

Y de pronto el viento, solo. El viento era hasta hoy el silencio estepario. El silencio no existe aquí. Ahora es el viento guardándose para sí las últimas voces dulces que por milenios dieron nombre a cada cosa en este suelo. El viento será la eternidad de su aliento. Su página de aire, gramática helada de sus verbos; será la partitura de sus risas, y la tinta derramada de sus llantos. Mañana tal vez se perderán estas palabras mías escritas en el papel; serán mañana alimento de polillas y roedores. Pero no sus voces: su palabra estará escrita en la erosión y en el polen, en la nieve y en la tierra; en la bruma de los acantilados, en el vibrar de una fina rama quebrándose de otoño por los siglos.

Alguien del grupo recuerda que desde la noche anterior no hemos probado bocado, y frente a nosotros hay una fondo miserable, y apetitosa.

Treinta y nueve

El comandante llegó ayer al Fuerte y no atiende a nadie.

Vamos JB, no es conveniente. Dígale que somos galesas del Chubut. No atiende a nadie; está con otros asuntos más urgentes. Vámonos de aquí. Dígale que volveremos más tarde. Cuando JB insiste lo mira perplejo. No entiendo qué se propone.

El grupo decide hacer noche en Valcheta y eso aumenta las posibilidades de ver al comandante o a quien sea necesario para rescatar a nuestro hermano Maikel, pero también las posibilidades de tener problemas con los militares. Ahora se sienten triunfantes en su guerra contra los indios, y están envalentonados, y no toleran las más mínimas discrepancias.

Después de comer algo preparado al pie de nuestras monturas, armamos un provisorio campamento cercano al boliche. Iwan y dos más van por provisiones, mientras JB y yo averiguamos de qué se trata el gigantesco corral donde tienen prisioneros a Maikel y sus hermanos.

Vamos conversando con criollos de diferentes oficios que hallamos en las casas o en la fonda. Cada uno nos dice algo diferente sobre el número de prisioneros y las razones.

Son cinco mil, son cincuenta, son quinientos; Son mujeres y niños; son viejos y mujeres y niñas; son la chusma que se entregó;

Los dichos son precisos en cuanto a su destino: mueren como moscas; mueren de tristeza; no, mueren por la peste india; no, mueren de hambre; no, los están matando de a poco, por las noches. Se mueren.

Alguien dice que si queremos liberar a alguno de ellos, hay que comprarlo. Que han llegado estancieros de El Carmen y Bahía Blanca, y hasta de Azul, buscando indias para los trabajos de

sus casas, y que se llevan hasta los intelectos. Que por los indios jóvenes pagan fortunas.
Dicen que indios no, que esos no los venden a no ser que sean viejos.
Los indios que no mataron en la campaña se los llevaron al norte, a los ingenios del Tucumán.
¿Acá? ¿Indios jóvenes acá? Si alguno hay, es que se mandó algo grave, dicen, jodido, dicen, ese está condenado, dicen. A esos los fusilan los milicos, o se los llevan al desierto y de ahí no vuelven más. ¿Milicos? Pregunta Iwan. No entendemos.
Milicos, dicen, milicia, explican, soldados.
¡Ahí Iwan cree comprender. Soldado, milico.
Milicos, sí. El criollo nos mira extrañado.
Habla con el sargento, dice, pero no digas nada a nadie.
Sargento milico, dice JB.
No, a él no le digas milico, a ver si se ofende. Sargento no milico, intenta Iwan.
Sí, es milico también, che, pero usted no se lo diga, se enoja mucha.
Sargento pero no decir milico. Milico es palabra poco buena.
Nosotros les decimos milicos, pero a ellos no les gusta.
No gusta ser milico, pero es sargento. No entiendo ya. Pero no digo milico a sargentomilico. Eso sí entiendo.
Bueno, como quiera, dice el criollo ya fastidiado. Pero a lo mejor si son discretos y lo tientan con algo de plata, el sargento les da lo que le piden. Pero tiene que tener mucha morocha, gallenso. Mucha moneda.
Necesitamos dinero, dice JB con su cabeza apoyada en la montura fumando a la luz del fuego que calienta el campamento. Iremos a vender nuestras cosas en El Carmen y luego volveré por Mako con dinero suficiente. Lo miro sin decir nada. Sé que cuando habla como pensando en voz alta, JB no hace sino aumentar bajo las estrellas su determinación. Y ya no hay quien pueda cambiar su voluntad.

Cuarenta

Una semana más tarde nos recibe en El Carmen una familia irlandesa que lleva allí algunos años dedicados al comercio.
La felicidad de hallarnos sentados ante una mesa, con un bien servido té y las exquisiteces que mistress Brown prepara para nosotros disipa por el momento las urgencias de JB y nos permite reparar en cuánto extrañamos nuestros hogares.
mistress Brown, Dorothy Bynnon en realidad, está feliz de que aceptáramos su hospitalidad. Ustedes llegan por primera vez aquí y me complace recibirlos.
Dasaues de todo, dice, tiene sangre galesa. Dice que su abuelo, James George Bynnon, fue un marino galés que abandonó la flota de la Compañía de Indias para pasar sus buenos tiempos al servicio de la marina Buenos Aires, en sus batallas contra el Brasil.
Su esposo, Alec Brown, resultó ser nieto de otro marino, importante según mistress Dorothy: William Brown, almirante de la marina de Buenos Aires.
Unidos por el mar y por la sangre, dice mistress Brown, acabamos viviendo a orillas de un río y de un desierto.
Esta noche mister Brown ha querido compartir la cena con nosotros y nos reunimos en torno a su mesa. Cuando acabamos nuestros platos terminamos también de conversar acerca de la colonia, y de El Carmen, como dos mundos similares y diferentes.
Mister Brown se interesa por el asentamiento en Los Andes, del que JB ha dado muchas precisiones. Toda colonia necesita de buenos proveedores, dice, tal vez sea interesante tener amigos allí.
El hombre ha prosperado bastante y hasta tiene sus propias embarcaciones con las que suele transportar sus mercancías a Buenos Aires o Bahía Blanca.

Luego de negociar algunos precios, decidimos comerciar directamente con él nuestras pieles y alumas, y comprar una cantidad importante de enseres y materiales necesarios en la Colonia o para las familias que preparan una nueva vida en Los Andes.
Mientras los hombres intercambian pareceres, mistress Brown permanece en silencio, sus ojos clavados en la nada. Tan profundo se volvió su mutismo que poco a poco todos callamos y dirigimos hacia ella nuestras miradas. Una noche, dice de pronto, hace de esto unos quince años, trajeron a este pueblo un niño sobreviviente de un naufragio. Sus padres habían muerto ahogados y nadie supo aquí qué hacer con él. Entonces recordé que en el Chubut, había galeses que podrían darle cobijo.
Nunca supe de él, dice la mujer ahora mirándonos uno a uno. Nunca supe quién era, ni quién es ahora, si es que aún vive.
JB es el único que percibe mi perplejidad más absoluta. El único que recuerda mi origen y mi conmoción. Su mirada no se aparta de mi rostro. Es como si la voz de mistress Brown abriera de pronto en mí un calabozo hacinado de fantasmas. Me pongo de pie mientras todos me miran sin entender. mistress Brown, digo. Yo soy ése de quien habla.
La mujer no reacciona de inmediato. Mira a JB, a mister Brown, a Iwan, a Jenkins, a los otros. Pero no a mí. En un gesto irrefrenable intento cubrir su boca con las manos como reprimiendo una exclamación y en un mismo movimiento se incorpora de su silla y corre hasta mí para abrazarme. Hijo mío, dice sollozando, Hijo mío, Cada noche de mis noches oré al cielo por bendiciones para tu vida, para que te diera el don de la vida, donde fuera que estuviera tu destino, Nunca jamás supe siquiera si estabas o salvo, Nadie volvió para decirnos que estabas en Chubut. Hijo mío, dice y me palmea los brazos y me abraza y me acaricia el rostro y devuelvo su abrazo.
Tengo una buena familia, mistress Brown, él es mi hermano, digo señalando a JB. Su madre se ha encargado de mí como si fuera un hijo de su sangre.
Ha de ser una buena mujer, dice mistress Brown y toma mis manos para besarlas y luego se aparta. Espérame aquí, dice con cierto entusiasmo y se dirige a otra habitación como si de pronto recordara algo impostergable. Regresa de allí trayendo en sus manos un pequeño cofre que abre ante mis ojos.
Adentro hay una gargantilla con la pequeña imagen de un dragón labrado en plata. No puedo evitar una sonrisa y un estreme-

cimiento. La misma figura que he visto en libros e imágenes de la colonia en el Chubut. Y también. Y también antes. Antes del mar. Y también antes de las tormentas. La imagen que brilla ante mí, había brillado antes, estoy seguro, mucho antes, en la punta de mis dedos, y en la certeza de haber sido amamantado con la silueta de un dragón jugueteando ante mis ojos.
Varias semanas después de que la recogieran del mar, dice la mujer mientras retira la gargantilla del cofre, un grupo de hombres que recorrían las restingas buscando mariscos halló un cuerpo enredado a las rocas.
No sé cómo decirlo, hijo. Sólo fue posible reconocer que podría tratarse de una mujer. Sólo sé que llevaba este colgante prendido a su cuello.
Targa lágrimas. mistress Brown llora conmigo. JB Toma mis hombros y me sostiene. Lo abrazo mientras cierro mi puño sobre el dragón hasta sentir el dolor de sus alas, garras y cola clavándose en mi piel.

Ahora sé que mi madre me ha protegido todo este tiempo. Que regresó del vientre marino sólo para que este dragón llegara a mí.
El silencio se hace prolongado cuando todo ha sido dicho, y cuando el destino rubrica su voluntad con tales episodios. Mister Brown propone salir al fresco de la noche a fumar.
En el silencio, las estrellas pasan sobre nosotros como ojos incrédulos, o tristes, o amables. Los miramos para no mirarnos y el humo del tabaco asciende denso y vaporoso llevando a las alturas lo que nuestras voces callan.
JB nos recuerda que debemos concluir con nuestras tareas en El Carmen. La imagen de Maxi en Valcheta nos regresa a la urgencia de nuestra empresa.
Mister Brown ha permanecido atento a nuestra conversación en galés. Nos ofrece enviar nuestros bultos a El Chubut en una de sus barcazas. Tantos años junto a una noble y testaruda galesa que he debido aprenderme el idioma de los viejos celtas para compartir sus oraciones y protegerme de su carácter, dice a modo de disculpa por la intromisión en nuestros asuntos.
Aceptamos la oferta y la disculpa. No teníamos intención de ser discretos.
Nuestro anfitrión nos ofrece una de sus barcazas para transportar por la costa los suministros que compramos, hasta Trerawson.

Todo por unas pocas monedas ya que, dice, me interesaría conocer personalmente El Chubut y hasta quizá entablar alguna relación comercial allí.
Estrechando nuestras manos, cerramos el trato. Sin embargo, dice mister Brown con el ceño fruncido, no puedo desentenderme de cierto asunto que dicen tener en Valcheta.
No quiero parecer indiscreto una vez más, pero presumo que se trata de algo serio con las autoridades.
JB resume brevemente la situación de Makal, enumerando los puntos más relevantes y evitando mencionar a Gwen, quizá por pudor, o por dolor.
Mister Brown parece preocuparse aún más al escuchar el nombre de Roa.
Pobre infeliz, dice simplemente, pobre infeliz.
No entendí si se refería a Makal, o si el pesar estaba dirigido al propio Roa.
Cruzamos nuestras miradas con JB. El silencio parece advertir a mister Brown de nuestra incertidumbre.
Parece que no están enterados. No saben nada de lo ocurrido a Roa en Buenos Aires. No, no sabemos. Sólo que tiene preso a nuestro hermano y tiene intenciones de fusilarlo.
Ese indio que tienen como hermano está destinado a morir. Roa no dejará que viva. Ese muchacho indio es la causa de su mayor ruina.
Volvemos a mirarnos con JB y nuevamente a mister Brown reclamando más detalles.
Orkeke murió en Buenos Aires, dice, y JB estruja mi brazo mientras su rostro se desfigura de dolor. Pero no sé qué mano estruja mis vísceras abajo al en qué se ha transformado mi cara. Mister Brown comprende que sus palabras han herido nuestros corazones. Lo siento. No sabía que también le tenían aprecio. Aquí era un indio manso para nosotros. Él y su familia siempre eran bienvenidos.
Haciendo una pausa, nuestro anfitrión nos ofrece cigarros y enciende el suyo. Roa pretendió desembarcar en Buenos Aires con sus tehuelches como prisioneros, relata Mr. Brown. Quería ofrecerlos al presidente Roca como su mayor trofeo: la última prueba de que la Conquista había terminado.
No contaba con que en Buenos Aires había hombres muy influyentes que cortejaban al cacique tehuelche y sentían una gran estima por el indio.

Nada más atracar el Villarino en el puerto de Buenos Aires, Roa fue recibido con abucheos por una multitud que aguardaba en el muelle la llegada de Orkeke. Luego, fue descalificado por sus superiores, denostado por los políticos, vilipendiado por la prensa, y finalmente sancionado con arresto que debería cumplir en los mismos calabozos de su fuerte, en Valcheta.

Dicen que el general Vintter se ha apiadado de su subordinado, y sólo lo mantiene confinado en los límites de su cuartel. Pero todo indica que allí espera ser degradado por el gobierno de Buenos Aires.

Qué ha pasado con la gente de Orkeke, pregunto. Sabe qué ha pasado con ellos. Su gente fue dispersigado, las mujeres y niños entregados como servidumbre entre familias de la ciudad y los hombres enviados a las plantaciones del Tucumán. Nadie ha vuelto al sur.

JB aprieta mi brazo y muerde sus labios hasta que se aferra a mi hombro y llora. Mis lágrimas son de la noche.

Pienso en Orkeke el bueno, en Head y su enorme figura esperándonos en su toldo, pienso en Kaoken, la bella. Y en Makol y su destino; y pienso en Roa con la vida de Makol en sus manos.

Mis lágrimas son de la noche.

Pienso en Roa frente a un espejo, observando los detalles de su uniforme de gala, esperando ser degradado en unas pocas horas, quizá las mismas horas que a Makol le quedan de vida. Mis lágrimas son de la noche.

La mañana es fría y clara. Iwan y el resto de los que vinieron con nosotros irán en las barcazas con nuestro cargamento. Los vagones serán desarmados y cargados también en una de las embarcaciones.

Mister Brown cierra las cuentas y todos quedamos satisfechos. Llevamos mercaderías casi por el mismo valor de las pieles y plumas que trajimos. Todos menos JB que espera en la puerta del almacén.

Mister Brown estrecha las manos de los muchachos y deja que sus peones los ayuden en el embarque.

De regreso al almacén, toma a JB por el brazo e ingresan juntos, cerrando la puerta tras ellos.

En la calle, espero con nuestros caballos y pícheros preparados para regresar a Valcheta y luego a El Chubut.

El sol está alto ya cuando JB y Mr. Brown reaparecen por la puerta del almacén. JB carga un pequeño morral, que me parece pesado en exceso para su tamaño.

Estrechan sus manos y en un gesto paternal, mister Brown abraza con fuerza a Jo, sacudiendo con sus palmazos el polvo de la chaqueta de mi hermano.

Luego se acerca para tenderme la mano en un expresivo saludo. Cuídense. El Señor los acompañe. Por favor, digo, excúseme con mistress Brown. No he querido molestarla cuando salimos de su casa tan temprano. Está bien, hijo; ella entenderá. Sólo dígale que volveré. Que en su casa he hallado el calor del hogar. Un hogar que también es vuestro, queridos amigos. Vuelvan cuando gusten.

Partimos de El Carmen con el deseo de regresar alguna vez. En silencio, me prometí que volvería al finalizar el verano siguiente. Y Tama vendría conmigo.

Cuarenta y uno

Con el favor de la luna, avanzamos también de noche, para evitar el inclemente sol del desierto y los remolinos de arena que arrecian buena parte del día, haciendo peligrar nuestro rumbo.
Cubrimos la distancia a Valchata en tiempo sorprendente. En la travesía apenas conversamos lo necesario con JB, tan reconcentrados estamos en lo que nos espera al llegar.
Llevo mi pensamiento puesto en rescatar a Makol, en cómo enfrentar a Raa, o cómo evitarlo. Aunque admito que mientras dormitaba al reparo de una mata, volvió a mi corazón la imagen del dragón grabado en la gargantilla. Y veo unas manitas, que pueden ser mías, jugando con ellas, y es cuando descubro los ojos más cálidos del universo que me miran, dulces, y bebo de ellos su dulzura, y trago su alimento, una y otra vez, brillando en mis pequeños dedos la figurilla del dragón, y vuelvo a tragar, hasta que la aspereza de la garganta reseca me devuelve al desierto, bajo una mata deshilachada que mal me abriga de la tormenta de arena desatada en el calor de la tarde.
De pie, bebo un trago de agua y me apresuro a darle una mano a JB quien lucha por apaciguar a los caballos.
¡Polvo del infierno! Bien protesta JB, porque sólo de allí pueden surgir estas tormentas que parecen desollar la tierra una y otra vez, hasta dejar un suelo muerto como la osamenta de los animales que se esparcen por los alrededores.
La misma tormenta de viento y polvo que nos preanuncia la cercanía de Valchata.
Al caer la tarde llegamos hasta las inmediaciones del pueblo y damos un extenso rodeo con el tiempo apenas suficiente para hallar un lugar reparado donde acampar cerca del río.

Desensillamos y maneamos los pilcheros; JB insiste en buscar de inmediato a Roa en el fuerte. Discutimos, yo afirmo que deberíamos evitar a Roa y encontrar al Sargentomilico y darle dinero para liberar a Makol enseguida. Porfiado como galense, JB quiere encontrar a Roa a toda costa. Veo en sus ojos el brillo de la ira. Mientras acomodamos nuestros bultos JB se quita el sombrero y lo deja caer al suelo. Extrae el pequeño y pesado morral, y lo vacía dentro del sombrero. Las monedas tintinean hasta formar un gran montón.

No recuerdo haber visto monedas como esas, casi no recuerdo haber visto monedas. Pero nunca imaginé que podría verlas en tal cantidad.

JB sacude el morral para asegurarse de que está vacío. Sus ojos miran las monedas pero no las ven. Creo entender que allí están sus sueños de herramientas y ventanas, y puertas, y camas, y platos nuevos y hasta un mantel, para la casa que construirán en Cwm Hyfryd.

Toma pequeños puñados de monedas y las deja caer de a una sobre su mano y luego otra vez, con apagados tintineos.

JB, le digo para llamar su atención.

¿Puede ser esto el precio de la libertad para mi hermano? Me pregunta y sorprende.

¿Es esta la diferencia entre la vida y la muerte de mi hermano? ¿Esto paga la libertad? ¿Un puñado de monedas sucias? ¿Un puñado de monedas que han pagado un pan, una bala, o una prostituta?

¿Tan miserable es la libertad de un hombre? ¿Esto es Makol, ahora? ¿Un regateo por monedas?

Arroja el morral vacío sobre las monedas y cae de rodillas junto al sombrero. ¡Señor! implora. ¡A qué nos sometes ahora, Señor!

JB, digo, no tenemos más tiempo; vamos ya mismo por el Sargentomilico. Entreguémosle las monedas, liberemos a Makol, y regresemos a El Chubut.

Dejamos el campamento poco visible y bien reparado detrás de unos arbustos, y galopamos abiertamente hacia el fortín. Con las últimas luces del día llegamos a la entrada, donde un guardia nos da la voz de alto.

Buscamos a Sargento. Digo en español.

¿Y qué quieren con el sargento? Pregunta molesto el milico guardia.

Él espera vernos, digo. Somos los galenses de El Chubut. Él sabe.

Esperen acá. Ordena y encarga a otro milico que nos vigile mientras se dirige al interior del fortín.
Y apresurado el Sargentomilico llega hasta nosotros, furtivamente y nos aparta de los guardias. ¡Váyanse ahora!, dice. No puedo verlos acá. No pueden verlos conmigo. Si nos ven juntos no hay trato para sacar al indio. En dos horas los espero junto a la cerca. ¡Ahora váyanse!
Queremos ver comandante, dice JB.
¡Qué!, pregunta incrédulo. ¿Que comandante? ¿Para qué?
Sabemos que comandante Roa está en fortín, dice JB conservando una serenidad que me asombra a pesar del disgusto que me ocasiona poner en riesgo el rescate de Makal.
Usted vaya, nosotros hablar con guardias para ver Roa.
¡Están locos! ¡Los va a echar!
Vamos JB, dejemos así las cosas. Volvamos más tarde a la cerca. Roa conoce a nosotros. Gran amigo de Chubut, sigue diciendo JB.
El sargentomilico parece dudar.
Finalmente, se dirige a los guardias. Cabo, estos hombres no son criollos, y no hablan como nosotros, buscan al comandante. Atiéndalos. Parece que los conoce. Y volviéndose a nosotros, dos horas, dice y se marcha con disimulo.
Un guardia regresa con la autorización de dejarnos pasar. Te salés con la tuya, digo. Desmontamos y sujetamos las riendas en el palenque de la guardia.
JB recoge un morral de su montura y lo lleva consigo a la entrevista.
¿Qué vamos a decirle?, pregunto. Nada. ¿No le vas a pedir por Makal? No. Cambié de opinión. Ya escuchaste lo que nos dijeron si lo ponemos al tanto de nuestras intenciones es probable que se lo lleven al desierto esta misma noche, y no volvamos a verlo con vida.
¿Y qué le diremos? ¿Sólo vamos a saludarlo? Sí. Y a dejarle un presente de parte de su recordado amigo Andrews.
¿Qué estás planeando, JB?
El militar que nos guía nos ordena esperar junto a la entrada de la comandancia.
Ya estamos aquí, sólo deberemos ser corteses, dice JB. Pero te aseguro que no nos olvidará. No cometas una estupidez. No, no será una estupidez.
El militar nos recibe en su puesto de mando. De pie, su chaqueta desprendida, fumando con ansiedad.

Sentado detrás de una mesa, se encuentra un viejo militar, de mayor grado a juzgar por sus numerosas condecoraciones. Hay algo suspendido en el aire de esa habitación; ecos de voces altisonantes, ira contenida, desprecio. Algo dice que nuestra llegada es inoportuna pero inevitable, y que habrá más de ese algo cuando nos marchemos de allí.

Esta vez no tengo intérprete, dice Roa. Una lamentable contingencia. Pero me han dicho que ustedes aprenden rápidamente a comunicarse en castellano.

Estrecha nuestras manos con un dejo de hipocresía, lleno de apariencias destinadas a su superior.

Estos hombres, general, Roa habla de nosotros al militar sentado junto a la mesa, un anciano que observa la situación con cierto desgano. Estos hombres son colonos galeses. Cultivan las tierras en el valle del río Chubut. Parece que mantienen una antigua enemistad con los ingleses, tan amigos de Buenos Aires. Creo que Roa es mordaz en sus palabras, y una mirada de desaprobación del otro militar parece confirmarlo. No obstante, dice Roa caminando ahora frente a nosotros, estas familias han sido socorridas reiteradas veces por el Gobierno Argentino, ¿no es verdad, señores?, pregunta, pero continúa sin esperar una respuesta que tampoco habría obtenido, y allí conservan sus costumbres religiosas y su lengua, aunque hacemos esfuerzos por llevarles el idioma de nuestro país. La Nación, mi general, no admite demoras para afianzarse en estos pagos. A ella dediqué mi vida, y también, la comprenda ahora, sacrifiqué mi carrera.

Roa parece perderse en sus pensamientos.

Particularmente con estos jóvenes, dice recomponiéndose, nos encontramos cerca de Campamento Villegas, cuando abandonaban la colonia en busca de oro.

¿No es así, mis amigos? ¿Cómo están las cosas en el Chubut? ¿Ha escuchado, señor, alguna vez cantar a estos galeses?, pregunta Roa a su general. Buenas voces, dice y acerca su rostro a cada uno de nosotros. Buenas voces. Y el aliento del comandante huele a alcohol y tabaco. Buenas voces las mujeres, dice y veo sus ojos enrojecidos. Buenas voces las de los hombres, y veo su barba incipiente.

¿Quieren cantarnos algo ahora? Canten para mi general, vamos. Comandante, habla por primera vez el viejo militar. Le gustará, señor, ellos cantan alabanzas a Dios, seguro que a usted también le gustará. Comandante, ahora la voz del general es moderada,

para imperiosa. Roa se vuelve hacia él en silencio. Seguramente estos hombres no han venido hasta aquí para cantarnos sus salmos.

Roa se vuelve para observarnos como si nos viera por primera vez. Tal vez no, por supuesto. ¿Y a qué han venido entonces nuestros amigos galeses?, pregunta y se retira junto al viejo militar.

Venimos a despedirnos de comandante. Dice JB tomando la iniciativa. Regresamos a Chubut.

Sabemos que ha terminado su trabajo en desierto y queremos dejar un recuerdo.

¿Ho visto, mi general? Así de generosos son los hombres del Chubut.

Es recuerdo que nos diera su amigo. ¿Mi amigo? ¿Quién? mister Andrews, comandante. Un obsequio que nos dejara mister Andrews.

El rostro del comandante comenzó a palidecer y su cuello a estirarse, y su boca a balbucear.

JB no se detuvo ya y ante la mirada sorprendida del viejo militar y el pánico del propio Roa con un paso al frente dejó caer sobre la mesa un paquete que traía en su morral.

Esto le pertenece, comandante Roa, por sus buenos servicios en el desierto.

De inmediato el militar comenzó a deshacer el envoltorio. Andrews dice que es material de calidad, y creemos que le será más útil a usted, señor comandante.

Roa no quita sus ojos del manojo de cueros que tiene en sus manos.

Como dice Andrews, cuero de india vieja servirle a usted para encuadernar sus memorias.

El general no puede ocultar un gesto de repugnancia y poniéndose de pie arroja el paquete a las llamas de una estufa cercana.

Encolerizado Roa arremete contra JB. ¡Esto es un insulto! Grita mientras lo toma por las solapas. ¡Quiénes se han creído! ¡Comandante! La voz del general suena como un estruendo. ¡Deténgase inmediatamente! ¡Te voy a estaquear y arrancarte el corazón con mis propias manos, galeso muerto de hambre! ¡Basta, Roa!, el viejo militar intenta separar a Roa de JB que permanece inmóvil, sin dejar de mirar al comandante a los ojos. ¿No empeore su situación! ¡Guardia!, clama el general.

Dos milicos entran abruptamente a la sala e intervienen logrando separar a JB de las manos de Roa. ¡Llevense a estos hombres y

asegúrense de que se vayan del fortín y no regresen!, ordena. Y usted, Roa, apártese de ahí.

Salimos al aire fresco de la noche. Soportando los empujones de los milicos pero con el espíritu encendido. JB no dice una palabra y lleva su mirada fija en nuestros caballos, atados en la salida del fortín.

Con un último empellón, los milicos nos sacan del fuerte. Montamos y nada más girar nuestros caballos JB se lanza en un galope tendido hacia el campo abierto en la noche. Sólo escucho los cascos del caballo golpeteando el suelo y luego un aullido. Un grito largo, ardiente. El rugido de un alma liberándose. Es el alarido de mi hermano, JB, o tal vez es la noche abriéndose al galope; o tal vez es la tierra, abriéndose a la noche. Es una voz llamando a las demás voces. Y siento multiplicarse el bramar de JB en todas las direcciones, y de todas partes vuelve, y no es un eco. Es un llamado y me llama. Y me lanzo al galope entre la noche, y mi boca se abre en la desmesura de un alarido, y quien grita, ahora también, es quien monta mi caballo, y me veo a mí mismo alejarse de mí en la noche, llevándome, montado en un clamor visceral, en las alas de un dragón para ya no volver.

Atrás quedo de mí, y no regresaré por el que he sido.

Cuarenta y dos

La luna vuelve a mostrarse generosa sobre el horizonte cuando alcanzamos la cerca. Un rastro fresco de caballos nos guía junto a ella con la esperanza de alcanzar a Sargentomillico.
La luna alta no consigue calmar el viento. A poco de avanzar, entre el polvo aún suspendido en el aire, se recortan la silueta de un jinete que cabalga al paso en nuestra dirección.
Más cerca distinguimos la enjuta figura del milicosargento.
Al vernos se sorprende y detiene bruscamente su caballo, pero al punto nos reconoce y se adelanta.
¡Ah! ¡Gringito!, ¡Si parece que volviste nomás! ¿Tanto te interesa el indio al final?
Entonces debe ser un indio valioso. Dice y nos echa una mirada socarrona.
El sargentomillico desmonta y empieza el armado de un cigarro. Nosotros desmontamos también. Con cautela.
¿Andás trayendo monedas, gringuito? Pregunta y desliza el borde del cigarro sobre su lengua larga y puntiaguda.
Tengo dinero, dice JB. Quiero ver a Makol.
¡Aja! Y yo quiero ver la moneda primero, dice Sargento echando humo por la boca. No me hagas perder tiempo. Dame la plata y se llevan al indio.
No quiero tiempo, quiero ver a Makol. Dice JB y descorriendo su abrigo deja ver su revólver en la cintura. Me sorprende el arrojo de JB y también parece sorprender al sargento que recula hasta la montura de su caballo donde se enfunda una carabina.
¡Deje eso! Dice JB y lleva su mano sobre el revólver. Quítale el arma, me ordena. No salgo de mi asombro. ¡Dylan quítale el arma ahora mismo!

Sacudido y medio enceguecido por el viento y el polvo, pero más que nada por el temor, camino tambaleante hasta el sargento. ¡Levante las manos! grita JB ahora con su revólver apuntando al sargentomillico, y el hombre entre sorprendido y furioso, levanta las manos lentamente.

Me detengo a pocos centímetros y puedo oler el alcohol y el sudor. ¿Tu amigo no piensa tirarme con ese viejo revólver, verdad? Me pregunta. Tomo la carabina de su montura y la arrojo hacia donde está JB. ¡También su revólver!

Gringuito...esto no te va a ser fácil... Tu amigo indio va a tener problemas.

Makol viene conmigo a Chubut, dice JB. Si quiere moneda ayúdeme a sacarlo de ahí. Está bien, está bien gringuito... vamos a sacarlo de ahí. Dice el sargentomillico con una falsa sonrisa y comienza a caminar junto a la cerca. Vení conmigo, dice. Yo te voy a llevar con tu amigo. ¿Pero cómo voy a saber que me vas a dar tus monedas? Primero me tenés que mostrar algo para que yo te crea.

JB saca una pequeña bolsa de su abrigo y la arroja a los pies de sargentomillico.

Ahora me gusta, dice recogiendo las monedas y mirándolas con ambición. Nos vamos entendiendo.

Y sigue caminando.

A poca distancia llegamos hasta un portal en la misma cerca. Está cerrado con candado. Sargentomillico nos mira en tanto busca en sus bolsillos y JB lo sigue con la mirada y la carabina atenta. Yo miro alrededor para asegurarme de que nadie más venga hasta donde estamos.

A la luz de la luna, el polvo arremolinado levanta una pared detrás de la cerca y no permite que veamos más allá.

Sargentomillico abre la reja y nos franquea el paso. JB le indica que ingrese delante de nosotros. Pero el hombre se niega. No puedo, dice. Yo no puedo entrar. Su rostro parece empalidecer. Los soldados no podemos entrar allí. ¡Entre!, ordena JB con un grito. No gringuito, yo no puedo. Andá vos, a tu amigo, y vos me vigilás, si querés. Pero yo no entro. No me hagas entrar ahí.

Del otro lado de la cerca, del otro lado del viento que sacude nuestros sombreros apenas sujetos por los barbijos, otro clamor comienza a levantarse.

No gaienso, no entro, ¡no me hagas entrar!, imploro sargentomillico. ¡Ahí vienen, no puedo entrar!

Al igual que yo JB parece no entender qué es lo que le pasa a nuestro milico.

Pero algo comienza a presagiarse al otro lado del cerco. Un rumor creciente. Voces que se acercan a nosotros. Intento ver, distinguir algo entre el polvo y la noche. JB reacciona y con su carabina empuja al sargento y éste cae del lado de adentro de la cerca. ¡No! ¡Gringo! ¡No!, dice mientras intenta levantarse

¡Makoll Grita JB. ¡Makoll ¡Hemos venido a sacarte de aquí! ¡Aquí no! Grita sargentomilico. ¡Ellos no me quieren, déjame salir! Ahora soy yo el que lo empuja otra vez más adentro, ¡Makoll grito también yo, y mis manos se endurecen y empujo de nuevo al milico, y tartabilla, y me mira implorante, y su rostro grisado bajo la luz de la luna se me antoja el de un cadáver.

¿Dónde está? Le pregunto al tiempo que desde el polvo erguido surgen las mismas siluetas que habíamos visto días atrás.

¡Makoll grita JB y se abalanza sobre las figuras que ahora se hacen más visibles. Hombres, mujeres, ancianos, caminan hacia nosotros. Sargentomilico intenta huir, pero mis manos golpean su rostro y cae pesadamente al suelo. Lo tomo por el cuello y apunto el arma a su cabeza. Algo en mi paladar se vuelve agrio; la garganta reseca y mi nariz respira como un aire corrosivo. Me van matar, sollozo sargentomilico, me quieren matar.

Cuando busco nuevamente a JB, puedo ver que estamos rodeados por un centenar de hombres, y mujeres, a lo que sea a que fueron reducidos en esa miserable condición en que se encuentran.

¡Makol?, pregunto JB, ¿Dónde está Makol? No dejes que me hagan nada, lloriquea el milico en mis manos. Estos nugres quieren matarme...

¡Calla milico!, digo zamarreando su desesperación.

Los hombres se nos acercan y reconocen. Y reconocen también a sargentomilico. De inmediato intentan arrebatármelo, pero se lo impido. ¡Yo cuido!, les digo. Es mi prisionero. Llevennos con Makol. JB interviene también para resguardar al milico. El grupo le arroja manotazos y él se cubre e intenta defenderse y desprenderse de nuestras manos, pero a su vez se sabe rodeado y que somos su único seguro. ¡Llevennos con Makol!, pide JB. Ninguno de los dos sabe en qué situación estamos. Sólo tenemos la esperanza de que nos hayan reconocido como sus amigos de El Chubut.

No sabemos hacia dónde, pero avanzamos entre empujones, manotazos y forcejeos. Hasta que puede verse un fuego encendido. Es una hoguera alta en medio de la nada, protegida por piedras

y chapas herrumbradas. A su alrededor, un grupo de ancianas se apiñan para contrarrestar el frío de la noche desplegado sobre nosotros. Retazos de nubes y de polvo cubren y descubren la luna, imprimiendo a la escena una luz tenebrosa.

Hasta allí andamos, y una de las viejas, se pone de pie envuelta en jirones de un quillango. El grupo que nos acompañaba nos detiene y no nos deja avanzar más allá.

Tienen que irse de acá. No es lugar de winkas. Si no vienen a matarnos, no tienen nada que hacer acá. Acá sólo llega la muerte.

La mujer habla en lengua de manzaneros. JB no entiende. Pero sus palabras me llegan como las de Tama en sus pasiones, en sus ruegos, en sus iras.

Y habla con sus palabras, que no son mías sino las de Tama. Y su recuerdo me estremece. Y el recuerdo de esa mujer que me ama y espera, me agranda la sombra ante el fuego. JB me observa en silencio tan confuso, como yo con un arma en la mano.

Que somos de El Chubut, le digo y les digo a todos. Que somos amigos de Orkeke, y que buscamos a su hijo, Makol, que es nuestro hermano.

Le digo y les digo que sargento milico prometió ayudarnos a encontrar a Makol y liberarlo.

El odio se enciende en las voces de todos cuando escuchan hablar del milico, y las amenazas vuelven a recaer sobre nosotros.

El griterío me impide entender. La vieja levanta su mano y los demás se callaron.

Winka sargento anda matando nuestra gente. Como alimaña rastrera, cae de noche con sus yuntas y se llevan mujeres. Y a veces las traen. Sucias las traen. Muertas las traen. Ese Winka milico, mata.

Makol quiso enfrentar.

¿Dónde está Makol?, pregunta JB interrumpiendo al entender el nombre de nuestro hermano. Dijo, Makol, ¿verdad? ¿Habló de Makol?

¿Dónde está nuestro Makol? pregunto a la mujer, ¿dónde está?

La mujer nos mira en silencio. No sé si me entiende.

Gira sobre sí misma y comienza a caminar. Se detiene, y nos mira para que la sigamos. Intentamos arrastrar con nosotros a sargento milico cuyo terror le hace aferrarse más a nuestros brazos de lo que nosotros lo sujetamos.

El resto, ahora convertido en muchedumbre, nos sigue de cerca, murmurando, y entiendo sus maldiciones todas dirigidas contra nuestro rehén.

Debemos darnos prisa, dice JB, si demoramos más a sargentomilico, pronto vendrán por él. No parlamentes más con esa mujer. Busquemos a Makol y vayámonos de aquí.

A corta distancia, detrás de un promontorio rocoso divisamos otra fogata más pequeña. Y junto a ella dos mujeres y un anciano en torno a algo que no alcanzamos a distinguir. Hacia allí nos lleva la vieja.

A medida que vamos llegando, sargentomilico forcejea para zafarse de nosotros, mientras la vieja nos señala un bulto en el suelo, rodeado por el viejo y las dos mujeres. Makol, nos, dice. Makol.

¡No es verdad!, grita sargentomilico, ¡mentís vieja bruja! ¡no le creen nada! ¡No es verdad!

JB se lanza sobre el envoltorio de cueros y mantas y al instante retrocede con un gesto de horror en su mirada. ¡Makol! ¡No!

Y se abalanza sobre sargentomilico y derrumbándolo al suelo comienza a golpearlo con una furia que desconocía en mi hermano.

¡Maldito, maldito!, grita JB mientras sargento busca defenderse ¡Que el diablo te lleve, maldito milico! ¡Pero antes te haré pagar por mi hermano!

Creo que vacilo un instante entre detener a JB o ver qué le sucede a Makol, pero cuando reacciono tengo ante mí el rostro de Makol, desfigurado a golpes, con pingajos de piel desprendido de sus quijadas, un ojo fuera de su sitio y la sangre reseca manchando su cuello.

Vuelvo de inmediato con JB, pero ya los demás indios lo han separado de sargento milico y lo empujan hacia mí.

¡Yo no le hice nada a ese! Grita el milico ahora forcejeando con sus nuevos captores.

Vuelvo a donde está Makol y me arrodillo junto a él. JB permanece de pie, maldiciendo a todos los cielos. Descubro un poco más el cuerpo de mi hermano y puedo ver las heridas que cruzan su pecho y su vientre. Hay marcas de sogas en sus brazos. Hay llagas de quemaduras en su costado y más abajo. Está muriendo.

Sé que está muriendo

Quizo defender a mujeres nace dos noches, escucha decir a la vieja a mis espaldas. Y Makol se está muriendo.

Eran mujeres niños que se llevaban los milicos. Y él quiso pelear.

Quiso evitar que los milicos se llevaron a los niños, repito yo a JB.

Makol quiso pelear con los milicos.

Lo agarraron ocho de ellos. Lo agarraron entre ocho, repito.

Pero fue este milico el que lo golpeó hasta que cayó al suelo. Sargentomilico lo golpeó después, digo a JB.

Y después también lo golpeó. Y después lo ataron a un caballo. Y lo hicieron galopar todo acá dentro. Y el caballo salió el fuego que había.

Todo esto repito ya a JB mientras las lágrimas y el odio espuman mis palabras y crispan mis manos.

¡Y Makol se muere, JB!

Las mujeres junto a mí siguen entonando sus retahílas, y el viejo moja ramas en una lata y las sacude sobre el cuerpo de Makol.

¡No lo dejen morir, les digo. ¡Ayúdenlo!

Lo están ayudando, hijo de Chubut, me dice la vieja. Lo están ayudando a que muera.

Siento una fuerza apoderarse de mí y salgo disparado hacia el grupo de indios que sujetan a sargentomillico. Se los arrebato de un tirón y comienzo a golpearlo una y otra vez, y otra vez, y maldigo en cualquier lengua, porque cuando se reclama venganza, no importa en qué lengua se nombra aquello que está clamando; aquello que se va a vengar.

Casi desmayado por mis golpes, sargentomillico apenas intenta levantar su cabeza del suelo. En un mismo movimiento de golpes busco en sus bolsillos las monedas que le habíamos entregado. ¿Querías monedas? Millico cerdo del demonio, ¡Ah! tienes tus monedas trágatelas!, y me veo a mí mismo intentando meter las monedas en la boca del desgraciado, ¡Trágalas, cerdo! ¡Son las monedas que querías! Y el millico aprieta sus dientes y le sangran las encías y los labios y golpeo su boca con las monedas hasta que alguien me arranca de allí y lanza las monedas al aire, ¡Cómetelas! ¡Llévaselas al mismo diablo para que te consuma pronto en el fuego del infierno!

Un grupo de indios levanta a sargentomillico y se lo carga en la oscuridad.

El llanto de las mujeres que rodean el cuerpo de Makol, nos advierte lo peor.

En unos pocos pasos estamos junto a él otra vez. Pero la vieja se interpone. Tu hermano no está aquí. Me dice.

¿Qué dice? Pregunta JB, ¡déjanos pasar, mujer!, exige. Pero la mujer lo detiene.

Aquí sólo hay carne sin vida. ¿Qué dice? Dice que Makol ya no está. No es para ver lo que no quieras recordar. Que no debemos ver aquello que no queramos recordar. Tu hermano es un hombre hermoso, que anda en el viento hacia un lugar hermoso al que no podemos llegar, aún. Que Makol es un ser hermoso, que anda en el viento. Que debemos recordarlo como era.

Déjenlo ir. Dice que dejemos que se vaya. Alguna vez volverá por ustedes. Que alguna vez volverá por nosotros. Ahora déjenlo ir. Que ahora lo dejemos. Ahora Makol es hijo del viento.

Que ahora Makol es hijo del viento.

Abrazado a JB no puedo contener mi llanto. Ni él el suyo.

Las mujeres siguen su plañidero lamento junto al cuerpo de Makol.

Deben irse, nos dice la vieja. Nada hay que puedan hacer aquí. Pronto vendrán más winka milicos.

¿Qué pasará con él?, pregunto señalando a la oscuridad por donde recuerdo se llevaron a sargentomil'co.

Vayan ahora, dice la mujer. No hay nada que puedan hacer aquí. Nadie sabrá que estuvieron aquí. Vayan. Vamos, JB, digo a mi hermano que busca hacia dónde se llevaron a sargento. Vamos, no podemos hacer nada.

¿Qué le van a hacer?, me pregunta. Vamos, digo, sin siquiera imaginar una respuesta. No podemos quedarnos aquí.

No podemos dejarlo aquí, Dylan, lo matarán. Vamos, digo, no es asunto nuestro. Dylan, tú no eres así, hermano, no puedes estar diciendo esto. Dice y me sujeta de un brazo. Nosotros lo trajimos aquí. ¡No podemos dejarlo! ¡No buscamos venganza!, me increpa JB. Debemos irnos ya mismo, le digo liberándome de su mano. Él vino aquí mucho antes que nosotros; él trajo aquí la furia y el terror para estas gentes. ¡No estamos vengando nada, JB!

Un grito de bestia agonizante atraviesa el polvo que se yergue entre los últimos fuegos y nosotros. Nos paralizo. ¡No Dylan, no! ¡No permitamos esto!, grita JB y se lanza a la carrera regresando sobre nuestros pasos. Pero cuatro indios salen a su encuentro y lo detienen.

JB vacila entre hacerles frente o volver conmigo. Alza le dicen los indios que no alcanzo a escuchar o entender, cuando otro grito lejano y desgarrador atraviesa la noche, seguido por un griterío excitado.

JB corre a mi lado y juntos huimos buscando la salida del lugar.

Traspasamos la reja y en un gesto que no comprendo a sí, comprendo, JB asegura el candado. Recuperamos nuestros caballos y el que fuera de Sargentomilico y echamos a galopar desaforadamente hacia nuestro refugio para recoger nuestras cosas y regresar a El Chubut.

Desde atrás de la cerca y en la distancia, nos alcanza el resplandor creciente de una hoguera descomunal.

Cuarenta y tres

No sé cuánto llevamos andando. De día y de noche hemos andado sin detenernos más que para cambiar de montura. A cada momento nos asalta el temor de que nos estén persiguiendo, y vamos volteando nuestras cabezas para asegurarnos.

Los bestias parecen desfallecer. Para empeorar las cosas, el caballo de sargentomillico tira para volverse a Valchata, y hace más pesada la marcha.

Cada atardecer, o por las noches, creemos ver que a nuestras espaldas, por detrás del horizonte, se levanta el resplandor de una hoguera gigantesca.

Ahora el sol se apaga sobre el horizonte, y dormito al paso del caballo con mi cabeza inclinada sobre el pecho, y cubierta por el sombrero. Cuando entreabro los ojos haciendo un gran esfuerzo, sólo alcanzo a ver una porción de suelo a los lados del caballo, donde los penachos miserables de las matas se suceden unos iguales a otros, bajo el paso del caballo. Matas y piedras, y matas y piedras y los ojos cerrados, abiertos, y piedras y matas, y los ojos abiertos y piedras, y cerrados, y matas, y abiertos, y oscuridad y matas, y cerrados y fuego, y abiertos y piedras, y cerrados y oscuridad y matas y abiertos y fuego, y fuego, y levanto mi cabeza y todo a mi alrededor es fuego, y la meseta está incendiada, y mi caballo se esparta y cada mata es una antorcha, y entre las matas veo iluminarse la figura del Sargentomillico, y escucho su risotada, y al otro lado veo el rostro de Roa incendiado de luz y al fin te alcanzamos galerna del demonio, y por delante es Andrews que me apunta con su rifle y veo el brillo en sus ojos antes de apretar el gatillo, y escucho las maldiciones de JB, y no lo encuentro a mi alrededor, y otra vez escucho sus

maldiciones y mi caballo se sacude y abre las alas. Entonces veo que atardece todavía, y que no hay fuego por ninguna parte, y veo a mi hermano que tironea de la rienda que sujeta al animal que robamos al Sargentomilico. Finalmente corta el tiento con su cuchillo y el animal se aparta corcoveando y lanzando coces al aire.

Maldito seas, animal del demonio, le escucho quejarse. Vete donde quieras, bestia infernal. Y ojalá seas pasto de las fieras.

Otra noche ha pasado, y es mediodía otra vez cuando marchamos sobre una planicie rocosa y oscura. JB me ha hablado de estas piedras; dice que cientos de volcanes derramaron la roca incandescente de sus vísceras, que un mar de fuego cubrió lo que nuestra vista alcanza a ver, y más allá. No puedo seguir sus razonamientos. Sólo sé que otra vez el sol parece freír la piedra y toda vida que se asome sobre ella.

Llevamos varias jornadas andando en este paisaje y no tengo idea de cuál es la dirección correcta.

Sólo conservo el instinto de mirar hacia atrás una y otra vez, y confío en que JB nos saque de aquí.

Es entrada la noche y vamos tendidos sobre nuestros caballos, envueltos en quillangos para protegernos de la escarcha.

Los cascos encienden chispas a cada paso sobre las piedras cuando un estampido nos sobresalta y asusta a nuestros animales.

¡Disparos!, grita JB. Pero antes de poder controlar las riendas, un nuevo estampido estalla casi bajo las patas de mi caballo, que se encabrita aún más.

Sigo sin entender nada y sólo lucho por controlarlo y sostenerme en la montura, y escucho que JB se encuentra en el mismo trance.

¿Qué sucede?, me pregunta. Le pregunto. ¡Son disparos! No, no son disparos. ¡Sí, nos disparan! ¡Nos alcanzaron!

No, no son disparos, escucha: vienen de todas partes.

¿Qué diablos son?

Tras las nubes, la luna apenas ofrece una penumbra para distinguir nuestras propias siluetas del resto de la oscuridad. ¡JB! ¿Qué está pasando?

Otros estampidos se suceden en la distancia, más allá o más acá.

Apenas mi caballo apoya sus cuatro patas a la vez, hago pie en tierra y aferro sus riendas para que no huya.

Escucho a JB que intenta dominar el suyo. Y nos quedamos juntos, entre los caballos.

Pasadas unos momentos las detonaciones parecen cesar, y sólo alcanzamos a escuchar algunos de tanto en tanto y a la distancia. Bañados en transpiración, y buscando a tientas los abrigos, finalmente logramos sujetar nuestras cabalgaduras a unas matas firmes y nos echamos al suelo. Extendo el quillango sobre unas piedras, me dejo caer sobre él y apoyo mi cabeza contra una roca. JB recoge unas ramas y raíces secas y enciende un pequeño fuego. Por encima de nosotros las nubes se dispersan y muestran un cielo profundo, con pocas estrellas y una luna fría que parece estar mirando hacia otra parte del mundo.

Quiero encender mi pipa, mas el cansancio vence a la intención, y mis párpados caen como pesados montes, mientras más lejos o más cerca, podía escucharse nuevas detonaciones, pero la curiosidad no es rival para esta fatiga.

Creo que me hallaba en un profundo sueño cuando un estampido sacude toda la roca bajo mi cabeza. Antes que pudiera entender nada me encuentro nuevamente de pie con sólo mi sombrero entre las manos y mirando en todas direcciones.

JB ronca sin inmutarse envuelto en su poncho y los caballos mordisquean las ramas de los arbustos.

Me pregunto si habré soñado con otra explosión, y por toda respuesta escucho claramente un nuevo estampido, esta vez frente a mí. Sobre el lugar en que me había echado a descansar, una roca considerable se abre en dos y un pesado fragmento rueda y cae justo donde yo dormía un minuto antes.

Al retirar mi quillango descubro que también la roca en que me apoyaba presentaba una falla que la atravesaba de lado a lado.

Comienzo a reírme, y cada vez más fuerte, y más aún y la risa se abre a la noche y luego no puedo detenerme hasta estallar en carcajadas que despiertan a JB, tan sorprendido como yo hace un momento con los estallidos de las piedras.

Es el frío, le digo apenas entre las risotadas. ¡Estás loco! Me dice, entre su asombro y el fastidio.

Es el frío y el calor. Vuelvo a decir riendo hasta las lágrimas. Las piedras, y me río, el frío, y la carcajada; el calor, explotan, digo. JB se enoja cada vez más, y supone que deliro por insolación.

¡Ya cállate!, ¡No entiendo qué dices!

Los estamakos, digo y hago verdaderos esfuerzos para dejar de reír. Son las piedras. Y vuelvo a reírme. Son las piedras, hermano. Las piedras estallan con el frío de la noche. Las piedras se ca-

llantas bajo el sol del día, y luego el frío las hace estallar. El frío, digo, y la risa me traiciona, y ese jadeo que me domina, no son fantasmas, JB, digo, y esto ya no es risa, no nos persiguen, le digo, y las lágrimas no vienen de la risa. ¿Dónde estamos, hermana?, pregunto. Sácame de aquí, JB, ¡Por favor! Sácame de aquí, sólo quiero ir a casa, JB, quiero ir con Madre Mary, JB por favor, por favor, me abraza, por favor, por favor.
Un estampido lejano atraviesa la distancia y apaga mis quejidos contra el pecho de JB, pero sigo llorando.

Aclara sobre el horizonte. Comenzamos a descender por una suerte de terrazas escalonadas que marcan el abrupto fin del fantasmal territorio que dejamos atrás. Delante de nosotros se abre una llanura de arbustos. Algunas elevaciones recortadas en la distancia me resultan familiares, pero reprimo cualquier palabra pues no quiero caer en falsas ilusiones.
Al atardecer, el mar distante aún se percibe en el olor del viento que nos llega desde el Este, y me confirma que el valle está próximo.
No hemos emitido una sola palabra en este largo día, pero el mirarnos basta para renovar el ánimo. A un tiempo talonеamos nuestros caballos y nos lanzamos en un suave galope.

Cuarenta y cuatro

A las diez de la mañana de este día domingo, alcanzamos una pequeña loma y frente a nosotros se despliega el Valle del Chubut. JB y yo estallamos en un júbilo admirados de esta extensión verde y fresca, que nos parece más grande aún que cuando estábamos en ella. El río, allí, abierto y serpenteante, nos parece de un caudal extraordinario. Desde nuestra elevación, podemos apreciar claramente el comienzo de la Colonia, allí está Bryn Fach, el inicio y el final de nuestra querida Colonia. Henchimos nuestros pulmones respirando este aire nuestro, y parece que llega hasta nosotros el aroma de la alfalfa con la promesa de un nuevo ciclo.

Tomamos un sendero que desciende hasta los fondos de Bryn Fach. Es el mismo por el que Tama llegó a mi casa por vez primera.

Tama.

Ha estado presente en mi todo este tiempo sin que me hubiera ocupado por descubrirlo. La proximidad de nuestro rancho me trae ahora el deseo entrañable de su cabeza, su abrazo, su calor. Pronto, divisamos por sobre los arbustos los techos de mi cadw batch. Con ansia de llegar nos lanzamos al galope tendido hasta que detenemos nuestros caballos y pilcheros en el patio misma de mi casa.

Una jauría nos sale al encuentro, pero pronto me reconocen y sus ladridos furiosos se tornan en una algarabía tan incontenible como la mía. Desde mi montura me lanzo al suelo y me abrazo a mis fieles perros, revolcándome en la tierra entre ellos, como una bestia más, feliz, libre, vivo.

El pobre de JB debió hacerse cargo de los caballos liberándolos

de sus recados y riendas, y dejándolos pastar en un cuadro cercano ya que mañana volveremos por ellos.
Entramos finalmente a mi casa, donde cada objeto ha permanecido inmóvil por varias semanas, y parecen estar esperando la mirada del amo para recobrar su existencia. Una fina capa de polvo lo cubre todo. Y todo permanecerá así. Sólo tomamos unas prendas limpias, una barra reseca de jabón, y nos dirigimos al río.

Limpios y hambrientos, el anochecer nos encuentra bajo el saucejunto-a-la-casa, donde una liebre se cocina al calor del fuego lento.
Tras la cena, fumamos largamente bebiendo té en silencio. Un rato más tarde, disfrutamos de la primera noche bajo un techo desde que saliéramos de Patagones. Mañana llegaremos a Glyn Du.

Cuarenta y cinco

Ansiamos abrazar a nuestra madre Mary, y a nuestras mujeres. Ansiamos comer nuestro pan en nuestra mesa. Ansias de sentarnos en silencio junto al canal cercano a la casa de Glyn Du, viendo correr mansamente el agua, la sombra fresca de los sauces, y pensar que ciertas cosas permanecen como lo eran en nuestra infancia.

Pero el tranco de los caballos es lerdo. Todas esas urgencias y deseos; el hambre del regreso a nuestro hogar, crujen bajo el peso de una angustia que todo lo ensombrece.

Cómo haremos para explicarle a nuestra Madre Mary que su hijo Makal, su hijo de la estepa, tuvo una muerte horrenda a manos de aquellos milicos animales.

Y más sombrío aún: quién de nosotros llegaría donde Gwen para decirle lo sucedido.

¿Qué palabras de este mundo habrían de explicarlo? ¿En qué palabras de este mundo habrán de encontrar consuelo esas mujeres nuestras?

J8 parece entender mi andar silencioso. Acerca su caballo casi hasta rozar el mío para llamar mi atención: con un gesto de su cabeza señala hacia adelante en nuestro rumbo, y entonces puedo ver la curva del río que comienza a marcar el rodeo en forma de herradura. Allí está Glyn Du.

Con el sol cayendo sobre las bardas entramos por el camino que lleva a casa. Ellas, el muchacho que J8 tiene para ayudar a las mujeres en nuestra ausencia, es el primero que nos reconoce y corre a dar aviso en la casa.

Vamos desmontando y alcanzo a ver que es Lizzi la primera en salir a recibirnos. Se abraza a J8 y allí se quedan los dos, mien-

tras vuelvo la mirada hacia la casa y mis ojos se encuentran con Tama que avanza hacia mí andando con toda la premura que le permite su vientre abultado. Sonriente ante mi asombro me toma el rostro entre sus manos y besa toda mi cara, y luego hace que mis manos la abracen, y ella me abraza y todo sin decir una sola palabra, que ni siquiera hace falta decir.
Lizzi se vuelve hacia mí y se acerca trayendo a JB de su mano. Lo suelta, me rodea con sus delgados brazos y apoya su cabeza en mi pecho. Gracias por traerlo con vida. Me dice. También lo abraza. A mi lado, Tama me acaricia la ropa con una emoción discreta, recorriendo el paño con sus dedos y su mirada. Es como si sus ojos pudieran leer en las fibras de mi abrigo las jornadas padecidas. Puedo ver a JB mirándome y mirando a Tama. Entonces observo. Tama también lo mira a los ojos y su mirada es firme, de felicidad. JB la estrecha en sus brazos y le besa la frente.
Hijos míos, han vuelto! Los cuatro miramos hacia la casa, y allí, apoyada en el umbral de la puerta, encontramos nuestra Madre Mary. Anciana, de aspecto débil, pero conservando la prestancia que siempre le conocí, con sus ojos transparentes a la espera de nuestro abrazo.

La noche aquieta el trajín del regreso. Los caballos están libres ya en los cuadros cercanos al río, las pilchas devueltas al galpón y las ropas se amontonan en el patio junto al pilatón donde habremos de lavarlas mañana.
Sentados a la mesa, alrededor de nuestras tazas de té oscuro y humeante, nuestras mujeres nos miran con deleite y expectantes. Desean saber más, qué compramos, a quienes conocimos, cómo es El Carmen, a lo que suponen una ciudad moderna.
Nos observan silenciosas, suponiendo que es cansando el que pesa sobre nuestras miradas hasta hacerlas caer y rodar por el bordado del mantel.
Niñas, dice al fin Madre Mary. Estos hombres están fatigados por su viaje. Dejémoslos descansar, dice, y seguramente mañana habrán de maravillarnos con sus relatos. Dice y busca ponerse de pie. Pero JB la sujeta por el brazo.
Quédense aquí. Dice mi hermano. Queremos hablares. Dice, y su voz se parece a la de nuestro Padre Daniel cuando nos hablaba de su pequeño Pont Caerfynddin, en la lejana Cymru.
Hijo, podemos esperar hasta mañana. Se las ve muy fatigadas.
Madre, no es el cansancio, digo. Es tristeza.

¿Tristeza?, dice Lizzi y Tama busca mis ojos con preocupación.
Madre, digo JB. Makol ha muerto. Nuestras mujeres no alcanzan a cubrir con las manos el espanto de sus miradas, pero los ojos de Madre Mary se vuelven transparentes de agua, fijos en un punto de la noche que se descuelga por las cortinas.
Quiero saber. Dice.

Desde afuera, la luz del candil apenas se trasluce en las ventanas, y en la noche sólo se percibe como un tenue resplandor, como si una hoguera ardiera a lo lejos, tras el horizonte, en medio de un temporal de arena y de viento.
De tanto en tanto, entre las ramas de los sauces se cuela una brisa como un lamento.
Mañana cuando amanezca, sin dudas, todos estaremos más tristes, más cansados, más viejos.

Los hombres acomodan enseres y herramientas junto al galpón. Una semana hace ya que estamos de regreso en casa.
JB y yo estamos recibiendo nuestra parte del cargamento que mister Brown nos despachara desde El Carmen al puerto de Rawson.
Con sorpresa comprobamos que el veterano amigo envió a nombre de JB más de lo poco que él había alcanzado a comprar con la idea de ahorrar dinero para el rescate de Makol. Será bueno tener amigos en Cwm Hyfryd, dice la nota firmada por mister Brown.
Trabajamos con entusiasmo, y permanecemos largas horas ocupados en ello, y casi sin hablar de otra cosa. Pero nuestras bocas se llenan del sabor de la tierra suelta del patio, y su sabor lo impregna todo: bocados, agua, saliva. Todo tiene el mismo sabor amargo que cierra las gargantas. Cada herramienta que guardamos, cada tabla, mueble, enseres, nos recuerda a El Carmen, la cena con mister y mistress Brown, y el recuerdo de mi madre, y el pequeño dragón que hoy lleva Tsuira en su cuello. Y también Makol, y el sargentomilico.
El mismo regusto con que me despierto por las noches, empapado en sudor, y con la mano de Tama sujetando mi frente afiebrada.
Ya casi es mediodía cuando terminamos y Lizzi nos llama para el almuerzo.
Madre Mary tampoco compartirá la mesa con nosotros hoy.
No ha vuelto a levantarse de la cama desde la noche en que

relatamos los hechos tal y como fueron en Valchela. No podía comprender, y quizá aún no comprende que estos muchachos sentados orando sobre la mesa en su cocina sean los mismos que vivieron aquellos crueles sucesos; que las voces que ahora escucha desde la habitación en penumbras, son las mismas que profirieron horrendas maldiciones; que las manos que parten y reparten el pan, fueron violentas y estuvieron empapadas en sangre.

Lizzi tampoco pudo asimilar nuestro relato. Por momentos la veo suspender un gesto, o quedarse con una alla en el aire y observarnos a JB y a mí, como si nos viese por primera vez.

Tama se mantiene inescrutable en sus sentimientos. Sé que también me mira como buscando en mí una profundidad que yo ignoro, pero donde quizá habite el monstruo que me persigue por las noches de pesadillas.

Madre Mary se alimenta de sopas y té.

Apenas he podido verla un par de veces en estos días. Y JB solo un poco más que yo.

Hoy nos ha llamado a los dos junto a su lecho.

El sol de una primavera que termina golpea con fuerza sobre la pared blanca de su habitación, sacando brillos de los objetos silenciosos que descansan en un estante.

Ustedes necesitan ser bendecidos, dice. Espiar los actos terribles que han perpetrado. No importa las circunstancias, sé que deberán purgarlos tarde o temprano. Y yo quiero darles mi bendición. Han sido buenos hijos y son buenos hombres, y lo serán para sus familias.

Primero llama a JB para que se arrodille junto a ella, a su diestra. Poniendo una mano huesuda sobre la cabeza del hijo, aquellos labios finísimos murmuran una plegaria.

Luego es mi turno, y arrodillado a su izquierda veo esos ojos transparentes que atraviesan con su agua clara el abismo de mis tormentos. Su mano despeja de mi frente las sombras que la ceñían.

Has vuelto a tener los ojos de un hombre libre. Me dice.

Toma nuestras manos y las besa alternadamente varias veces.

Y luego apretándolas contra su pecho, nos mira para decirnos:

Necesito a mi Gwen, aquí. Conmigo.

Vayan por ella. Necesito verla pronto.

Cuarenta y seis

Amanece claro cuando vamos dejando atrás Glyn Du, camino del pueblo.

Poco antes de entrar en sus calles, tomamos el sendero que desciende al río y seguimos por su orilla hacia el sitio donde vi a Gwen por última vez, cerca del amarradero.

Mi corazón vuelve a recibir los zarpazos de vergüenza y miedo mientras avanzamos al paso de los caballos.

Desmontamos cuando el sendero penetra entre los intrincados sauces y continuamos a pie. Sus ramas vuelven a enredarse en mis brazos y en mi cara retardando el andar. JB va unos pasos adelante y se vuelve para esperarme. Me detengo. Debo tener una expresión trágica porque me toma por los solapas y sacude con firmeza. Vamos, dice, llévame hasta Gwen y me empuja para que marche por delante.

Avanzo entre tropezones. Vacilo entre un sendero u otro y JB me alienta a seguir con palmazos en la espalda.

Finalmente llegamos al lugar. Es un claro junto al río. Reconozco los desperdicios acumulados en un extremo sobre la orilla.

Y un poco más apartado de las aguas, el rancho donde hallé a Gwen.

JB me hace a un lado y avanza decidido llamando a nuestra hermana. ¡Gwen! ¡Gwen!, ¡Soy JB, tu hermano!

Unos patos levantan vuelo desde el río, ahuyentados por las voces.

Fuera de eso, no hay otras señales de vida.

No veo sábanas tendidas bajo los árboles, ni está la batea donde Gwen fregaba la ropa.

Le señalo a JB las marcas en el terreno, la vegetación volcada en

el suelo, como arrastrada por la corriente. Entonces reparamos que la basura se halla esparcida por todo el claro, y ramas y troncos se entreveran contra los sauces.
Son los restos que deja una creciente violenta.
Mirado ahora con atención, compruebo que el rancho es sólo una tapera y que su interior está vacío. No hay dudas que Gwen no la habita desde hace un tiempo, semanas quizá.
Dejamos el lugar y volvemos por nuestros caballos.
Decido preguntar en el mismo boliche que antes supieron decirme dónde hallar a mi hermano.
Estuvo crecido el río, sí. Dice el español del boliche. Se llevó varios animales y un par de ranchos.
Pero la mujer esa, La Cautiva, parece que la encontraron más abajo. Dicen que ahora trabaja en casa de familia. Vascos.
¿Familia señor Vasco?, digo. No, vascos. De España, dice. ¿Sr. Vasco español? ¡No hombre! ¿Es que eres duro? Tú eres gallego, yo soy catalán, ese de ahí es chileno, y aquél... eh, tú, Lucio, ¿de dónde eres? ¿Milano? Bah, hombre, eres italiano y basta. Pues aquella familia es vasca, ¿me entiendes? De la Vascongada. Ve, hombre ¿qué importa?
No hubo bromas esta vez. Acaso la expresión de nuestros rostros, el que fuéramos dos los que ahora preguntaban por ella, y acaso también porque a esa hora no había nadie apoyado al mostrador del boliche.
Cruzamos el río siguiendo las indicaciones del español y llegamos hasta una casa enorme. Entre la espesura de un bosquecito de sauces y otros árboles se destacaban sus paredes de chapa y madera pintadas de blanco, el techo rojo, también de chapa roja. Sus galerías con barandas de madera ornamentada. Ventanas numerosas, amplias y de vidrios repartidos. Dos chimeneas sobresalían del techo. Sin dudas pertenecía a una familia de gente rica. Vascos, había dicho el español y fue la primera vez que escuché esa palabra.
Nos detuvimos junto al cerco que delimitaba un amplio jardín al frente y varios perros nos salieron al encuentro ladrando para dar aviso a sus dueños de nuestra presencia.
Una mujer apareció en la galería principal. Era elegante, con su pelo recogido y un vestido de cuello alto rematado con un camafeo. Un silbido corto llegado desde más lejos acalló a los perros y los hizo volverse con sus rabos entre las patas hasta dar vuelta detrás de la casa.

Otras dos mujeres más jóvenes, quizá sus hijas, se asoman apoyadas en la baranda. Ninguna era Gwen. Una limpia su boca con una servilleta. Caigo en la cuenta de que interrumpimos a la hora del té.

Ahora es un hombre que llega desde el fondo del solar y se dirige hacia nosotros. Es bajo y viste ropas de faena, parecidas a las nuestras.

Es un mapuche. Un indio chileno. La mujer le dice algo cuando pasa cerca de ella, señalando hacia nosotros. Escuchamos sus palabras, pero hablan un raro español que apenas logramos entender.

En efecto, el chileno nos pregunta qué buscamos.

Cuando logramos explicarle nuestra intención, vuelve con las mujeres. Las tres nos observan. Hablan entre ellas. Las hijas entran en la casa y la madre da nuevas instrucciones al chileno que luego regresa por nosotros.

La mujer sale de la galería hasta el jardín, adelantándose unos pasos para recibirnos. El chileno nos abre el portón del jardín y los perros vuelven sigilosos y atentos para rodear a la mujer. Desmontamos y caminamos llevando nuestros sombreros en la mano.

JB se adelanta y tiende su mano educadamente. La mujer tiende la suya con un gesto leve y sin dejar de mirarnos a los ojos.

Nos dijeron que aquí puede estar nuestra hermana, dice JB. La mujer vuelve a mirarnos.

¿Y por qué vienen ahora? Nos pregunta en fluido galés. Ante nuestra mirada de asombro, añade: Soy Olwen Griffiths, no he querido ser descortés, sepan disculpar.

Nos habían dicho que era una familia de vascos, dijo JB sin soltar la mano de la mujer.

Esa es mi esposa, Sebastián. Dijo ella retirando su mano y con una media sonrisa intentando ser amable.

No queremos molestar a su familia. Sólo hemos venido por nuestra hermana.

Gwen, dijo la mujer sosteniendo sus ojos en los nuestros. ¿Por qué? ¿Por qué vuelven ahora por ella?

Nos miramos con JB.

¿Podemos hablar con usted?

La señora Olwen nos invitó a sentarnos en la galería que da al jardín. Sus hijas trajeron té y bocados dulces y se volvieron dentro de la vivienda. Una de ellas tendría poco más de 15 años y era particularmente graciosa.

A media voz, logramos explicarle que nuestra madre convaleciente enviaba por ella.

La mujer tálo bebía su té y nos observaba por encima del borde de su taza.
Cuando terminamos, ella también terminó su té. Dejó la taza en la mesa recorrió el jardín con sus ojos y luego, mirando con firmeza a JB, preguntó: ¿No creen que merezco saber por qué esa hermana, esa hija amantísima, según ustedes, vivió todo este tiempo junto al río, lavando ropa ajena en medio de la basura?
Incómodo, intenté resumir la historia de nuestra familia. Los hechos que llevaron a Gwen hasta los toldos de Orkeke y su captura por el ejército de Buenos Aires.
El rechazo de la colonia por haber sido madre de un mestizo. Y haber elegido ser la mujer de un indio. En este punto JB se puso de pie con un impulso de fastidio y se apoyó en la baranda, de espaldas a Gwen y a mí.
El gesto no pasó inadvertido para la mujer, quien detuvo mi relato con un brusco gesto de su mano.
Conozco a tu madre. Dijo luego. JB volvió su atención hacia ella. Es la misma mujer que arrojó la biblia en la cara del pastor cuando todos murmuraban por el regreso de Gwen. Dijo. Conocí su ira, y si es verdad que existe Dios, esa ira no es pecado.
¿Cómo es que Gwen llegó hasta aquí?, pregunto. Y la mirada severa de la mujer hace que me arrepienta de mis palabras. Siento que sus ojos me reprochan no haberme ocupado antes de mi hermana como para ahora interesarme por esos detalles.
Escuché hablar de ella cierta vez en casa de una familia amiga. Dice, y se compadece de mi rubor. Las mujeres intercambiaban consejos domésticos y alguien mencionó a la lavandera del río. La llamaban "La Cautiva". Aquí somos tres mujeres, por lo que no necesitamos que nadie se ocupe de las tareas de la casa. Pero al poco tiempo, el río creció durante una noche y sus aguas arrastraron con todo.
¡Neskakz! llama la mujer dirigiendo ahora su voz hacia la puerta, ¡Neskakz!, insiste.
Desde la penumbra interior llega una de las jóvenes. Ba, ama, hemen naga, dice.
Hija, Gwen-ari dakarkio, mesedez. Dice y se pone de pie. Ellas hablan la lengua de su padre, y español. Dice. Aunque entienden cuando les habla, no he querido aturdirlas con nuestro idioma, bastante tienen con el de Sebastián. Les he enviado por Gwen.
Con JB nos miramos. Hasta ese momento no hemos considerado la reacción de nuestra hermana al encontrarnos allí. Conociendo su

determinación, sería probable que nos eche como perros, o que nos abrace enardonada.

Pero las palabras de Madre Mary desde su lecho, nos sostienen allí. De pie. En esa amplia galería pintada de blanco. Junto a esta bella mujer galesa que habla el extraño idioma de los vascos.

Aquella noche Gwen se salvó sin que nadie pueda saber cómo. Dice la mujer retomando su relato. El río arrastraba troncos, tierra, animales muertos, pedazos de muebles pequeños, los desperdicios que la gente arroja en la orilla. Y encima de toda esa, venía Gwen, como si una fuerza la sostuviera a flote. Limpia.

Así la encontró Miguel, acá abajo, en el recodo del río. Hasta allí los llevaron los perros. Nadie sabe cómo sobrevivió.

Ha vivido en esta casa desde entonces. Como una más de las mujeres que aquí vivimos. Cada una cuida de los demás y entre todos llevamos adelante esta casa, y Sebastián puede ocuparse de sus asuntos.

Fue el río. Dice JB. La mujer y yo lo miramos sin entender. Fue el río que la trajo hasta aquí, para que usted la cobijara.

¿No es eso bastante obvio?, pregunta Olwen. Claro que la creciente la trajo hasta acá, y también pudo haberla matado.

No, insiste JB. Es el río quien la protege. Es el río quien no ha querido que Gwen siguiera allí. ¿No entiendes Dylan? ¿Recuerdas que de niña ella decía ser la hija del río? ¿Recuerdas cómo jugaba en sus aguas y nunca le sucedió nada?

Creo que la emoción está turbando la cabeza de mi hermano.

El río la arrancó de ese sitio miserable y la trajo hasta esa casa, dice JB con entusiasmo. Para que estas mujeres cuidaran de ella.

Muchacho, dice la mujer. Tu hermano se ha vuelto un poco extraño.

Tal vez él tenga razón, Olwen.

La voz, llega desde el final de la galería. La naturaleza suele hacerse cargo de sus criaturas cuando ni la sangre ni el amor pueden cuidar de tu vida.

Gwen camina hacia nosotros con paso firme y medido. Los perros la siguen con sus cabezas bajas y pasos tímidos. Más atrás llegan las hijas de Olwen.

Aquella mujer macilenta y vestida en andrajos que hallé en el río era ahora una joven que había recuperado sus formas y vestía como las mujeres de la casa.

Gwen, digo y me acerco unos pasos. Pero uno de los perros se

cruza gruñendo en mi camino. ¡Naguisi! ¡Apártate! Dice Gwen y el perro se hace a un lado.
¡Gwen! Vuelvo a decir. Llego hasta a mí y me abraza con ternura. Pero se aparta un poco y mira a JB. Sus ojos están secos.
Más allá mi hermano parece devado en el piso de la galería. Es Olwen quien lo toma por un brazo y lo trae junto a nosotros.
Entonces Gwen extiende su abrazo y los tres permanecemos así por un rato. Nuestras cabezas apoyadas una en la otra.
Cuando levanto mi rostro y miro alrededor no encuentro a más nadie. Olwen ha dispuesto que esa instante sea sólo nuestro. Ni sus hijas, ni Miguel, ni los perros.
No hay palabras. Tampoco cuando nos sentamos en torno a la mesa de la galería.
Sólo miradas.
Olwen regresa más tarde con más té. Gwen le pide que se quede junto a ella.
Y el silencio vuelve como el atardecer húmedo, levantando la bruma del río.
Sólo nos miramos.
Gwen, dice finalmente la mujer. Tu madre ha enviado a buscarte. Está enferma y necesita verte.
Gwen fija sus ojos en los de Olwen. Como queriendo despertarse de un sueño pesado, a atravesar con su entendimiento aquellas palabras de la mujer. Frunce el entrecejo e inclina su cabeza.
Madre Mary no ha vuelto a comer en días, Gwen, digo. Y sólo pide verte.
Miguel cuelga una lámpara en la galería, y su luz se refleja en una lágrima que comienza a deslizarse en el rostro de Gwen que sigue con sus ojos fijos en los de Olwer, como buscando en ellos una confirmación.
Madre Mary, dice. Y sollaza dejándose caer sobre el regazo de Olwen.
Un rato más tarde estamos listos para regresar a Glyn Du. Miguel sostiene el caballo que preparó para Gwen y ésta lo monta con la habilidad de siempre.
El camino se hace breve en la penumbra de la noche. La luna no alcanza para iluminar la huella, pero nuestros caballos y nosotros conocemos cada recodo del río. No hemos pronunciado palabra. Apenas Gwen nos ha arrullado con el murmullo de un canto que desconozco. Glyn Du está cerca.
El patio de la casa se ilumina con la fogata que Elias mantiene encendida esperando nuestro regreso.

Los perros nos anuncian y tras ellos Ellas acuden para ayudarnos con los caballos.
Tama aparece de inmediato también. Para se detiene ante la presencia de Gwen. La observa como a un fantasma mientras ella se ocupa de desensillar su montura. No se conocían. Tama ha escuchado hablar de Gwen como se habla de lo prohibido, poco y murmurando.
JB acompaña a Gwen al interior de la casa sin perdibir el trance de Tama. Cubre su desamparo con un abrazo. Luego la conocerás y te conocerá, le digo.
Ahora es momento de Madre con Gwen. Dice Tama. Es bueno. Yo estuve con Antonio, mi abuelo. ¿Te acuerdas? Así llegué a tu casa.
Miro al cielo en medio del patio. La luna se veía detrás de las nubes. El recuerdo de aquella noche bajo el-sauce-junto-a-la-casa, me conmueve. Así entró Tama en mi vida. Y me revela que así como el viejo Antonio, esta noche puede irse nuestra Madre Mary.
Abrazo a Tama y puedo llorar.
Cuando Lizzi viene por nosotros y entramos a la casa, falta poco para el amanecer.
Madre Mary entra en la muerte sin un gesto. Sus ojos de agua nos miran uno por uno. JB, Gwen, Lizzi, Tama y yo. Luego simplemente se quedan sin brillo.
Solo musitó una palabra. Daalel.

Cuarenta y siete

Han pasado dos días desde que enterramos a Madre Mary junto a la tumba de Padre Daniel.
Las mujeres se organizaron para ordenar las pocas pertenencias de nuestra madre y se dedican a eso con esmero.
Ninguna adopta el luto, y creo que Madre Mary está de acuerdo desde donde quiera que nos observe.
Las horas avanzan y se acerca el momento en que Gwen debería decidir si quiere quedarse en Glyn Du, o regresar a casa del Vasco.
Por la tarde, Tama sale al patio y me encuentra trazando algo de leña para la cocina.
Debes decir con Gwen. Dice. Y parece urgida.
Me apoyo en el hacha y por un momento me parece que no entiendo. Pero pronto comprendo que no he querido entender lo que Tama dice.
Nadie ha dicho nada a Gwen. ¡Por Makol! Dice Tama forzando su voz bajo. Ella necesita saber. Todos necesitamos saber dónde está nuestra gente. Padre Daniel y Madre Mary están juntos. Mi viejo Antonio está Bryn Foch. Ella no sabe dónde está Makol. Ella necesita. Tú vas a decir.
Bueno, hablaré con JB. ¡No!, dice. Habla con ella. Tú habla. ¿Yo? Mi tribulación es evidente. Pero Tama no cede.
Sí, tú habla con Gwen. JB la ama. No sabría decir. Yo estaré allí. Ahora. Juntos.
Tama regresa a la casa sin que pueda yo decir otra palabra.
Poco después vuelve para asomarse a la puerta y desde allí me reclama con señas para que también ingrese.
Para mi asombro, en la cocina, sentados a la mesa, están JB, Lizzi

y Gwen. Tama me recibe y se queda junto a mí, de pie sosteniéndome por el brazo.
El mate pasa de mano en mano, y hay una conversación trivial que parece estar concluyendo.
Gwen, dice Tama al fin. Dylan quiere hablar aquí. JB me mira. Gwen necesita saber, dice Tama. Se sienta frente a ella y toma sus manos por sobre la mesa.
Me gustaría ser tu hermana, dice Tama mirando los ojos de Gwen. Gustaría ser querida por ti. Dice. Gwen sonríe. Pero ahora es momento de dolor. Y no me quieras por esto. El rostro de mi hermano muta en temor. Pero es necesario para ti. Aunque duela. No me sueltes.
Ocupo la silla que queda disponible y tomando una mano de Tama y otra de Gwen, comienzo a relatar los hechos de Valcheta. Lizzi abraza a JB.
Afuera, Elías sólo escucha el viento que solloza entre los alambrados y los álamos, aviva las llamas de su fuego frente al galpón, arrancando chispas que suben en el anochecer. El resplandor dibuja sombras inciertas y el resto del mundo se aparta en silencio.

Es media mañana cuando despierto junto a las rescoldos del fuego que Elías remueve en el patio.
Si una tropilla me hubiera pasado anoche por encima, juro que me sentiría bastante mejor que ahora. No puedo emitir palabra. Mi voz parece haberse quedado en los últimos frases del relato con el que fui reviviendo para Gwen las horas finales de Makol.
Sólo recuerdo que salí luego al patio para fumar. Adentro, en la cocina, Gwen lloró por horas, convulsionada por momentos, desgarrada por otros. También recuerdo las marcas de desesperación que sus uñas rasgaban en los brazos de Tama. Y a Tama, aferrada a sus manos llorando su llanto. Y a Lizzi abrazarlas a las dos y a JB llorar como un niño desamparado, vuelto hacia un rincón de la cocina.
Cuando termina de despertarme observo a Gwen caminado rumbo al canal. Siento deseos de acompañarla y me encamino tras ella lentamente, al tiempo que observo a JB que sale de la casa y va tras sus pasos también, pero más decidido.
Dejo que vayan juntos y los sigo a cierta distancia.
El canal está descuidado. La vegetación crece desmesurada y las ramas cuelgan sobre él poniendo un verde sombrío donde antes teníamos un rincón luminoso para nuestras aventuras.

Gwen se tiende junto al árbol de sus lecturas y observa el pato lento del agua. Más allá, JB, de pie, arroja ramitas. Y yo llama la atención de los dos con el chasquido del fósforo al encender una pipa.
La mañana es dura y el viento apenas mece unas ramas altas. Una pata con sus patuelos nada por el canal, indiferente a nuestra presencia.
JB se acerca al borde del agua y se pone en cuclillas. Sus ojos fijos en el agua. Y dice.
Lizzi y yo creemos que sería bueno tenerte con nosotros en Cwm Hyfryd. Si quisieras.
Gwen no responde. Ni siquiera está mirando a nuestro hermano.
Empezaríamos una nueva vida allá, Gwen. Si existe el paraíso debe semejarse mucho a esos valles.
Gwen dirigió una rápida mirada a JB. Una mirada que conozco y preanuncia el estallido.
¿Una nueva vida? Gwen habla en un tono apenas más elevado que el rumor del agua en el canal.
¿Un paraíso?
Realmente es un hermoso lugar, Gwen. Hay pasturas, ríos y arroyos. Y montañas, y nieve.
¿Estás escuchando tus palabras, JB?
El tono de su voz comenzó a elevarse, al tiempo que JB se ponía de pie.
Nos han dado una gran porción de tierra para poblar, Gwen. Tendremos lugar para todos.
¿Te escuchas, JB? ¿Escuchas cuánto te pareces a aquellos pastores vendedores de fantasías que convencieron a nuestros padres de abandonar Gales y viajar a hasta este 'paraíso'?
Pero no es así ahora, hermana.
¿Ese es el paraíso, JB? ¿No recuerdas las veces que Madre Mary nos contaba cómo soñaba ella que sería esta tierra? ¿Y cómo se veía a sí misma cuidando un gran jardín con sus niños corriendo sobre verdes praderas? ¿Qué es lo que quieres?
Que vengas con nosotros.
¿Para qué? ¿Quieres que también crea en el paraíso? ¿Qué lleve mis huesos al rincón más perdido de esta maldita tierra para enterrarlos cuando muera enferma por la peste, como mi madre, o abandonándome al desierto como mi padre?
Quiero que vengas conmigo, Gwen. Eres mi hermana,
Déjame aquí, en paz. Cuando conoces el infierno sabes que no es

posible que exista el paraíso. Porque nada puede ser tan bueno como para aliviar tanta horror.
Por favor, Gwen. JB suplicaba acercándose a nuestra hermana. Eres parte de mi vida. No puedo imaginarla si tu presencia.
Tienes a Lizzi. No quiero ser necesario para nadie. Todo lo que necesitaba para vivir ha muerto o desaparecido. No quiero necesitar a nad'e. Vayan tú y tu mujer a vivir en ese paraíso que has encontrado.
Amo a Lizzi. Pero eres la vida que tuve y que tengo. Y quiero poder darte algo de la felicidad que podamos conseguir en Los Andes.
No, JB. Me quedaré con Olwen y sus niños. Allí no me necesitan, ni yo a ellos. Vivimos en paz.
Vayan tú y Lizzi a poblar aquellos valles y dejen que me quede aquí.
Gwen se pone de pie y vuelve a la casa.
Intento consolar a JB diciendo tonterías como que tal vez más adelante, cuando ya se encuentren instalados ella cambie de opinión. Pero sin dudas JB no se interesa en mis palabras, así que también vuelvo a la casa.

Esa misma tarde Gwen se marcha a casa de Olwen. No quiso que ninguno de nosotros la acompañara y sólo aceptó que Elías le ayude a cargar un pilchero. Elías habla poco, pero es capaz de persuadirla para acompañarla un tramo del camino. Y allí van los dos.
Lizzi y Tama acompañan el paso del caballo hasta el cerco del patio. Y desde allí la despiden mano en alto. Pero Gwen se vuelve de pronto y regresa con un corto galope hasta donde se encuentran las dos mujeres.
Desmonta y se funde en un abrazo con ambas. Luego junta las manos de Tama en las suyas y las besa. Y besa las marcas que sus uñas le dejaron en los brazos. Hermanas. Dice. Por dolor, dice Tama. Por dolor, dice Gwen. Hermanas.
Vuelve a montar y al galope alcanza a Elías para desaparecer enseguida tras una curva poblada de sauces.

Cuarenta y ocho

Un mes después de la muerte de Madre Mary, JB y yo pudimos retomar y concluir el trabajo de acondicionar todo lo que él habría de necesitar para instalarse en Los Andes.

Una buena parte del cargamento fue enviada con sucesivas caravanas que formaron colonos adelantados con el propósito de marcar los tierras y preparar refugios donde recibir las primeras familias.

Ahora es el día de ponerse en marcha. JB y Lizzi han pasado la noche revisando el listado de enseres, víveres, herramientas y demás equipamiento que le será indispensable para su nueva vida.

No deben posponer más la partida, pues les quedan unas pocas semanas de verano, y dicen que la cordillera no es para los débiles.

Deberán construir una casa, precaria al menos, antes del invierno y para ello cuentan con la ayuda de los hombres que ya trabajan en aquellos valles desde hace casi un mes.

Cada día pasado desde entonces, mientras atábamos fardos, o cerrábamos cajas y cajones, JB mira hacia el camino, casi como un gesto instintivo, como un reflejo esperanzado. No lo dice, pero sé que espera el milagro.

Está amaneciendo ya. El vagón está acondicionado. Las yuntas de caballos están preparadas y Elías ajusta correas, riendas y cabestros.

Lizzi y Tama ultiman las viandas que habrán de racionar en los primeros días de viaje. JB revisa las armas y yo repaso el estado de las ruedas y ejes.

El mate corre de mano en mano y finalmente parece que todo está terminado. Que el oeste al fin será el destino de JB.

No hay mucho más por hacer. Sin embargo parece que todos intentamos postergar el momento. Pero ya no es posible.
JB estrecha a Tama entre sus brazos, acaricia el vientre abultado y le besa la frente, murmurando una bendición. También abrazo a Lizzi y le encargo cuidar de mi hermano.
Las mujeres se despiden luego, mientras JB y yo nos miramos largamente él con su sombrero en la mano. Yo con las riendas preparadas para entregárselas.
Escríbeme, dice y se coloca el sombrero. Reza por mí, digo.
Nos acercamos a Lizzi para ayudarla a subir al pescante.
Es cuando los perros, todos a un tiempo, se ponen alerta sobre sus patas y salen disparados por el camino, con ladridos que rajan el amanecer.
Preocupados, JB y yo nos asomamos hasta el cerco, seguidos por nuestras mujeres.
Y allá, justo en la curva donde el camino se pierde tras los sauces, está Gwen. Viene caminando con su caballo a tiro de rienda.
Un silbido de Elías trae a los perros de vuelta para la casa.

JB mira a Lizzi que asiente con su cabeza, y sale corriendo al encuentro de Gwen. Yo corro también detrás, aunque siempre detrás.
Pero cuando estamos cerca de alcanzarla Gwen nos detiene a la distancia con un gesto de su mano.
Vos tenés a tu familia. Vos no me necesitás a mí. Dice.
JB vuelve la mirada hacia la casa donde Lizzie nos observa.
Tengo mi familia, sí. Lizzie, mi mujer. Nos amamos. Pero te amamos también Gwen. Eres mi hermana, eres la vida que he tenido aquí. Eres lo que soy. Lo que tengo. Hay una nueva vida esperándonos y allí vamos Lizzie y yo, y allí tendrías un hogar junto a nosotros. Todo será como siempre soñamos, Gwen…
Las palabras se amontonan en su boca, pero nada más que silencio se esparce entre él y Gwen.
Alguien pasa junto a mí con andar resuelto. Es Lizzi.
Pasa junto a JB y se detiene frente a Gwen.
Las dos mujeres se miran frente a frente.
En silencio, Lizzi besa las manos de nuestra hermana, y tomándola del brazo la conduce lentamente hacia el carro, junto a la casa.
En silencio, JB baja su cabeza. Al cabo, sacude el sombrero contra su pierna, se lo calza y da una mirada a su alrededor, el valle está amanecido.

Doy unas palmadas sobre su hombro, y caminamos de regreso. Llegamos hasta el vagón. Las mujeres nos esperan sentadas en él.

Deben partir con el sol. Hacia el oeste.

Índice

Agradecimientos 5
Al lector 7
Uno 9
Dos 11
Tres 15
Cuatro 22
Cinco 25
Seis 29
Siete 33
Ocho 38
Nueve 40
Diez 42
Once 46
Doce 50
Trece 51
Catorce 54
Quince 59
Dieciséis 62
Diecisiete 64
Dieciocho 67
Diecinueve 70
Veinte 75
Veintiuno 77
Veintidós 83
Veintitrés 87

Veinticuatro 89
Veinticinco 91
Veintiséis 97
Veintisiete 99
Veintiocho 102
Veintinueve 105
Treinta 109
Treinta y uno 114
Treinta y dos 119
Treinta y tres 123
Treinta y cuatro 128
Treinta y cinco 129
Treinta y seis 131
Treinta y siete 133
Treinta y ocho 136
Treinta y nueve 141
Cuarenta 143
Cuarenta y una 149
Cuarenta y dos 155
Cuarenta y tres 162
Cuarenta y cuatro 166
Cuarenta y cinco 168
Cuarenta y seis 172
Cuarenta y siete 179
Cuarenta y ocho 183

www.remitentepatagonia.com.ar
remitentepatagonia@gmail.com